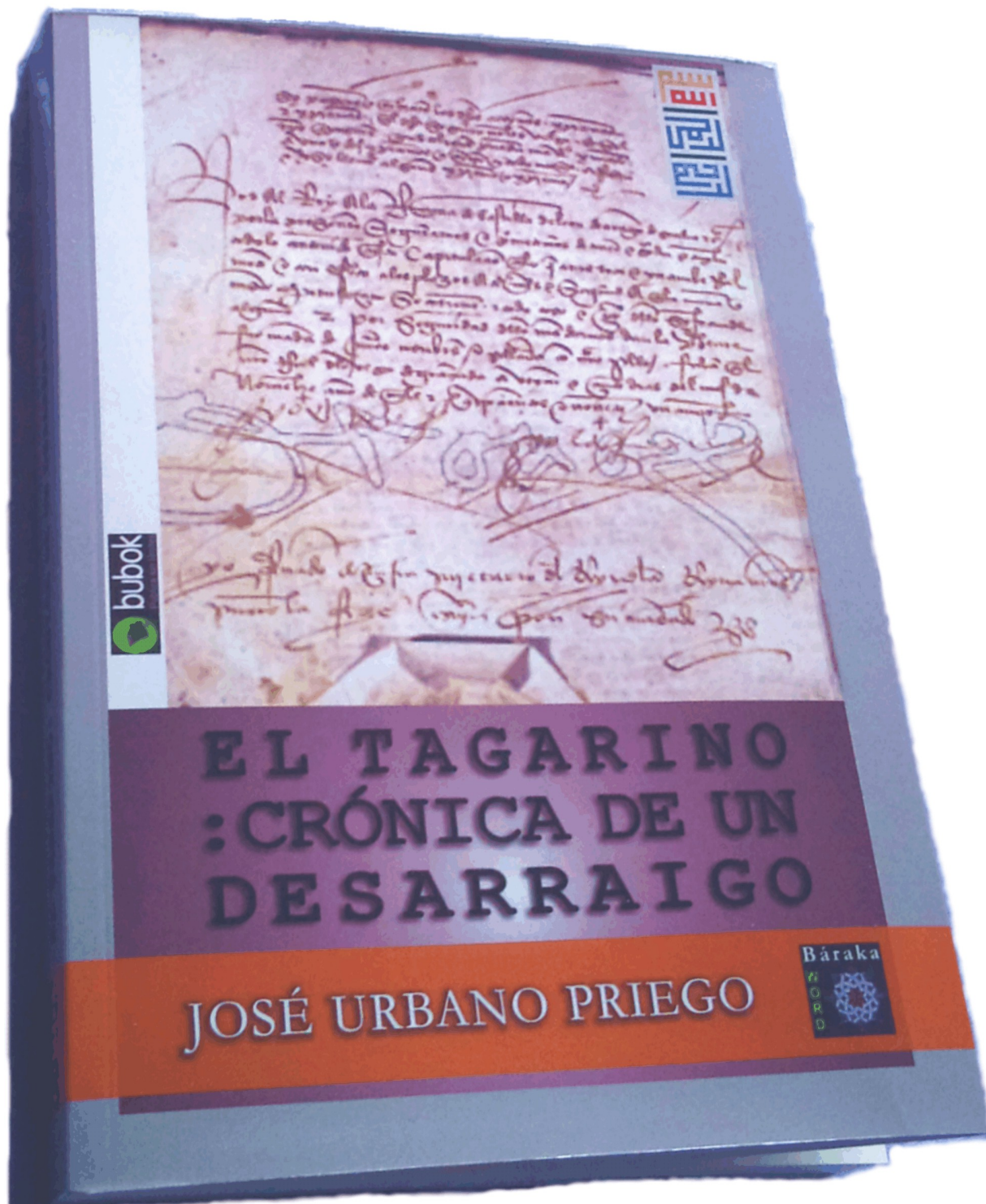


# EL TAGARINO: CRÓNICA DE UN DESARRAIGO

José Urbano Priego



# Capítulo 1

Me siento desfallecido. El desgaste emocional que arrastro durante tantos años creo que acabará por abatirme. Mi estado es como una suave agonía que, aunque no exenta de agitación, tiene ya la impronta del abandono.

No encuentro modo de calmar esta pena tan antigua que me embarga y que me oprime las entrañas, corroyendo una por una todas mis células hasta dejarme exhausto. Sólo siento desilusión, desengaño, heridas que se obstinan en permanecer abiertas abrasándome los costados. Desaliento. Viene a mi memoria la sentencia de aquel hombre sabio que conocí en mi adolescencia: "En este mundo no hay que aspirar a la tranquilidad, que sólo nos llegará en la tumba. Además, las personas especialmente amadas por Allah serán sometidas a duras pruebas, dándoles así la oportunidad de probar su privilegiado rango". La evocación de estas palabras, que recuerdo literalmente en boca de sheikj Abdellah Talidi al-Tanjawi, sí consuela algo mi desazón.

Pero me produce tanto dolor cada pensamiento que sólo el sueño eterno podría aliviarlo. De hecho, en los últimos meses he imaginado el fin de esta vida como algo dulce y liberador. ¿Es que no hay manera de que acabe esta angustia? Me quedé ya sin fuerzas para presentar batalla a la vida.

Desde aquel 15 de septiembre de 1506 que salí de Granada por segunda vez, he viajado por Francia, Flandes e Italia. He recalado en las mejores imprentas tratando de consolidarme en mi oficio. Sólo tengo agradecimiento para los maestros que me apoyaron con cariño. Debo decir que el estar ocupado, componiendo libros y tratando de aportar mi grano de arena al incipiente mundo de la tipografía, ha sido como la tabla de salvación de un naufrago en medio del océano. De haber estado más ocioso, sólo Allah sabe qué sería de mi vida, pero probablemente no estaría aquí ahora escribiendo estas líneas.

Estoy solo en mi entrañable buhardilla, en un viejo edificio sobre el Puente Vecchio de Florencia. Me siento aquí varado como un viejo barco exhausto ya por tantas tempestades. Llevo siete años y medio residiendo en esta

ciudad, adonde llegué tras un periplo por varias ciudades europeas. Colaboro con la prestigiosa imprenta de la familia Giunta. Este taller mantiene varias sucursales repartidas por varios países. Fue precisamente en la de Salamanca donde me facilitaron una carta de referencias tras mi breve estancia camino de Amberes. Esa carta ha sido la llave para que me acogieran sin preguntar en esta imprenta matriz de Florencia.

Filippo de Giunta, el gran maestro, responsable de este imperio editorial, ha sido mi benefactor desde que llegué. Desde el principio trabajamos una excelente sintonía, que ha ido aumentando con el tiempo, hasta tratarnos casi como padre e hijo. El año pasado me ofreció en matrimonio a su nieta Renata, a ver si así aliviaba algo mis cuitas, pero le revelé respetuosamente la lealtad que tenía hacia Beatriz, por lo que mis anhelos seguían anidando en Granada. Si queda alguna estabilidad en mi espíritu se la debo a él. Gracias, don Filippo, le estaré agradecido mientras viva.

Debo decir que yo soy el primer sorprendido de mi larga estancia aquí. Llegué pensando que sería otra más de las breves visitas de mi itinerario, unos meses quizás. Sinceramente creí que no tardarían en llegar las noticias que esperaba de Granada, que pondrían fin a mi voluntario exilio. Pero entre que éstas no llegaban y las facilidades que aquí me han dado, se ha ido estirando esta etapa y, casi sin darme cuenta, han pasado más de siete años.

Salvo don Filippo, que conoce algunas pinceladas de mi historia, nadie aquí está al tanto de la realidad que azora mi ánimo. Algunos me han preguntado sobre la pena honda que, según dicen, refleja mi rostro, pero yo resto importancia al asunto, pues tampoco es cuestión de ir explicando nuestras congojas por doquier. Otros, la mayoría, me creen perfectamente integrado en Florencia, a la vista de mi labor en la imprenta y de los méritos que me atribuyen. Resulta curiosa la percepción que tenemos de los demás, y el abismo que media a veces entre la apariencia y la realidad de una vida. Don Filippo es diferente. Él es de esas personas capaces de leer el brillo de los ojos y el significado de una mueca en el entrecejo.

Anoche tuve un sueño de esos que al despertar sabes que es trascendente. Amanecí empapado en sudor y muy agitado. Siempre pensé que los sueños son información privilegiada que Allah nos regala aprovechando que estamos desprevenidos, ya que en el mundo consciente solemos armarnos de variopintos subterfugios para aliviar nuestra existencia, lo que distorsiona nuestra receptividad. Este sueño ha sido especial, no sabría decir por qué. Esta vez siento que debo actuar en consecuencia. Aunque fue una sucesión de visiones fugaces, quiero hacer un esfuerzo y plasmarlo aquí para ayudarme a escudriñarlo.

Vi un navío pequeño, del estilo de las galeotas, surcando el manso Mediterráneo; mi añorada casa de Granada desde varias perspectivas;

Beatriz, mis padres, mi querida hermana Fátima; Gonzalo Fernández de Córdoba, carismático y majestuoso. Olí el hedor de varios hombres muertos abandonados en los caminos. Evitaba unos charcos de sangre absorbidos por la tierra seca. Apareció un gigantesco dedo índice acusador, señalando al frente, no hacia arriba. Mucho humo; una hoguera descomunal con la punta de su llama desafiando al cielo. El arzobispo Talavera de rodillas. Blancas gaviotas picoteando la cabeza de unos niños indefensos. Familias enteras caminando lentamente con sus enseres cargados sobre sus espaldas. Soldados cristianos a caballo desafiantes, haciendo ademanes con una risa burlesca que traspasaba sus celadas. Oscuros rostros que reflejaban ambición en los ojos. Ahmed rodeado de caballos blancos. Olí el perfume de una higuera con una sombra desproporcionada. Otra vez el navío en el horizonte...

Pero son imágenes inconexas, sin aparente orden ni concierto. La más repetitiva era mi hermana Fátima. Representaba nuestro ansiado reencuentro después de estos años; pero ella lucía la lozanía de los diecisiete años que tenía cuando partió para el norte de África; y en cambio yo mostraba los signos del deterioro que obró en mí estos trece años alejado de mi familia. Me abrazaba con lágrimas en los ojos. Se sorprendía, creo que decepcionada, por mi aspecto más de adulto que de niño. Me repitió en varias ocasiones: "Vuelve Sahid, vuelve con nosotros". Encontré a mi padre muy envejecido, con su chilaba blanca demasiado amplia para su mermada envergadura, y sus brazos extendidos hacia delante ofreciéndome un abrazo de bienvenida, con un gesto noble expresando sin palabras que no había nada que justificar. Aparecía mi madre sentada junto a mí en un diván amarillo, con sus manos cogiendo las mías, arropándome. Me vi a mí mismo agazapado en la cueva de Busquístar durante mis tres años de clandestino. Beatriz, esquivando la mirada, como avergonzada, con un semblante muy triste.

Ahora que lo he revivido, mi palpito es que debo abandonar mi soledad y reunirme con mi gente en Mostagán. Ahora siento con mayor claridad. No hay duda, ese es el significado del sueño. Debo reunirme con mi familia, y tratar de recuperar el tiempo perdido.

Nos separamos hace una eternidad, el 20 de enero de 1502. Yo había cumplido el día anterior dieciocho años, y ya tuve que lanzarme al abismo, obligado por una clase política intolerante que no podía soportar la presencia de musulmanes en las tierras recién conquistadas. Creo que fue el día más demoledor que recuerdo en toda mi vida, y eso que he tenido que pasar por trances amargos. Pero como ese día ninguno. Ver partir a mi familia hacia el destierro, cargando sus personas y pocos enseres sobre acémilas, es una imagen que me ha acompañado todos estos años, con una impotencia que me quema el alma. Habíamos decidido abandonar nuestra casa todos juntos. Ellos a su exilio africano y yo hacia un destino incierto, desprovisto de cualquier plan, sino el de resistir como musulmán en mi tierra y la de mis descendientes desde hace siglos. Yo no era un

extranjero, ni un intruso. Soy español de pura cepa, aunque, eso sí, de creencia musulmana.

Siento un gran alivio en cuanto asimilo esta determinación. Es como el merecido reposo después de la contienda. Ya había barajado en algunas ocasiones abandonar todo y reunirme con mi familia, pensando que era lo más juicioso dadas las circunstancias, pero mi obstinación por permanecer en Al-Ándalus, en un acto de resistencia contra aquella gran injusticia, me había llevado a desecharlo. Quería evitar a toda costa una victoria de los opresores, aun sabiendo que en realidad ya nos habían vencido valiéndose del engaño y la traición. Espero que no sea ya demasiado tarde. ¿Vivirá mi padre todavía? Allah permita que así sea. Tendrá ahora sesenta y cuatro años, ¿y mi madre? Mi dulce ummi, ¡cuánto habrá sufrido pensando en su hijo ausente! Nunca podré recompensarles lo suficiente por este tiempo de separación, que no de olvido.

Oficialmente ahora soy un cristiano nuevo, un tagarino. Estoy legitimado para viajar con salvoconducto en regla amparado por mi condición de maestro impresor. No soy un hombre rico, pero sí de economía desahogada. A estas alturas se me conoce más como Hernando de Granada, nombre que elegí al convertirme en falso al Cristianismo, que como Sahid al-Kurtubi, mi auténtico nombre. Hablo por igual el idioma árabe y el castellano, y también conozco bien el latín. He tenido que aprender las argucias para poder sobrevivir en este mundo de lobos. Pero Allah sabe que en mi interior no he renunciado a mi creencia ni un solo instante, conservando intacto mi orgullo como musulmán. Observo cada día mi azalá. No he probado en mi vida el sabor de la vedada carne de cerdo, aseo mi cuerpo como prescribe el Islam y nunca intoxicqué mi sangre con licores embriagantes.

Durante los últimos años me he visto obligado a llevar una doble vida. El Islam contempla el disimulo —“Taqíyya”— en determinadas circunstancias en que la vida corra peligro. Y lo que hemos vivido los musulmanes españoles en los últimos quince años se ajusta de sobras a ese supuesto.

—Zainab, ayer falleció el príncipe Juan.

—¿El príncipe Juan, el hijo de los Reyes Católicos?, pero si es un niño todavía.

—Sí, el heredero. Bueno, un niño... Tenía diecinueve años el pobre. ¿No se han escuchado aquí las campanas? En la medina han estado sonando todo el día.

—Sí, la verdad es que he escuchado campanas de lejos, pero no le he prestado mucha atención, pensé que se trataba de algún acto religioso. Me resisto a creerlo, cariño, ¡si se acaba de casar hace sólo unos meses!

—dijo Zainab con un gesto maternal de pesadumbre.

En efecto, el príncipe don Juan de Trastámara y Trastámara, heredero de las Coronas de Aragón y Castilla, príncipe de Asturias y Gerona, príncipe de Viana, duque de Montblanc, conde de Cervera y señor de Balaguer, se casó el 3 abril de 1497, en la catedral de Burgos, con la archiduquesa Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano I de Habsburgo y de la duquesa María de Borgoña, y hermana de Felipe llamado el Hermoso.

—Desde pequeño su salud era más bien débil, pero últimamente se había agravado. Llevaba algunos días bastante enfermo en Salamanca, con calenturas, pero nadie esperaba un desenlace tan fulminante. Dicen que contrajo la tuberculosis. Aunque también se cuentan cosas más groseras sobre el motivo que le ha matado. Es el decreto de Allah. El dolor no hace distinciones entre rangos de personas —añadió Abdulhaqq con tono severo.

—Me entristezco por doña Isabel, no la reina, sino la madre. Perder a un hijo con esa edad debe ser algo enloquecedor para una madre, aunque sea una gran reina, acostumbrada a disponer de la vida y la muerte de la gente.

El matrimonio tenía la costumbre de sentarse, a la caída del sol, en el cenador de la casa. Sus maravillosas vistas convertía este espacio en uno de los más apetecidos del lugar. La casa principal estaba situada en un promontorio del terreno desde donde se contemplaba toda la comarca, casi a vista de pájaro. Enfrente, La ciudad de Granada a poco más de una legua, y a su derecha Huétor, La Zubia, Cájar, y las aldeas cercanas de Uxixar Bajo y Alto; a la espalda Gójar, Dílar y la villa de Otura, coronados por las cumbres de Sulayr. Por encima de la extensa urbe fortificada se puede distinguir entre montañas la alquería de El Fargue, Víznar, Alfacar y a su izquierda Jun, Pulianas y Maracena. En dirección suroeste aparece la hermosa vega de Granada con sus multicolores cultivos, con Santa Fe de fondo, y más al sur Las Gabias, Churriana y Armilla. Entre villas y aldeas se aprecian numerosas casas y huertas diseminadas: ¡Espectacular! Realmente es un regalo para los ojos.

El cenador estaba construido con una estructura de maderas primorosamente labradas, revestida por plantas trepadoras y una gran parra centenaria de uvas negras. El techo, cerrado a base de alfarjías de castaño con las juntas selladas con pez, ofrece buena protección contra las inclemencias del tiempo. El recinto acoge un conjunto de tres robustos divanes de madera de olivo, con pequeñas incrustaciones de madera de limonero; con jergones rellenos de tascos de lino y tapizados con telas recias de varios tonos de amarillo. Dispuestos en forma de ce, alrededor de un ataífor octogonal de bella factura en el centro, invitan al relajamiento y al disfrute de momentos plácidos. Es una estancia muy acogedora. Conjuga a la perfección lo exquisito del diseño y el sabor de la sencillez. Por ello es el lugar donde la familia gusta de recibir a las visitas,

siempre y cuando las condiciones del clima lo permitan. Estos divanes son testigos mudos de las conversaciones de numerosas personas notables de Al-Ándalus.

Aquí se han sentado reyes, príncipes, nobles, guerreros, mercaderes, sabios y poetas, a debatir unas veces y a pedir consejo otras, sobre los asuntos de la época. En esta terraza se leyó un borrador del texto definitivo, poco antes de ser rubricado, del tratado de capitulación del rey Boabdil ante los reyes cristianos para la rendición y entrega de Granada. Resulta curioso que tras las arduas negociaciones entre ambas partes, de idas y venidas entre La Alhambra, Churriana y los reales de Santa Fe, Gonzalo Fernández de Córdoba, amigo de Abdulhaqq alKurtubi, viniera a leer lo pactado entre tan importantes personajes, buscando una especie de beneplácito informal de parte de una persona que, sin ostentar ningún cargo oficial, disfrutaba de un gran prestigio por sus conocimientos y su conducta, que le confería un rango personal de primer orden.

—Es un gran varapalo para la Corona. Los reyes tenían sus expectativas puestas en el joven príncipe heredero —opinó Abdulhaqq continuando la conversación familiar en este fresco anochecer otoñal.

—Entonces ahora sólo les quedan hijas —apuntó su esposa Zainab.

—Así es. La infanta Isabel se acaba de casar de segundas con el rey portugués don Manuel, así que no sabemos cómo resolverán ahora lo de la sucesión. El rey Fernando prefirió quedarse en Salamanca al cuidado de su hijo enfermo, en lugar de asistir a la boda de su hija Isabel en Valencia de Alcántara —seguía razonando Abdulhaqq, buen conocedor de los avatares de la familia real cristiana, con ese tono de voz tan suave que le caracterizaba.

—Lo lamento de veras.

Disfrutaban con esta pequeña tertulia familiar que se organizaba cada día después de la oración del maghrib, cuando ya se ha puesto el sol, y el día quiere reposar. Aprovechaban estos momentos para relajarse y conversar antes de la cena. El clima era muy agradable este anochecer de principios de octubre. No hacía ni frío ni calor. Los pájaros ya se habían retirado a sus refugios a descansar, y tras la algarabía que producen para buscar su cobijo, dan paso a ese grato silencio que atempera el ambiente.

A Abdulhaqq le gustaba compartir sus vivencias con su esposa, siempre que las considerase compartibles. Era una persona con tal grado de discreción que sería capaz de guardar un secreto, y no desvelarlo nunca a nadie si así se había comprometido. A nadie, ni siquiera a su mujer, que no es cosa fácil. Esta cualidad de Abdulhaqq al-Kurtubi, imprescindible para manejar información sensible, era bien conocida en su entorno.

Aunque sus hijos eran todavía pequeños, siempre aparecía alguno para engrosar la reunión. El más asiduo a la tertulia era Sahid, el mayor, que contaba trece años, agraciado con un carácter afable y educado. Raramente intervenía en las conversaciones entre los mayores, a no ser que fuera preguntado explícitamente. Se limitaba a estar y escuchar, en una actitud muy tranquila y respetuosa.

A pesar de su edad, Sahid comprendía muy bien los asuntos que se trataban y tenía una gran capacidad para razonar por sí mismo. Le había tocado vivir en unos años cruciales para la vida en Al-Ándalus, que obligaba a estar ojo avizor de continuo. Había que andar bien despierto. Cuando la capitulación del rey Boabdil Sahid tenía siete años, por tanto, en él se daba la circunstancia de vivir su infancia en una tierra gestionada a la manera islámica, había sufrido un duro y largo asedio durante los meses previos a la rendición, y a continuación tuvo que presenciar las grandes transformaciones que provocó la capitulación. Cuando las circunstancias son excepcionales, los individuos tienen que potenciar sus recursos para adaptarse. Y estos años que nos ocupan fueron en verdad excepcionales. Pero Sahid daba la talla.

En este tiempo de transición, la vida social y económica de Granada generaba gran cantidad de nuevas normativas para tratar de armonizar la vida entre mudéjares y cristianos. La verdad es que era todo bastante lioso. La tarea no era fácil. Según lo pactado en la rendición de Granada, el flamante régimen cristiano debía permitir a los musulmanes continuar con sus vidas según su tradición, sin menoscabo de su identidad, bajo la soberanía y amparo de la monarquía cristiana. Por tanto, hubo que organizar un sistema legal que conciliara razonablemente dos maneras muy diferentes de entender la vida.

El reino de Granada contaba con un sistema social, político y económico bastante bien estructurado, propio de un pueblo refinado que disfrutaba de los mejores avances de su época en todos los ámbitos, a pesar de las dificultades propias de tiempos de guerra y asedio. Pero claro, hasta ahora las transacciones cotidianas de los ciudadanos se habían regido por un sistema islámico, que, basándose en el Corán y en la sunna de su profeta, desarrollaba unos procedimientos que regulaban todos los aspectos que afectan a las personas en su vida práctica: fiscal, ordenación jurídica y administrativa, y cualquier otro que atendiera a la relación entre cada persona y su entorno material y espiritual.

Fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada en la nueva era bajo el reino de Castilla, encargado por los reyes de cristianizar a los musulmanes e instruir a los conversos, estaba haciendo un buen trabajo, con tacto y sensibilidad. Aprendió la lengua árabe para comunicarse con ellos, ya que muchos de ellos sólo dominaban esta lengua. Los trataba con civismo y respeto. Su método era el de la persuasión —festina lente—, el de hablar y razonar tratando de convencerles de que la fe en Jesús era la



correcta. No se atrevía a definir con vehemencia la fe islámica como herejía, aunque la calificaba, eso sí, como errónea. Sin forzamiento, la palabra siempre. Gozaba del reconocimiento de la comunidad mudéjar que eligió quedarse en su tierra en lugar de exiliarse. Era un hombre bueno en toda la extensión de la palabra, tolerante y conciliador. Por ello también él sufriría las presiones de parte de dirigentes cristianos más fanáticos, que abominaban todo lo relacionado con el Islam. En realidad, hasta ese instante, cinco años después del cambio de régimen, las cosas habían andado más o menos bien para los mudéjares.

Es cierto que muchos decidieron bautizarse por voluntad propia para acomodarse con más facilidad a la nueva situación. Pero en la mayoría de los casos estas conversiones al cristianismo fueron ficticias, como una manera de evitar problemas serios, pero con la intención de seguir como hasta ahora en su entorno personal y familiar, y si fuera posible en lo social. Otros, en cambio, se habían integrado por completo en el régimen cristiano, haciendo alarde de su colaboracionismo y procurando que no les asociaran a la cultura de los moros. No obstante fueron los menos —existieron casos entre los notables y el pueblo llano—. Pensaban que así mejorarían sus condiciones de vida. Hasta este momento las conversiones habían sido escasas y voluntarias, sin coacción por parte del aparato estatal o eclesiástico, que eran dos caras de la misma moneda. Daba la impresión de que las nuevas instituciones civiles y religiosas tenían instrucciones de respetar lo pactado.

Así era, pero desafortunadamente no sería lo mismo en el futuro próximo. En ese momento los musulmanes no podrían ni imaginar lo que les caería encima en los años venideros: un atroz genocidio cocinado a fuego lento, que duraría más de un siglo.

—¿Y qué es lo que se cuenta sobre la causa de la muerte del príncipe Juan? —preguntó Zainab retomando el tema con cierto tono de picardía.

—Nada cariño, sólo chismes y tonterías. Ya sabes que a la gente le gusta hablar y difundir historias con ligereza —contestó Abdulhaqq quitando importancia al asunto, sin desvelar que el insistente rumor que corría por los reinos castellanos era que la causa de la muerte del príncipe era la gran avidez sexual de su esposa la archiduquesa Margarita, que no le daba tregua. Extenuado como estaba por la fogosidad, cualquier enfermedad menor lo podía llevar al otro mundo. De hecho, su médico de cámara, el prestigioso doctor Gonzalo de la Parra, le había aconsejado que se apartara de su joven esposa, pero no le hizo caso, y continuó disfrutando su luna de miel.

—¡Bueno, hombre! Entendido, no quieres hablar. ¿Y qué más pasa por Granada?

—Están intensificando las conversiones. Los de Hernando de Talavera trabajan a destajo. Están intentando sobornar a los musulmanes notables,

ofreciéndoles prebendas y privilegios, para que ellos convengan al pueblo llano.

—Ya, ésa ha sido su estrategia desde el principio. Recuerda cuando lo intentaron contigo mismo hace unos años.

—Pues creo que mi nombre está sonando de nuevo, y eso no me gusta. El alfaquí Mohammed el-Pequeñí me ha prevenido para que esté preparado —dijo Abdulhaqq con un gesto de cansancio.

—¿Y qué piensas hacer?

—Negarme en rotundo como las veces anteriores. No quiero ser cristiano ni siquiera fingiendo. Ofrezcan lo que ofrezcan, eso es lo de menos. Y mucho menos tratar de convencer a otro musulmán de que se convierta. Prefiero mil veces el exilio, si hubiera que elegir.

—No creo que tengamos que elegir por el momento, ¿no crees?  
—preguntó Zainab con cierto tono de preocupación.

—Tranquila. Todo va a ir bien, Zainab, hasta ahora hemos podido vivir más o menos tranquilos. Y esperemos que así continúe. Pero no sé, no acabo de fiarme de esta gente. Están deseando que nos vayamos para apropiarse de nuestras casas y tierras. Aparte de la creencia en sí, el tema es más económico de lo que parece.

—Estamos en las manos de Allah. Pidámosle que nos ampare a todos  
—comentó Zainab resignada pero con una dulce sonrisa en el rostro.

—¿Tú qué opinas, Sahid? —inquirió su padre a bocajarro al mozalbete que se había incorporado unos instantes antes, y que permanecía sentado a la vera de su madre, atento pero en silencio.

—No sé, abi. No me gusta. Han cambiado mucho las cosas. Cada día se ven más caras nuevas entre los vecinos.

—Sí hijo. Las autoridades llevan ya tiempo dando facilidades a los cristianos para que se instalen por aquí. Casas y tierras muy baratas, y a veces regaladas. Y están viniendo en oleadas del norte, de Galicia y León, y de todas partes. Esto ya no es lo que era —arguyó el padre.

—Se están marchando muchos amigos míos, que hemos crecido juntos. Y seguramente nunca nos reencontraremos. Y encima, te acercas a sus casas y ya hay otra familia ocupándola. ¡Menudo robo!

—¿Robo? —preguntó el padre con la intención de ahondar en el tema—. Al menos por aquí los propietarios han podido vender su casa, por un precio

escaso, pero se podría decir que razonable.

—Sí, abi, pero ¿de qué les sirve vender su casa, si prohíben sacar consigo oro y plata de la península? ; ¿qué hacen con el dinero? El dinero de toda una vida de trabajo y esfuerzos.

—Tienes razón Sahid —dijo el padre con gesto serio—. Así es, eso me parece muy injusto, porque ese dinero les hará falta para establecerse en el lugar adonde vayan. Algunos, al marchar al exilio, han optado por dejar su dinero y joyas en custodia de algún familiar, u otra persona que les merezca confianza. Porque en realidad muchos se marchan, pero con la esperanza de que con el tiempo la cosa cambie y puedan regresar a su tierra. Pero, en justicia, es un trance muy duro para cualquier familia.

—¡Eso nos pasa por perder la guerra! Aunque yo, que recuerde, no he luchado contra nadie. Ni tú, padre. Ni tú tampoco, ummi —el niño hablaba con semblante grave, con un punto de resignación.

—¡Alhamdulillah! Acatemos el decreto de Allah, y seamos consecuentes. Por cierto, va siendo hora de cenar algo, ¿no creéis? Sahid, ¿sabes por dónde andan tus hermanos? Hace buena noche, podemos cenar aquí mismo si os parece bien.

—Voy a avisarles, abi.

En unos minutos, en un alarde de sincronización, comenzó a llegar el resto de la familia, excepto la pequeña Yasmina que ya estaba dormida en su habitación. Fátima, la hija mayor, de doce años y ojito derecho de su padre; y los mellizos Ibrahim y Yusuf, que a la sazón tenían diez años. Con el alegre revuelo que provocan los instantes previos a las comidas, fueron acomodándose alrededor de la mesa. Karima, la asistente, ya traía de la cocina una gran bandeja con varias jarras de bebidas frescas, y cestillas con diferentes clases de pan recién horneado. El mágico olor del pan caliente arrancó las sonrisas de los reunidos.

—Assalama, Fátima. Hoy no nos hemos visto —dijo Abdulhaqq dirigiendo un gesto mimoso a su hija.

—Assalama, abi. Es verdad, como has pasado todo el día en Granada... No me gusta que estés tanto rato fuera de la casa, abi.

—Lo sé, vida mía. Pero es que siempre hay cosas que hacer fuera. Por eso los voy juntando, y así los resuelvo todos el mismo día. Son las pequeñas molestias por vivir en el campo —respondió su padre en un tono muy cariñoso, como excusándose por haber estado ausente tantas horas.

—A mí me encanta vivir aquí, papaíto, pero no me gusta que te vayas —la niña, que se había sentado junto a su padre, lo asió ligeramente por el

hombro y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y mis mellizos cómo están? —preguntó Abdulhaqq mirando a ambos, pero en realidad la pregunta parecía ir dirigida a un solo ser, algo a lo que deben acostumbrarse siempre los hermanos mellizos.

—Bien, abi —respondió Ibrahim mirando a su hermano Yusuf, como buscando su aprobación por erigirse en representante de ambos—. ¿Qué hiciste hoy en Granada?

—Arreglar asuntos pendientes y hablar con algunas personas. A mediodía fui a la mezquita grande a la hora del azalá, y a la tarde también. Después del asr, un amigo me invitó a tomar té en su casa, y después ya emprendí la vuelta. ¡Dulce hogar!

Mientras conversaban, Karima ya había servido por completo la mesa, que presentaba un aspecto fabuloso. Abundancia pero sin lujos. Había platos consistentes, como un guisado de cordero con garbanzos y calabacines, y otro a base de berenjena, calabaza y otras verduras muy bien condimentadas, al que llamaban alboronía; fuentes con frutos secos y almojábanas de queso de oveja y harina de maíz, y otras repletas de frutas del tiempo. Además del agua, había dos jarras grandes de bebidas: una elaborada con yogur aguado, con unas gotas de zumo de naranja y hojas de menta, y otra con limonada, ambas bastante frías. Un modesto banquete.

El pago, conocido como La Loma, no era muy grande, pero lo suficiente para alimentar a tres familias. La actividad principal era la cría de vacas para abastecer las tres carnicerías de Granada, así como a las lecherías y a los curtidores de la zona. Aunque los arrendatarios de las carnicerías criaban sus propios animales y disponían de albacaras propias para guardarlos, había ocasiones en que no eran suficientes y compraban en La Loma los necesarios para no desatender sus negocios. Las labores de la vaquería eran responsabilidad de Riduán, el esposo de Karima, quienes vivían con sus hijos en otra casa dentro de la finca.

En una esquina, orientada al sur, estaban los establos con capacidad para albergar con desahogo unas ochenta reses. El oficio de ganadero no era el más a afín a Abdulhaqq, hombre de libros y meditaciones, pero tenía que obtener de alguna manera los ingresos necesarios para la supervivencia de los suyos. Y como contaba con los servicios de Riduán, que era un buen conocedor de los quehaceres de la ganadería, él sólo tenía que encargarse de supervisar y de las gestiones económicas del negocio. Ello le resultaba fácil debido a su amplia formación teórica y a los numerosos contactos que tenía en la comarca.

El hecho de vivir las dos familias en el mismo recinto proporcionaba cierta protección a ambas. Existía la separación justa entre una y otra casa para

preservar la intimidad de las dos familias, si bien la relación era muy estrecha y cordial. Habían establecido hace años el acuerdo de no ausentarse de la heredad los dos hombres al mismo tiempo, y eso daba mucha tranquilidad a las mujeres y niños.

En la margen opuesta estaba la cuadra, preparada para albergar unas doce bestias: tres caballos y una yegua, un mulo viejo pero todavía resistente y dos pequeños asnos de carga que eran los habituales de la finca, más un espacio reservado para las monturas de los visitantes. De las bestias se ocupaba Ahmed, el hijo mayor de Riduán y Karima, un hombre ya de dieciocho años, que había asumido hace tiempo esa tarea para aliviar de trabajo a su padre. Aunque desde pequeño le habían gustado los caballos, a medida que se fue habituando a su cuidado diario había tomado mucho cariño a la caballeriza, donde pasaba largos ratos con los animales. Hablaba con ellos casi de la misma manera que con las personas. Los cepillaba con tal primor con la almohaza, que se podía percibir la gratitud de los caballos hacia su joven cuidador. El mulo —especie en entredicho debido, además de su consustancial esterilidad, a la prohibición legal en ese tiempo de cruzar yeguas y asnos— ya había ofrecido a la granja un fiel servicio durante años, pero todavía estaba dispuesto a dar mucho más de sí.

El resto de la finca estaba dedicado a huertas salpicadas de árboles frutales. Las tierras agrícolas las tenía arrendadas a Abdellah, un vecino de Uxixar Alto, la aldea más cercana a La Loma, que venía cada día a la finca para atender los cultivos. El compromiso que tenían acordado por escrito hace más de veinte años, era abastecer de hortalizas y frutas a las dos familias de La Loma, y el excedente quedaba a su disposición para negociarlo en las alhóndigas. Del importe anual obtenido por la venta de los productos tenía que dar un tercio a Abdulhaqq como propietario de las tierras. Administrando bien los doce marjales disponibles para el cultivo, podía producir lo suficiente para cubrir su economía familiar con desahogo, además, claro está, de su consumo doméstico. Abdellah conocía bien el manejo de las alhóndigas, y era experto en el arte del trueque.

Abdulhaqq había nacido y se había criado en La Loma. La finca había pasado a sus manos cuando su padre, al enviudar, decidió coger el hatillo y hacerse errante. Con doce meses de diferencia, su padre había perdido a su hijo menor Abderrahmán y a su esposa Rahma. Ésta se había convertido en un barco a la deriva como consecuencia de la temprana muerte de su amado hijo, lo que la llevó a un estado de apagamiento vital del que no pudo recuperarse. Murió de pena poco después con cincuenta y un años.

En 1482, el mismo año que el emirato nazarí perdió su joya de Alhama, la familia alKurtubi perdió la mitad de su tesoro, dejando consternados a Abdulhaqq y a su padre Mohammed. Ese fatídico año se recitaban

romances y se entonaban tristes casidas sobre la conmoción colectiva que supuso para los musulmanes la pérdida de Alhama, que fue el prelude del avance final hacia la destrucción del régimen nazarí.

Paseábase el rey moro por la ciudad de Granada, desde la puerta de Elvira hasta la de Bibarrambla.

iAy de mi Alhama!

Cartas le fueron venidas que Alhama era ganada: las cartas echó en el fuego, y al mensajero matara.

iAy de mi Alhama!

Descaburga de una mula, y en un caballo caburga; por el Zacatín arriba subido se había al Alhambra.

iAy de mi Alhama!

Como en el Alhambra estuvo, al mismo punto mandaba que se toquen sus trompetas, sus añafiles de plata.

iAy de mi Alhama!

Y que las cajas de guerra aprisa toquen alarma, porque lo oigan sus moros, los de la Vega y Granada.

iAy de mi Alhama!

Los moros que el son oyeron que al sangriento Marte llama, uno a uno y dos a dos juntado se ha gran batalla.

iAy de mi Alhama!

Allí habló un moro viejo, de esta manera hablara:

"¿Para qué nos llamas, rey, para qué es esta llamada?"

iAy de mi Alhama!

"Habéis de saber, amigos, una nueva desdichada: que cristianos de braveza ya nos han ganado Alhama!"

iAy de mi Alhama!

Allí habló un alfaquí de barba crecida y cana :

"¡Bien se te emplea, buen rey, buen rey, bien se te empleara!

¡Ay de mi Alhama!

Mataste los Bencerrajes, que eran la flor de Granada; cogiste los tornadizos de Córdoba la nombrada.

¡Ay de mi Alhama!

Por eso mereces, rey, una pena muy doblada:  
que te pierdas tú y el Reino, y aquí se pierda Granada,"

¡Ay de mi Alhama!

Pero para el clan de La Loma, el dolor por la pérdida de una plaza, por importante que fuera para el devenir histórico de un reino, o del Universo entero, quedó eclipsado por la pérdida de la madre y de un hijo con veinte años. Abdulhaqq estaba recién casado con Zainab, por lo que el terrible impacto le cogió fuerte de ánimo, en pleno proyecto vital. Pero la situación del abuelo Mohammed era muy diferente. Se vio con cincuenta años recién cumplidos, privado de la presencia de su gran amor, habiendo enterrado a su hijo pequeño un poco antes, y sin fuerzas para seguir con la vida.

Si quería sobrevivir a su dolor tenía que darle un vuelco radical a su historia. No podía seguir en aquel entorno en donde cada detalle reavivaba su dolor. Por ser un hombre de gran sensibilidad, su capacidad para atormentarse por cualquier pequeño recuerdo era aún mayor. No podía evitarlo. Sabía que todo es cuestión de tiempo, pero prefería esperar ese tiempo en cualquier otro lugar que no fuera el escenario de su tormento.

Su hijo Abdulhaqq estaba viviendo a pleno pulmón la novedad de su matrimonio, y aunque le arroparan con grandes cuidados, notaba Mohammed que se había producido una gran distancia entre él y su hijo, quien, enfrascado en montar su propio nido, se apartó demasiado, sin quererlo, de su padre. Intentó agarrarse con fuerza al cariño de Abdulhaqq, que era lo único que le quedaba en su sitio, único testigo de su avatar como hombre, pero notaba que éste estaba demasiado encochado con su esposa. Era lo natural entre las generaciones que se van sucediendo, lo sabía, pero no obstante le provocaba desazón, porque, aun sabiendo que es la ley de la vida, se sentía relegado a un plano marginal donde imperaba la vacuidad. A la hora de la verdad, sentía una profunda soledad que le apuñalaba los costados, y no sabía si podría superar ese trance añadido al gran pesar que ya sufría. De una forma sutil, le embargó la idea de que allí sobraba. Mohammed al-Kurtubi, de repente, tuvo que retomar conciencia de su propia individualidad, demasiado comprometida por la lucha diaria en beneficio de su familia.

Sintió un imperioso anhelo de recomenzar su vida, otra vez desde el principio. Y decidió conocer el mundo, y conocerse a sí mismo a través del viaje continuo. Solo e indigente: condiciones ideales para intentar el aniquilamiento en Allah que preconizan las personas de conocimiento.

Fue decidirlo, y en tres días lo vieron marchar montado en su mula color canela, con un petate de lona como única propiedad salvada de los escombros de su existencia durante medio siglo. Fue una fría mañana de enero. “No debéis preocuparos por mí, sobreviviré”, les dijo al marchar, en plural. En cuanto les dio la espalda, el llanto lo consumía, pero su hijo y su nuera no lo pudieron apreciar. Después de una vida apacible y estable, sin grandes sobresaltos en el ámbito íntimo, ahora se vio abocado a una decisión dolorosa, y más sabiendo que algunos la tacharían de abandono, de cobardía quizás, pero lo que estaba en juego era su propia supervivencia. Al fin y al cabo, él se iba sin nada, con un miedo atroz a la misma existencia y a lo que encontraría en su camino, y dejaba a un hijo con treinta y dos años, en plenitud de fuerzas, muy bien instalado y apoyado por una mujer hermosa y buena, lo que con seguridad le ayudaría a sobrellevar su drama interior.

En lo más recóndito de su interior albergó la esperanza de que in extremis, su hijo le impidiera su marcha, aun a costa de que lo tratara de loco, o con cualquier argumento. De habérselo pedido, él hubiera aceptado quedarse, porque en el fondo anhelaba ese gesto de amor por parte de su hijo. Abdulhaqq le había pedido que reconsiderara su decisión, eso es cierto, pero su padre lo interpretó como muy escaso, y falto de insistencia. En realidad Abdulhaqq se quedó corto a la hora de intentar persuadir a su padre de que se quedara. Cierto es que podía haber sido más insistente, pero no lo hizo debido al enorme respeto que profesaba a su padre, y por estar convencido de que sus argumentos no lograrían variar un ápice en la determinación de éste, al que consideraba hombre de una sola palabra.

Mohammed al-Kurtubi, el último eslabón que conoció vivo a su bisabuelo cordobés — quien dio origen al apellido—, que emigró de la Córdoba dominada en 1326 con veinte años, y construyó con sus propias manos el núcleo de La Loma, abandonaba el cálido nido de tantas generaciones para vivir como un peregrino, itinerante, con la esperanza de que las dificultades más primarias —hambre, frío, sed, miedo...— que sin duda padecería en el camino le distrajeran de la amargura que llevaba dentro. Mohammed siempre había admirado a los pájaros, por ser el símbolo de la libertad, y porque recibían su sustento diario por la gracia de Allah, careciendo de la necesidad de poseer. Ahora podía sentirse como la abubilla del relato de Farid Uddîn Attar: ligero de equipaje y con un inmenso camino por delante para descubrir los designios de Allah.

Así fue como Abdulhaqq heredó hacienda y oficio. Con las treinta y ocho vacas que había en los establos se vio obligado a continuar con el negocio



y la responsabilidad de la almunia, que hasta ahora siempre había mirado de soslayo.

—Abi, me gustaría enseñarte una tablilla nueva que estoy componiendo con el sura ALFátiha en árabe —dijo Sahid a su padre tras masticar lentamente un bocado del delicioso guiso de cordero, con un desacostumbrado tono efusivo.

—¡Alhamdulillah! ¡Ya era hora de que empezaras a imprimir cosas serias! ¿De qué tamaño? ¿Con una sola tinta? ¿Llevas el trabajo avanzado?  
—respondió el padre, sin reprimir su alegría y entusiasmo.

—Hombre, hasta ahora estaba aprendiendo, investigando los detalles técnicos con tampones pequeños. Eran pruebas. Ahora ya me atrevo con diseños más elaborados. Éste es para imprimir en tamaño folio, a dos tintas. Me falta tallar muy poco del texto, y algunos detalles de la decoración.

—¿Cuántos ejemplares vas a imprimir? Y, ¿qué piensas hacer con ellos?  
—Tengo intención de hacer una tirada grandecita. Cien ejemplares, el mismo número que los nombres de Allah. Bueno, noventa y nueve más uno, que será un regalo para ti, abi. Como es mi primer trabajo que saldrá a la luz, los pienso regalar en la puerta de la mezquita grande a quien yo vea que sabrá apreciarlo —contestó Sahid haciendo ver que tenía todo previsto.

—¡Te veo animado! Me alegra mucho, hijo, porque ese tipo de trabajos templan el carácter y ejercitan la paciencia. Si necesitas mi ayuda, ya lo sabes, cuenta conmigo. ¿Tienes todos los materiales necesarios?

—Creo que sí. Usaré papel grueso italiano, de Génova creo que lo trajeron, de aquellos pliegos que me regaló el maestro alemán el año pasado.

Se refería Sahid al maestro tipógrafo Meynard Ungut, a quien el arzobispo Hernando de Talavera hizo venir desde Sevilla en 1496, junto a Johannes Pegnitzer, de Nuremberg, para imprimir "Vita Christi", obra de Fray Francisco Jiménez, Patriarca de Jerusalén. Éste fue el primer libro editado e impreso en Granada usando la técnica de tipos móviles de metal, procedente de Europa y ya desarrollada en otras ciudades españolas veinte y tantos años atrás: ¡El estreno de la imprenta en Granada!, todo un acontecimiento. Sahid, a pesar de su edad, o precisamente por ello, había conseguido involucrarse en el taller donde lo elaboraron, granjeándose la confianza del maestro Meynardo —como le llamaban aquí—, quien reconoció de inmediato en el muchacho una habilidad nada común en el manejo de los caracteres tipográficos, y un excelente dominio

de la ortografía castellana, idioma en que se imprimió el libro.

—¿Y conservas todavía ese papel? —inquirió Abdulhaqq a su hijo.

—Claro, abi. Como oro en paño, fue un regalo muy especial para mí. Ya tengo cortados los pliegos. Creo que sólo tendré que fabricar tinta verde. Negra tengo suficiente.

—¿Verde? —preguntó su padre queriendo entrar en detalles.

— El fondo va tintado en verde oscuro, y las letras quedan sin pintar por estar talladas, del color blanco del papel. En esta manera que yo trabajo, con tablillas de madera grabadas, se juega mucho con el fondo. Es diferente al que se usa con tipos metálicos para imprimir libros — respondió el muchacho en un tono didáctico que hizo sonreír a su madre, orgullosa de la sensatez de su hijo.

Pero éste no se paró a valorar que su padre estaba al corriente de las técnicas de reproducción, y que, precisamente él, fue quien le instruyó en las nociones básicas de la xilografía. Y aún más, su padre fue quien le inculcó hace ya varios años el amor por este arte.

—¡El niño de las letritas! —refunfuñó su hermana Fátima con un gesto desdeñoso, que no hacía sino mostrar sus celos porque Sahid acaparara toda la atención de los reunidos.

—¡Fátima! ¡No seas puntillosa! ¡Ojalá tú aprovecharas el tiempo tan bien como tu hermano! —dijo su madre reprendiéndole cariñosamente su actitud.

—¡Déjala ummi! Ella prefiere pasar las horas mirándose en el espejo. Piensa que eso la volverá más guapa, ¡con lo fea que es! —dijo Sahid dirigiendo el dardo adonde sabía que acertaba.

—¿Fea? ¡Ya quisieras tú! ¡Entonces qué diremos de la niña esa, Beatriz o como se llame! —respondió la niña con malas artes.

Fátima, un año menor que su hermano, devolvió el dardo más envenenado si cabe, al referirse de ese modo a la amiguita de Sahid, por quien éste sentía un gran cariño. Además el comentario tenía el objeto de provocar la reprobación de sus padres, como si lo acusara de una relación prohibida o, por lo menos, inapropiada. Eran más que evidentes los celos que Fátima sentía hacia esa muchacha cristiana, de su misma edad.

—Sí, Beatriz se llama. Be-a-triz... —respondió Sahid recalcando el sonido de cada sílaba—. Quisiera yo saber en qué te ha perjudicado a ti, para que vengas ahora con esas tonterías.

Ya estaban terminando de cenar. La noche se mostró espléndida, con el cielo repleto de estrellas guiñando la oscuridad de la vega granadina. Los candiles de aceite regalaban su luz a la estancia, adornándola con su acogedora penumbra.

Ya era la hora del azalá isha. Era costumbre sagrada en la casa hacer esta oración todos juntos en la pequeña mezquita que tenían habilitada. Abdulhaqq siempre se retiraba el primero, pasando previamente por la fuente de abluciones. Tras efectuar dos rakats de saludo a la mezquita, y otros dos como sunna, se sentaba apoyando su espalda sobre una columna mientras iban llegando los demás.

En los días siguientes, la muerte del príncipe Juan provocó una conmoción descomunal en la sociedad española. En los reinos de Castilla, Aragón, León y Granada se impuso un gran luto, cubriendo de negro todas las puertas y murallas de los pueblos y ciudades. Durante cuarenta días se interrumpió cualquier actividad en todas las instituciones públicas, cerrándose todas las oficinas y negociados: ¡Todo un país paralizado! No existe registro en toda la historia española de un duelo de esa magnitud. Se compusieron innumerables canciones y romances populares que se recitaban por doquier. El poeta y músico Juan del Enzina, de moda en la España de la época, lo recogió así en una de sus composiciones:

Triste España sin ventura, todos te deben llorar. Despoblada de alegría para nunca en ti tornar.

Pierdes príncipe tan alto,  
hijo de reyes sin par.

Llora, llora, pues perdiste  
quien te había de ensalzar.

En esos días también llegó a Granada la noticia de la conquista de Melilla por las huestes del duque de Medina Sidonia. Tras la toma de Granada, los reyes Isabel y Fernando se mostraron partidarios de afianzar sus posiciones en el norte de África, enclave geográfico privilegiado para el desarrollo del comercio marítimo, y también con el objeto de contrarrestar la actividad de piratas y corsarios en la zona. Pero sobre todo, el objetivo era ejercer un control sobre los ejércitos berberiscos y turcos que siempre fueron considerados una seria amenaza para el establecimiento de una sociedad cristiana en Al-Ándalus.

Ya desde hacía unos años la ciudad de Melilla, perteneciente al reino de Tremecén, era objeto de planes de conquista. Por medio de una carta fechada el 21 de junio de 1494 los reyes responsabilizaron para tal empresa a Hernando de Zafra, al arzobispo Hernando de Talavera y al capitán general de Granada el conde de Tendilla. Se organizaron discretas expediciones de reconocimiento a Melilla con el fin de evaluar la viabilidad

del plan. Enviaron en misión de espionaje a Lorenzo de Padilla, regidor de Alcalá y jurado de Antequera, quien pasó más de un año por aquellas tierras estudiando las estructuras existentes, como castillos y guarniciones militares, así como sus recursos naturales, orografía, y demás detalles a tener en cuenta para su conquista. Con el mismo propósito, posteriormente fueron enviados algunos marinos vascos como Fernando Basurto y Pedro Lazcano, y un sobrino del oligarca granadino llamado Lorenzo de Zafra.

Los informes de estos espías, corroborados después por el de Martín Galindo — prestigioso capitán durante la Guerra de Granada— desaconsejaron el proyecto por considerarlo demasiado arriesgado y costoso para las mermadas arcas de los reinos cristianos, más interesados en proseguir con la campaña de Italia.

Conociendo Juan Alonso Guzmán III duque de Medina Sidonia que los monarcas abandonaban de momento el plan de asalto a Melilla, y deseando congraciarse con ellos y compensar así las desavenencias que habían tenido por el Peñón de Gibraltar —perteneciente al señorío de la Casa Ducal—, decidió llevarlo a cabo él con sus propios recursos y la necesaria autorización real. Encomendó la misión al jerezano Pedro de Estopiñán Virués, contador de la casa ducal de Medina Sidonia, a la que llevaba sirviendo desde muy joven, y por tanto hombre de absoluta confianza del Duque. Algunos antepasados por línea paterna de este jerezano — originarios de la comarca aragonesa de Ribagorza— y en concreto su abuelo y un tío, habían participado al servicio de los reyes de Portugal en las campañas africanas. Por ello, desde niño se había sentido fascinado por la gloria de las conquistas militares en el norte de África. Pero hasta ese momento su participación personal en las artes de la guerra se había reducido a organizar labores de intendencia en la Guerra de Granada, por su condición de contador mayor de la casa ducal de Medina Sidonia, y responsable por ello de gestionar el tráfico de dineros, soldados y navíos que estos nobles aportaron a la monarquía cristiana en los años anteriores.

Pedro de Estopiñán, haciéndose pasar por mercader, marchó para Melilla en misión de reconocimiento en compañía de Francisco Ramírez de Madrid, jefe de Artillería de los reyes españoles, y considerado en esa época como el mejor conocedor de los novedosos avances importados de Alemania e Italia en materia de máquinas de guerra, ya experimentados en la Guerra de Granada.

Encontraron la ciudad desolada y prácticamente deshabitada, como consecuencia de las continuas luchas entre los reinos de Fez y Tremecén, por lo que sus habitantes habían optado por dispersarse por los campos y aldeas aledañas. Viendo esto, consideraron la ocasión muy propicia para su asalto, por lo que decidieron regresar a sus bases andaluzas para informar al Duque y, en su caso, comenzar los preparativos para la

ocupación.

A principios de septiembre de 1497 aparejaron en Sanlúcar los navíos necesarios para transportar a unos cinco mil hombres, gran cantidad de vituallas por si la estancia resultaba larga, y enormes cantidades de materiales de construcción —maderas y cal en mayor medida— para levantar fortificaciones y restaurar las existentes dañadas. También llevaron una especie de castillo prefabricado en Sanlúcar, a base de tablones de madera preparados sólo para su ensamblaje, que les serviría de primera guarnición de urgencia. Arribaron por la tarde a las puertas de Melilla, pero anclaron los navíos en la mar para desembarcar con sigilo una vez se disiparan las luces. Descendieron a tierra sin ninguna oposición y trabajaron afanosamente toda la noche en la construcción de la fortaleza prefabricada que traían. Con las primeras luces de la mañana, los escasos moradores de la ciudad y campesinos de los alrededores quedaron alucinados con el gran despliegue militar que se encontraron de sopetón, como por arte de magia.

Los pocos que se atrevieron a oponerse a la ocupación fueron masacrados o hechos prisioneros, resultando una empresa fácil y económica para las huestes del Duque. En cuestión de horas comenzó el despliegue de medios para fortalecerse en la ciudad, construyendo y reparando murallas y fortalezas. El 17 de septiembre quedó ocupada formalmente la ciudad de Melilla por parte de la casa ducal de Medina Sidonia, nombrando alcaide al capitán Gómez Suárez, hombre en su nómina, y alcaide de Chiclana.

Pedro de Estopiñán regresó glorioso a Sanlúcar para informar de su gesta al Duque. Los reyes Isabel y Fernando —inmersos en un profundo dolor por el fallecimiento el día 4 de octubre de su hijo el príncipe Juan—, informados a su vez por el duque Juan Alonso de Guzmán, le agradecieron mediante carta fechada el 18 de octubre de 1497, los servicios prestados a la Corona por esta conquista, manifestándole que la misma les había servido para mitigar en algo el gran dolor por el que estaban atravesando. Asimismo agradecieron a Pedro de Estopiñán su gesta, haciéndole merced de una encomienda de la Orden de Santiago y nombrándolo de por vida Caballero Veinticuatro de la ciudad de Jerez de la Frontera.

Melilla sería gobernada bajo el señorío de la casa ducal de Medina Sidonia durante los cincuenta y nueve años siguientes, hasta que, debido al gran esfuerzo que les suponía su defensa y mantenimiento, la cedieron a la Corona.

La amistad que mantenían Abdulhaqq al-Kurtubi y Gonzalo Fernández de Córdoba fue una especie de flechazo entre dos personas muy diferentes, que se reconocen nada más mirarse a la cara. El artífice de las

presentaciones fue Boabdil, el último emir musulmán de AlÁndalus.

Don Gonzalo y Boabdil ya habían coincidido en varias ocasiones, aunque todavía sin trato de tú a tú. Su relación personal fue propiciada por el cautiverio que sufrió el rey moro en varias fortalezas, a raíz de su apresamiento en 1483 cerca de Lucena durante su primera aventura militar como flamante emir.

De la torre del Moral de Lucena lo trasladaron al castillo de Doña Mencía, que fue el lugar donde se conocieron en persona y donde arrancó el sentimiento de amistad que les uniría de por vida.

Tras unas semanas en la torre de Los Arqueros en Baena, lo llevaron al castillo de Castro del Río, donde permaneció varios meses. Allí comenzaron sus frecuentes encuentros. Pero fue especialmente durante su largo encierro en el castillo de Porcuna cuando Boabdil recibió numerosas visitas de don Gonzalo, manteniendo a solas largas conversaciones muy amenas y enriquecedoras para ambos. Éste disfrutaba con los relatos fascinantes del rey musulmán acerca de la exquisitez y refinamiento de la vida palaciega, con sus exóticos harenes, delicados manjares, preciosos vestidos y el gusto por el fabuloso protocolo oficial que encandilaba a los embajadores cristianos. Por su parte, don Gonzalo, agraciado con la majestuosidad de su carácter, aunque con un tinte de humildad que le acercaba a toda clase de personas, como auténtico conocedor de la vida militar —en la teoría y en la liza— exponía con entusiasmo las novedosas tácticas y artilugios de guerra que estaban empleando los ejércitos cristianos. Era de tal calidad su plática que lograba encandilar a Boabdil, quien en el fondo no tenía especial predilección por los asuntos bélicos. Era el sultán porque así lo había decidido su especuladora madre para frenar las pretensiones de Soraya —Isabel de Solís, porque de musulmana tal vez sólo tenía el nombre—, la segunda esposa de su padre Muley Hassan, a quien tenía hechizado por su belleza.

Paradójicamente, ambos se hablaban con sinceridad, sin importarles que en teoría fueran enemigos formales, y con muchos intereses en juego. Pero se imponía la parte humana, el trato de persona a persona propio de la gente de corazón. Pero además, para sus adentros, los dos estaban en el convencimiento de que la contienda ya estaba decidida. Ambos sabían que el reino de Granada sería cristiano inexorablemente. Y en breve. La marcha cristiana era imparable y el cansancio de los musulmanes por tantos años de guerras, asedios, treguas y padecimientos era ya inaguantable. Sólo era cuestión de tiempo. Esa convicción mutua distendía el tono de sus conversaciones, adornadas siempre con un enorme sentido del respeto por ambas partes. Con el roce llegó el cariño, y entre ellos nació un sincero sentimiento de amistad, que supieron cultivar como dos hombres de amplias miras: uno por su condición de rey y el otro por su

gran carisma personal.

Otro hecho que vino a reforzar la amistad entre los dos ilustres personajes se presentó durante la conquista de Loja por parte de las tropas cristianas. Aunque esto sucedió hace ya más de diez años, hemos querido referir aquí algunos pormenores del asunto, porque entendemos que podrían venir bien para la comprensión general de este relato. De cualquier forma, seremos breves:

En mayo de 1486, espías al servicio de Boabdil informaron a éste de que un contingente cristiano compuesto por cinco mil jinetes y doce mil infantes marchaban sobre Loja. Enseguida se supo que Isabel y Fernando habían reunido además en Córdoba un descomunal ejército — doce mil jinetes, apoyados por cuarenta mil peones— movilizado desde todos los reinos hispánicos, e incluso apoyado por regimientos europeos llegados al olor de la gloria y las prebendas. Este inmenso tropel, dirigido por el rey Fernando en persona y auxiliado por sus mejores caudillos, ya se encontraba también en camino hacia Loja.

El rey Boabdil estaba indignado por esta demostración de fuerza por parte de quienes creía sus aliados. Pensaba que su alianza consistía en fortalecer su posición contra las pretensiones de su tío El Zagal, y no en atacar las plazas bajo su propio mandato. El enojo de Boabdil se vio enardecido por el consejo de sus asesores y alfaquíes, partidarios de armar sus tropas y acudir de inmediato en defensa de Loja, por ser ésta una plaza estratégica para el definitivo avance cristiano hacia La Alhambra. Lograron reunir una hueste de cuatro mil hombres y cinco mil de a caballo, capitaneados por el temido Ahmed el-Zegrí y por Izam ibn Aliatar —hijo del alcaide de Loja ya fallecido, y hermano de Morayma, la esposa de Boabdil.

La diferencia numérica entre los dos contendientes era tan enorme a favor de los cristianos, que les resultó fácil instalar sus reales en la colina, fortificarse en ella y desplegar sus poderosos artificios de artillería, que encaraban a Loja desde cuatro puntos diferentes. La valentía y arrojo de los lugareños no les bastó en esta ocasión. La soldadesca cristiana se lanzó al ataque por todas las puertas y tejados. Sin ningún miramiento ensartaban con sus espadas y degollaban a quien se encontraran, civiles o militares, hombres, mujeres o niños. Tenían instrucciones de acabar rápido, sin contemplaciones. Boabdil, quien se distinguía en la batalla por el boato de su vestimenta, herido en su orgullo, se negaba a negociar la capitulación de la ciudad. Pero esta vez se impuso la sensatez de sus capitanes, que vieron que la masacre que se aproximaba para los suyos sería brutal. El Emir, hundido y descorazonado, fue convencido de la necesidad de negociar para salvar la vida y los bienes de tanta gente. Pero tratar con aquellos traidores le repugnaba.

De pronto se acordó de don Gonzalo. Él era el único que le merecía confianza entre los invasores. Pensó que, por su generosidad y ternura, era el único allí que le podía conceder un acuerdo digno, y de fiar. Con gran pesar ordenó tremolar en el castillo la bandera de parlamento. El rey Boabdil exigió —era quizás lo único que podía exigir en esas condiciones tan desastrosas— que su interlocutor había de ser don Gonzalo Fernández de Córdoba. De alguna manera despreció así la presencia del propio rey Fernando y sus caudillos oficiales en aquella contienda: Rodrigo Ponce de León marqués de Cádiz, Alonso de Aguilar, el conde de Ureña, el conde de Cabra y el maestre de la Orden de Santiago, entre otros grandes de España. No cabía esperar gran cosa en esas circunstancias, pero, tras las pertinentes conversaciones, se ajustó la capitulación de Loja, alcanzando un acuerdo que, entre otras cosas, al menos preservaba la vida de los lojeños, permitiéndoles pasar a África, Granada o cualquier otro lugar de la España cristiana, evitando así un gran baño de sangre que sin duda hubieran ordenado aquellos generales sedientos de éxito, y carentes ya de escrúpulos —si es que alguna vez los tuvieron.

Pero claro, en estas condiciones tan humillantes en que se encontraba el Sultán, los Reyes no desaprovecharon la ocasión para sacar tajada de la debilidad de Boabdil. Éste tuvo que firmar una serie de cláusulas que le imponían colaborar con los cristianos en un plan tendente a la entrega de las plazas que aun quedaban por conquistar, y especialmente la ciudad de Granada. Es decir, le obligaron a firmar su propia eliminación política. Un rey prisionero siempre ha sido la guinda en toda guerra. Y Boabdil, en su corta carrera, ya había sufrido dos apresamientos, y a manos de los mismos carceleros.

Don Gonzalo, para sus adentros, sufría por la coyuntura tan amarga en que encontró de nuevo a Boabdil. Se compadecía de aquel ser tan desdichado vestido de sultán. Al objeto de quitar hierro al asunto y tratar de consolarlo de su humillación, acompañó a Boabdil a Priego para ser curado de sus heridas por médicos cristianos. El exquisito trato personal que don

Gonzalo dispensó al rey Boabdil unió más a estos dos hombres, a quienes la vida había situado en posiciones enfrentadas.

En una de las visitas de don Gonzalo a La Alhambra se suscitó la ocasión propicia. Fue en pleno asedio de Granada, finalizando el verano de 1491. La almofalla cristiana llevaba ya más de cuatro meses instalada en los reales de Santa Fe-El Gozco. Desde allí hostigaban a las aldeas y alquerías que rodeaban la urbe granadina, destruyendo bosques, cultivos, molinos, acequias y demás recursos que pudieran servir para avituallar a la ciudad. El rey Boabdil, contra la opinión de su visir Abu-l-Qásim el-Muleh —por razones de seguridad, argüía—, puso mucho interés en que don Gonzalo conociera a Hayy Abdulhaqq al-Kurtubi, en cuyo criterio confiaba sin



reservas.

En tiempos normales, lo más razonable hubiera sido llamarle a palacio, pero en las condiciones de inestabilidad y peligrosidad que vivía Granada y sus alrededores como consecuencia del largo asedio que soportaba, con la ciudadanía sufriendo calamidades, y profundamente dividida sobre la conveniencia o no de entregar la ciudad, el sultán optó por ahorrarle el trayecto y esperar una ocasión propicia para desplazarse ellos a La Loma. Además, Boabdil deseaba que el encuentro entre Abdulhaqq y don Gonzalo fuera en territorio del musulmán, en su ambiente plácido y doméstico, queriendo así alejar en lo posible la política durante la reunión —cosa harto difícil en aquellos momentos de ebullición.

Ya por la tarde, cuando Boabdil se encontraba disfrutando en uno de los jardines de palacio de una tranquila charla con su invitado, se levantó, de repente, una gran tormenta que descargó una enorme cantidad de agua y granizo sobre los campos secos y ávidos, tornándose el cielo de un agresivo color gris oscuro. No cesaban de caer rayos y truenos sobre la vega granadina, lo que desaconsejaba el viaje de vuelta de don Gonzalo y sus acompañantes. El rey Boabdil le ofreció hospitalidad en palacio por aquella noche, a lo que don Gonzalo accedió gustoso, aun sabiendo que, de alguna manera, esto vulneraba el protocolo oficial en unos momentos muy delicados en las relaciones políticas de Al-Ándalus. Pero el sentido de amistad le conminaba en este caso a actuar de modo más familiar.

Aprovechando una pequeña tregua de la tormenta, don Gonzalo ordenó a sus acompañantes la vuelta a Granada para informar a los suyos del cambio de plan. Únicamente quedó para acompañarle el capitán Martín de Alarcón —más como amigo que como elemento de seguridad personal, detalle que por sí solo denotaba la confianza del caballero cordobés hacia su anfitrión—. Al mismo tiempo, Boabdil envió un jinete a la finca de Abdulhaqq al-Kurtubi para avisarle de que a la mañana siguiente, si Allah lo permitía, a la salida del sol le visitaría con su amigo e insigne personaje.

A estas alturas de la guerra, en que sólo restaba por conquistar la ciudad de Granada y sus tierras alrededores, en manos de Boabdil, odiado por muchos y cuestionada su valía por casi todos sus súbditos, la diplomacia cobró gran importancia. Ambos bandos tenían plena consciencia de que allí terminaba la presencia del último Estado islámico de la península. Por más que enseñaran los dientes las tropas regulares musulmanas o la población civil, la diferencia de recursos bélicos era tan abismal a favor de los cristianos, que lo sensato para cualquier dirigente que se precie sería tratar de salvar el pellejo, los bienes y condiciones de vida de sus súbditos. Algunos sitiados pensaban que lo único que podía evitar su derrota sería un milagro. Porque si aquella inmensa maquinaria de guerra que tenían a sus puertas seguía su marcha hacia ellos, la masacre podría ser descomunal. La tremenda desgracia provocada a la población durante

la conquista de Málaga, cuatro años antes, se quedaría en una escaramuza comparado con lo que podría ocurrir en Granada, que contaba con mayor población que aquélla.

La pérdida de Alhama fue el principio del fin. Tanto unos como otros sabían que Alhama era la puerta de Granada, la llave, por eso a partir de su caída en febrero 1482, todos comprendieron que empezaba la cuenta atrás hasta la derrota total. Entre los dirigentes y el pueblo se instaló un gran pesar. Tras la conquista de Alhama, el avance cristiano había sido muy eficiente, sin prisa pero sin pausa. Poco a poco fueron fructificando sus esfuerzos. En 1486 cayeron Loja, Tájara, Íllora, Moclín, Colomera, Montefrío y las aldeas intermedias. En 1487 cayó Vélez y la propia Málaga. Y por el flanco oriental más rápido aun: en algunas semanas —en 1489— capitularon Baza, Almería, Guadix y los pueblos y aldeas del Zenete. Las huestes cristianas estaban en racha.

Ambos bandos procuraban enviarse emisarios, o propiciar encuentros al objeto de ir perfilando las posturas. El rey Fernando, que confiaba plenamente en la lealtad de don Gonzalo y su gran capacidad de persuasión, y conocedor de la amistad que éste mantenía con el emir granadino, apoyó complacido la entrevista en La Alhambra, con la esperanza de que el buen hacer que siempre había demostrado el militar cordobés —aunque hasta ahora en misiones de menor calado— arrancara de aquella reunión algo positivo. La estrategia que diseñaron Isabel y Fernando con sus generales para el asedio de Granada requería que fuera una campaña rápida, debido al ingente esfuerzo logístico y económico que suponía mantener acuartelados a tantos miles de soldados, mercenarios y peones. La dilatación en el tiempo les podría acarrear dificultades a los cristianos, que temían especialmente la llegada del invierno, por lo que estaban dispuestos a conceder ventajas que en otra época ni se hubieran planteado. Las arcas reales no eran boyantes. Por otro lado, los nobles exigían cada vez contraprestaciones más cuantiosas por sus préstamos en dinero, hombres y armas. A los reyes les convenía cierta celeridad en las cosas, pero sin caer en el desatino de la precipitación. Prometer era el lema. Cosa bien distinta es cumplir.

En su círculo íntimo, el rey Boabdil se refería a Abdulhaqq al-Kurtubi con un enorme respeto, elogiando sus conocimientos y amable carácter. En una ocasión, ante su consejo de dirigentes, dijo: "Hayy Abdulhaqq es un paradigma viviente de lo que debe ser un musulmán: enérgico pero tierno, idealista pero pragmático, inteligente pero humilde, reservado pero sociable, firme pero tolerante, severo pero dulce, austero pero sensual... todo un compendio de los valores islámicos. Allah permita algún día que yo me parezca a ese hombre". Estos elogios provocaron reacciones no exteriorizadas de envidia y celos por parte de algunos sabios y alfaquíes oficiales, quienes consideraban que tal sarta de virtudes les debería corresponder a ellos, que por algo eran los que ostentaban formalmente tales adornos. Y no ese señor, intelectual autodidacta, que en definitiva no

era sino una especie de ganadero sin responsabilidad gubernativa alguna. Pero eso, claro está, no era sino los susurros de Shaitán el maldito, que ataca al ego de cada cual donde más le duele.

Boabdil le había visitado en varias ocasiones, siempre de incógnito, en La Loma, pues pensaba que si lo invitaba a palacio, ese hombre noble se sentiría incómodo. Unas veces la visita había surgido por el simple placer de su compañía, otras en demanda de consejo sobre asuntos puntuales de su gobierno, y otras, las más, en busca de alivio cuando alguna pesadumbre afligía su alma desdichada.

En la cena, dispuesta discretamente en uno de los salones preferidos por el Rey, se sirvieron manjares exquisitos, arrope y bebidas exóticas sin alcohol. En una estancia contigua, para preservar su intimidad, los expertos ministriles de palacio tocaban sus laúdes, guzlas y ajabebas, adornando la noche con su preciosa música *Ándalusí*. Asistieron únicamente el rey Boabdil, su visir Abu-l-Qásim el-Muleh, don Gonzalo Fernández de Córdoba y su acompañante Martín de Alarcón.

Como estaba previsto, antes de la salida del sol, los cuatro personajes ya estaban descendiendo por la Sabika —colina sobre la que se alza La Alhambra— precedidos a corta distancia por un discreto grupo de siete jinetes de la guardia personal de Boabdil. La legua de camino que les esperaba podía ser complicada de transitar. Boabdil era odiado por muchos granadinos que le reprochaban sus acuerdos con los cristianos, y en esos días tan convulsos los caminos se habían vuelto muy peligrosos. Las dos últimas semanas se habían paralizado las ofensivas militares, limitándose la lucha a pequeñas escaramuzas cuerpo a cuerpo entre caballeros de ambos bandos. Desde agosto, los musulmanes habían observado movimientos entre La Alhambra y los reales de Santa Fe; también habían visto a Yusuf Ibn Comixa volver desde los campamentos cristianos, por lo que intuían que estaban negociando algo. Esto exasperó a los más exaltados, partidarios de la resistencia armada, que veían debilidad y sumisión en la gestión del sultán Boabdil. Granada era un hervidero de gentes llegadas de todas partes. De los lugares recién conquistados habían emigrado familias enteras, buscando refugio en el único reducto islámico de la península ibérica. También abundaban los aventureros y trotamundos, españoles y extranjeros, en busca de cobijo en la que quizás era la ciudad más importante de Europa en ese momento.

Estas salidas esporádicas de palacio, consideradas de índole privada y, por tanto fuera del rígido protocolo oficial, eran muy del agrado de Boabdil porque le permitía un comportamiento espontáneo y fresco, más acorde con su carácter independiente. Pero esta vez la tensión se notaba en su rostro. El sol apuntaba ya sus primeros rayos. Esa leve claridad dejaba al descubierto un paisaje desolado. Quedaban pocas huertas en pie y muchas casas se veían deterioradas por los ataques recientes. La mayor

parte de los cultivos habían sido destrozados, los árboles talados, algunos cadáveres seguían abandonados en el suelo... Atravesaron aquellos parajes inhóspitos, convertidos en tierra de nadie, cabalgando a galope relajado. Tardaron como media hora en alcanzar La Loma sin incidentes.

Bajo el arco de entrada a la finca les esperaban para recibirles Abdulhaqq al-Kurtubi de la mano de su hijo mayor Sahid, que a la sazón contaba siete años. Después de la lluvia del día anterior, la tierra reseca de todo el verano había recobrado algo de su frescura y aroma. Aun así el polvo que levantaba las cabalgaduras de la comitiva se hizo visible en cuanto comenzaron el ascenso de la loma.

Cuando arribaron a la finca, los jinetes de la guardia que venían abriendo paso se hicieron a un lado discretamente para dejar paso al Rey y sus acompañantes. Abdulhaqq, siguiendo los usos del protocolo, se acercó al caballo que montaba Boabdil e intentó besar la mano de éste, quien la apartó negándosela en un gesto de deferencia, y descabalgando besó él la frente de su anfitrión y dedicó una sonrisa cariñosa al pequeño Sahid. Descabalgaron también don Gonzalo y los dos acompañantes.

—Assalamu aleikum, mi sultán. Bienvenido a mi humilde casa, tú y tus distinguidos acompañantes. Nos honra tu presencia —saludó Abdulhaqq a Boabdil en una forma muy natural, con la mirada baja, respetuosa pero sin alharacas.

—Ma aleikum salam wa rahma tu'llah, Hayy Abdulhaqq. Debes disculpar nuestra intrusión en tu casa, mi noble amigo. Como siempre, visitarte engrandece mi alma y sosiega mi ánimo — respondió el rey Boabdil en un tono majestuoso, aunque distendido y con semblante feliz.

—Agradezco tus palabras, mi sultán. Tu visita a esta casa nos enorgullece profundamente, y espero poder corresponderte como mereces.

El visir, don Gonzalo y su asistente se mantenían como a un paso detrás de Boabdil, sujetando cada uno su caballo por la jáquima, esperando respetuosamente el momento de sus saluciones.

—El principal motivo de este ansiado encuentro es presentarte a mi invitado, el insigne caballero don Gonzalo Fernández de Córdoba, gran general del ejército castellano y fiel servidor de sus majestades Isabel y Fernando —expuso Boabdil, situándose entre ambos, señalando, con su brazo derecho extendido y la palma de la mano hacia arriba, hacia don Gonzalo.

—Es un honor para mí, señor Abdulhaqq, saludarle en persona después de conocer la alta estima que le profesa su alteza el sultán del Reino de Granada —saludó don Gonzalo adelantándose con delicada cortesía, y

agachando sutilmente su cabeza en señal de respeto.

—Nos dignifica enormemente con su presencia, señor. La fama de su valía le precede por estas tierras, constatada por la alta estima que le merece a nuestro amado sultán. Sea bienvenido a mi modesta casa, señor —le devolvió el saludo Abdulhaqq con exquisito tratamiento.

—A nuestro visir sidi Abu-l-Qásim ya le conoces —señaló Boabdil con su mano a Abu-l-Qásim el-Muleh, como autorizando a éste a saludar.

—Sidi Abu-l-Qásim... Me alegra mucho saludarte —tendió su mano Abdulhaqq con tono muy cordial.

Igualmente saludó al asistente de don Gonzalo con una cortés reverencia. Una vez que los soldados de la escolta se hicieron cargo de las cabalgaduras, partió la comitiva caminando en dirección a la casa principal donde se les serviría un suculento desayuno.

Los de la finca ya llevaban un buen rato en movimiento, desde antes de la hora del alba. Como en realidad eran tan pocos, el despliegue organizativo se veía discreto, pero muy eficiente. Ahmed les facilitó a los soldados de la escolta la tarea de instalar los caballos en la caballeriza, y permaneció allí a su cuidado junto a los dos soldados que quedaron de guardia. Karima y Zainab —embarazada de cinco meses— ya tenían la cocina todo dispuesto para agasajar a tan ilustre visita. Riduán, recién bañado y perfumado, se había vestido con sus mejores galas y se convertía en estas ocasiones en una especie de hombre para todo. Se paseaba tranquilamente entre la cocina y el salón, supervisando que todo estuviese en su sitio y en su momento. A través de un resquicio de la cortina se asomaba con discreción al cenador en donde se celebraba la reunión. Se dejaba ver de vez en cuando, haciendo ver que la casa contaba con personal de servicio, aunque fuese escaso. Dejaba su función diaria atendiendo a las vacas, y se transformaba en el mayordomo de la casa.

Karima, su esposa, muy bregada desde hacía años en el trasiego de la cocina, también vestida para la ocasión, se aplicaba con naturalidad a servir a los invitados, desplegando sus mejores artes de compostura y eficiencia. A sus treinta y siete años tenía una presencia muy armoniosa, de rasgos agraciados y movimiento elegante. Ella sabía que, cuando las visitas eran hombres, la observaban de reojo —lo que en el fondo la complacía— pero ante los invitados se comportaba haciendo alarde de un exquisito pudor, que ella consideraba lo propio y obligado en una mujer casada. Nunca miraba a los ojos de los visitantes, y se comportaba con una discreta sobriedad. Los mellizos todavía dormían en su habitación.

Boabdil, amante del lujo en los vestidos, destacaba por el colorido de su vestimenta. Llevaba una alcandora de lino muy suave de color púrpura, con preciosos alamares con botonadura de metal verde, zaragüelles

amplios de color gris acero, recogido por un ancho cinturón de cuero labrado, del que pendía del lado izquierdo una vistosa cimitarra ricamente labrada en tonos dorados y el color del acero, y del derecho una gumiá de la misma factura que la cimitarra. Cubrían sus pies unas ligeras babuchas de color anaranjado. Y adornaba su cabeza un bello almaizar de algodón blanco, que debía medir más de cinco metros de largo, a juzgar por la cantidad de vueltas que se apreciaban alrededor del real cráneo. Su tez blanquecina, su escasa barba teñida con alheña y la vivacidad de sus ojos completaban una figura estudiadamente colorista, con un matiz de extravagancia. Quizás buscara en el colorido de su atuendo compensar la expresión de desamparo que emanaba de su rostro —con razón era conocido entre su gente por el apodo de “Zogoybi”, el desdichado—, todavía un tanto aniñado para sus treinta y dos años.

El atuendo de don Gonzalo no tenía mucho que desear al de Boabdil. El caballero cordobés siempre se había distinguido por su gusto —excesivo, según su hermano Alonso— en cuidar su imagen personal. Aunque vestía sin ostentación, cuidaba cada detalle de su indumentaria. Llevaba un jubón de zarzahán de color ocre, calzas negras de lino recio y botas de montar también negras. Su famoso sable toledano ajustado al cinto refulgía, reivindicando su notoriedad. Contaba treinta y ocho años, esa edad en que los hombres empiezan a cuajar sus facciones en busca de la plena adultez. Se notaba que su reciente matrimonio —el 14 de febrero de 1489— en segundas nupcias con doña María Manrique de Lara le había procurado tranquilidad. Sentado en el diván, su presencia era majestuosa, rezumaba galanura en cada ademán, pero a su vez transmitía cercanía y accesibilidad. Don Gonzalo estaba agraciado con una aureola irresistible de ignorar.

Karima se había colocado sobre sus mejores ropas una basquiña muy ligera de color esmeralda, que reservaba para las ocasiones especiales. Empezó a traer bandejas con pan recién horneado y amasado con varios tipos de cereales: trigo fino, panizo, escanda y maíz. Una vez más, el apetitoso olor del pan caliente arrancó de los reunidos una fugaz sonrisilla de complacencia. Abdulhaqq sabía que ese olor apacigua a las fieras. Las personas acostumbradas a resistir las incomodidades de las guerras: malcomer, dormir poco y al raso, vivir bajo la tensión de las heridas y la muerte, añorando esposas e hijos, o amantes... suelen identificar el olor del pan con paz de hogar y distensión, con el anhelado reposo del guerrero.

Continuó llevando a la mesa jarras con zumos de frutas, café con cardamomo y té con hierbabuena, servidos en teteras de alpaca; huevos fritos regados con aceite de oliva, aceitunas espléndidamente aliñadas, almojábanas de queso de oveja, una gran bandeja con dulces de almendras, piñones y dátiles, y dos cuencos de excelente miel de azahar.

—iBismillah!

Sentados los comensales a la mesa, y ésta servida, la cortesía islámica aconseja que el hombre de la casa, como emir soberano de su territorio, pronuncie esta palabra a modo de autorización para empezar a comer. Hasta ese momento, ingerir o siquiera tocar algún alimento de la mesa se considera como un atentado a las reglas de la hospitalidad. Ahí no importa el rango o importancia de los invitados, afecta a todas las personas por igual. Abdulhaqq pronunció la palabra con naturalidad, en un tono bajo, sólo lo suficiente para ser audible.

—Agradecemos a Allah este espléndido banquete —A la hora de hablar, sí fue el sultán el primero en pronunciarse.

—iExcelente agasajo, señor Abdulhaqq! Exclamó a su vez don Gonzalo, agradeciendo tales servicios.

—Es lo menos que la visita de tan ilustres personas merece. En esta casa los lujos son escasos, por no decir inexistentes, pero todos cooperamos para tratar de agasajar convenientemente a quienes nos honran con su visita —habló Abdulhaqq en un tono franco, no exento de una sutil ceremonia.

—Tenía mucho interés en que conocieras al ilustre don Gonzalo Fernández de Córdoba, claro ejemplo de que en el mundo cristiano también hay personas con excelentes virtudes personales. Entre las personas de valía hay que tender puentes firmes y duraderos —Se dirigió Boabdil a Abdulhaqq con un sutil tono jocoso para distender la conversación, con cierto matiz de complicidad.

—Las virtudes personales, señor, son un regalo y una conquista de cada cual. Según nuestra tradición, la principal misión de una persona en la vida es dulcificar su propio carácter, y exhorta a mejorarnos buscando el Saber desde la cuna a la tumba. La magnífica reputación de don Gonzalo ya llegó a nuestros oídos por diversos caminos. Sabemos de las grandes expectativas que están puestas en su persona —dijo Abdulhaqq.

—Dios me ha favorecido siempre en mi devenir. Solo Suyo es el mérito, si lo hubiere. Uno entrega lo mejor de sí porque esa es una obligación de cada persona, ejerza la actividad que sea. Dios puso en mí, desde pequeño, el amor a la milicia y el servicio a mi patria. Sólo trato de ejecutar con éxito las misiones encomendadas —explicó don Gonzalo con tono severo pero relajado.

—Alabo, don Gonzalo, su encanto por la carrera de las armas, como camino para su desarrollo personal, que aportará prestigio y honor a su nombre, además de riquezas y una vida épica. Lo considero perfecto para encauzar las cualidades de valentía y arrojo propias de los caballeros. Sin

contar el inconmensurable servicio que presta a su patria. Pero..., ruego permitan expresarnos con franqueza. Con el debido respeto, señor, tengo algunas objeciones acerca del uso de las armas —expuso Abdulhaqq reivindicando la sinceridad como premisa en aquella reunión haciendo honor a su nombre que significa “Siervo de la Verdad”.

—Por supuesto, señor Abdulhaqq. Hablemos con el corazón que es la manera propia de las personas nobles, siempre y cuando nuestro intelecto no perjudique a los compromisos de lealtad que cada uno tenemos. Por favor, exponga su criterio —contestó don Gonzalo.

—Permítame decir, señor, que sólo concibo la lucha con armas en defensa de personas y bienes, nunca para atacar. Si una persona es atacada tiene la obligación de defenderse, pero nunca iniciar el ataque. Quien ataca es el responsable de las masacres, quien se defiende está ejerciendo algo sagrado. Desde hace años, siglos, los musulmanes de estas tierras estamos siendo atacados. Digamos, señor, que la gloria de sus victorias se basa en la desgracia de los nuestros. Cada conquista vuestra conlleva la destrucción de cientos y miles de personas, la mayor parte civiles indefensos ante un ejército estructurado. Y por otro lado, señor, los bombardeos indiscriminados tan eficaces con el gran avance de la artillería, en rigor, no nos son permitidos a los musulmanes y se considera una transgresión a las leyes de la guerra. Usando esas artes mueren muchos seres inocentes que poco o nada tienen que ver con la guerra: ancianos, mujeres, niños... Sé, señor, que su espíritu es noble, pero otros generales que dirigen y ordenan son unos auténticos desalmados —se sinceró Abdulhaqq con el noble caballero cristiano.

—Comprendo vuestra inquietud, señor Abdulhaqq. La guerra es tan antigua como el hombre. Tiene usted razón en que si no hubiera un atacante, no habría necesidad de defenderse. Pero desafortunadamente los hombres siempre buscan motivos para crear discordia y desencuentro. Cuando no es por asunto de lindes y territorios, se busca el motivo en la religión, y, si no, en cualquier asunto de amoríos, celos o venganzas. Forma parte de la naturaleza humana. Y una vez instituida la guerra como manera de resolver los conflictos, hay que estar bien armados y organizados, fabricar eficaces máquinas de matar y tener el poder de causar la máxima destrucción al enemigo. En esa tesitura el único objetivo es vencer. En realidad, es una locura —expuso don Gonzalo queriendo, de algún modo, justificar su oficio.

—¡Una locura! Esa es la palabra. Los musulmanes estamos sufriendo en nuestra propia tierra hambre, acoso y muerte, sólo por nuestra creencia. ¿Cómo hemos de llamar a eso? ¿No ven factible que los dos credos puedan coexistir en armonía? ¿No existen posibilidades de pactos generosos por ambas partes que eviten estas masacres? —exclamó



Abdulhaqq visiblemente emocionado.

—A mi juicio, a nadie favorece esta complicada situación a que todos nos hemos visto abocados. Sería bueno encontrar una fórmula que acabara con esta desgracia. Las altas instancias políticas y religiosas han decidido que España sea una, y, por supuesto, gobernada por cristianos. Pero la tolerancia debe prevalecer y permitir la coexistencia pacífica entre las dos creencias. Eso es lo saludable, lo contrario nos arrastrará a todos a la barbarie —expresó don Gonzalo con soltura.

—Conocemos las circunstancias, don Gonzalo —intervino Boabdil, que hasta ese momento se había limitado a escuchar con atención—. Nuestra frustración colectiva es asumir que el esfuerzo de siglos por conseguir una sociedad sofisticada se desvanece. Observamos que los líderes cristianos no aprecian nuestra organizada labor, durante tanto tiempo, de implantación de una estructura social que potencie el conocimiento y el desarrollo integral de los ciudadanos. Hemos aportado al mundo notables avances en las ciencias, las artes y el pensamiento. Granada es un claro ejemplo de ello. El Islam ha demostrado ser un método válido de convivencia enriquecedora, capaz de generar prosperidad y esplendor. ¿Y nosotros somos los bárbaros? La desvergüenza en las personas estriba en negarse a aceptar lo evidente.

—No logramos comprender el motivo del desprecio que padecemos los musulmanes, de parte de quienes no se han preocupado por conocer nuestras cosas con sinceridad. Más bien parece el rechazo de un niño ante un manjar desconocido: rechazar sin conocer. ¿A quién puede molestar nuestra dieta? ¿A quién puede molestar nuestros ayunos? ¿Y nuestras oraciones? —argumentó Abdulhaqq con tristeza, queriendo reforzar con sus palabras lo expuesto por su emir.

A lo que respondió don Gonzalo:

—Por eso hay que hablar de ignorancia, no de mala fe. Es sabido que la ignorancia genera recelo y desconfianza, que fácilmente se convierten en maldad. Además, cuando un conflicto se dilata en el tiempo se distorsionan sus motivaciones; se le van añadiendo emociones de hechos puntuales, de batallas concretas: muerte de seres queridos que reclaman venganza, humillaciones en escaramuzas que piden reparación... Son reacciones de carácter más personal y subjetivo, pero que al final terminan por imponerse y cobrar más importancia que la propia causa primigenia del conflicto. Ahí es cuando deben intervenir los líderes, con su capacidad de síntesis y análisis, y tomar decisiones sensatas con la suficiente frialdad. No deben permitir que la soldadesca o la población civil actúen bajo sentimientos de odio o rencor, sino aleccionarlos a seguir una estrategia firme y bien trazada. Los excesos por parte de las tropas tras las conquistas: saqueos, violaciones y otras humillaciones tienen que erradicarse por completo de nuestras milicias. En lo que está en mi mano, Dios sabe que trato de inculcarlo a mis capitanes y soldados. En esta

guerra que nos ocupa, además, dificulta la misión la circunstancia de que luchan soldados muy variopintos, procedentes de banderas y estandartes muy diferentes, incluso extranjeros, cada uno de su padre y de su madre. En los momentos calientes, tras la batalla, algunos bárbaros desalmados tienden a propasarse, aflorando la faceta más ruin de la naturaleza humana. Pero doy fe de que estamos en ello.

—Hay que remediarlo, don Gonzalo. La población toma mucho odio tras estos excesos execrables, y la reacción puede ser también violenta, lo que no ayuda para la ansiada paz. Comprendan el escenario. Mi escenario, si me lo permitís. Yo, como emir, y gran parte de mi consejo, ya hemos asumido la realidad de las cosas. Desde hace tiempo cooperamos en lo posible con los reyes cristianos. Tenemos firmados acuerdos latentes. Recordad que mi propio hijo lleva ocho años como rehén en poder de sus majestades, como garantía de que yo cumpliría lo pactado. ¿Existe algo más duro para un emir y para una familia? Pero asumimos nuestra desgracia. Muchos ciudadanos me odian por estos acuerdos. Quieren luchar, defenderse, pero no son conscientes de la enorme diferencia de fuerzas. Resistirse sería un suicidio colectivo, pero ellos en su exaltación se dejan llevar por su instinto de defensa. Allah ha decretado que esta decisión tan trascendental recaiga sobre mi espalda. Al estar entre dos fuegos, hagamos lo que hagamos será mal visto por unos y por los otros —Boabdil se sinceró con los presentes, señal de que vivía momentos angustiosos.

—Mi sultán, he pensado en tu situación y la encuentro de una responsabilidad enorme, una carga demasiado pesada para un hombre, pero, con todos mis respetos, tú debes seguir los designios de Allah cómo tu corazón te los dicte. Toma la decisión que consideres acertada según tu criterio, y deja que Allah se manifieste. Los musulmanes estamos sometidos a las leyes de la Realidad ineludible y, por tanto, sólo podemos aceptarla de la forma que ésta se presente, por lacerante que sea —Abdulhaqq al-Kurtubi se pronunció de forma solemne, ofreciendo algo de consuelo a su emir, que ciertamente pasaba por una época de tribulación.

—Así lo haremos, con la ayuda de Allah. Estoy feliz de haber brindado la ocasión de saludaros. Mi amistad con don Gonzalo se trabó en momentos muy desdichados para mí, en gran desventaja, pero su consideración hacia mi persona fue exquisita. Recuerdo nuestra derrota en Loja. Su delicadeza fue como un bálsamo para mi corazón humillado. Es curioso, don Gonzalo, entre tantos estragos de aquella contienda me ha venido a la mente en varias ocasiones la imagen de lord Scales, tan elegante y distinguido, pero magullado y mellado de dos dientes a causa de una pedrada que recibió en el asalto del arrabal. Cuando abría la boca se tapaba con la mano para no desvelar su horrible falta, que le desfiguraba todo el rostro — continuó Boabdil queriendo quitar hierro a la conversación, llevándola a terrenos más anecdóticos y triviales,

refiriéndose a Sir Edward Woodville lord Scales, emparentado con la sangre real de Inglaterra, quien vino a apoyar a los reyes cristianos en el cerco a Loja con trescientos hombres de su bandera.

Sin pretenderlo nadie, la conversación había tomado unos tintes demasiado políticos para el gusto de los tertulianos, quienes habían deseado disfrutar de una mañana desinhibida, apartarse durante un rato de la tensión tan asfixiante que se vivía en Granada. Por esta razón, el rey Boabdil hizo un rápido requiebro y preguntó a Abdulhaqq por su padre, cuya historia conocía. A Boabdil le había fascinado la determinación de aquel hombre maduro, que se lanzó a la arena del mundo para curarse de la pena que lo atormentaba.

—¿Qué noticias tienes de él? ¿Sabes por dónde anda ese alma libre?

—Por la última carta que recibí hará dos meses, estaba en Persia, en Isfahán. Había llegado allí siete meses antes, y se aloja como invitado de un sheikj muy anciano. Le noté contento, señor —le respondió Abdulhaqq con una expresión entre admiración y añoranza.

—No debes afligirte por su ausencia. Él cumplió con su misión familiar sin tacha. Esa nueva etapa le pertenecía a él mismo, tuvo que reubicarse en la vida. Pero a un hombre de las cualidades de tu padre, Allah siempre le abre las puertas más espléndidas.

—No me aflijo, señor. Sé que él está bien y disfruta de una paz que para mí la quisiera. Salió de esta casa con un hatillo y en menos de nueve años ha conocido medio mundo. Además de la manera que hay que conocer los lugares, viviendo entre sus gentes durante algún tiempo, conociendo sus cosas desde dentro, implicándose en su día a día. Aunque ya sabes, señor, que la implicación de un peregrino es bastante peculiar, ya que poco les importa lo mundano —dijo Abdulhaqq.

—Cuando llegó a Isfahán, ¿de dónde procedía? —preguntó el rey Boabdil.

—Pues verás, señor. Lleva ya más de dos años en tierras persas, parece que le ha gustado ese país. Antes de Isfahán pasó un año entero en Shiraz, y anteriormente estuvo unos meses en Ahvaz, adonde llegó procedente de Al Kut al-Imara, en Mesopotamia. Antes había pasado un año completo en Bagdad. En fin, señor, un no parar, pero he observado que ahora se queda más tiempo en los sitios. Antes eran estancias más fugaces. Interpreto esto como una señal de que ya va sintiendo el peso del tiempo y de las vivencias.

—Admiro a las personas capaces de llevar una vida así de rica, sin preocupación por propiedades ni cargas en las espaldas. Cómo decidió vivir tu padre, en continuo dikr de Allah, es la forma más parecida a la libertad de los pájaros. Con ellos Allah muestra su generosidad ofreciéndoles el sustento sin condiciones, salvo que le recuerden. Cuando una persona renuncia voluntariamente a lo material y logra desvincularse

del apego a otras personas, Allah le abre la puerta de mundos fascinantes y le facilita el encuentro con los seres más puros de la tierra, no sólo humanos, sino también con entidades de diferente naturaleza que existen también para adorar al Señor de los Mundos. Observo, Abdulhaqq, que estás bien informado acerca de los pasos de tu padre —dijo Boabdil complacido.

—Sí, mi sultán, mi padre siempre encuentra la manera de enviarme cartas mediante toda clase de viajeros: comerciantes, poetas, navegantes... Y entre el tono de sus palabras y la versión personal del mensajero me hago una idea de su estado. Ha conocido gentes y lugares maravillosos, como de cuento, pero también ha tenido que pasar por sitios en guerra, con epidemias, tiranías y otras penurias. Habrá pasado por situaciones de toda índole, variadas como la misma vida, pero confío en que le acompañe siempre esa protección especial que Allah reserva para los desposeídos. Curiosamente mi padre usaba también el símil de los pájaros, pero solamente se lo escuché unos meses antes de su partida, en bastantes ocasiones, pero nunca en vida de mi madre, que Allah la tenga en su gloria —explicó Abdulhaqq.

—Lo de tu padre, amigo Abdulhaqq, es una historia de amor en toda regla. Tu padre amaba tanto a su esposa que no pudo resistir su ausencia, por eso tuvo que echarse al mundo para curarse, apartarse de los recuerdos para poder soportarlo. Tengo entendido que no se ha vuelto a casar, ¿me equivoco? —dijo el rey Boabdil con tono melancólico.

—No te equivocas, señor. En todos sus escritos hace alguna referencia a eso. Aunque enviudó joven nunca ha mostrado intención de volverse a unir a otra mujer. Siempre dice que decidió guardar lealtad a la figura de su esposa, que no quiere sustituirla por nadie. Además dice que el matrimonio es incompatible con la vida errante que él eligió. Sé que en Shiraz el sheikj que lo alojó en su casa le ofreció como esposa a una de sus hijas, joven y muy bella, pero él declinó agradecido. Hace unos años me contó que en Estambul se enamoró de él una hermosa mujer, viuda joven como él, pero que se apartó sutilmente de ella. Admiro esa fortaleza de ánimo. En realidad, creo que mi madre no aprobaría ese proceder. Ella sufriría mucho al verlo solo, sin familia, sin raíces, por esos locos mundos de Dios. He añorado tanto sus consejos y la atenta preocupación que siempre tuvo por mí, discretamente, sin que se notara. Pero siempre estaba ahí. Ahora sé lo que es perder al padre. Debí oponerme con más vehemencia a su marcha. Debí secar sus lágrimas. Sufrió tanto el pobre, pero yo no supe reaccionar a su dolor, atenazado como estaba por el mío propio. Debí...

—No te atormentes, hermano Abdulhaqq —intervino con rapidez Boabdil que sintió que aquel hombre guardaba remordimiento sobre ese episodio tan vital en su existencia—. Nuestros destinos están escritos de antemano en nuestro libro. Sucedió todo así porque Allah lo dispuso. Puedo

comprender el desamparo que sentiste, créeme que conozco bien el desamparo. Pero tienes la gran suerte de haber disfrutado de tu familia mientras la tuviste. Perteneceste a un cálido nido y por lo menos conociste ese calor tan grato. Yo, criado como un príncipe, no conozco ese sentimiento de amor. En mi familia se mataban entre ellos por cuestiones de poder y dinero. Yo nunca tuve un padre en quien protegerme. Tú sí, Abdulhaqq. Incluso en la distancia él cuenta contigo y habrá derramado millones de lágrimas por la lejanía de su único hijo vivo. No debes afligirte, hermano, al contrario, alegra tu corazón por los tesoros que Allah te ha regalado.

Abdulhaqq no era propenso a hablar de sus cuitas más íntimas, pues consideraba que, en fondo a nadie le interesan, y entonces para qué atribular a terceros que bastante tendrán cada uno con las suyas. Es más, desde que tuvo uso de razón seguía el axioma según el cual cada persona debe saber guardar determinadas vivencias en el ámbito más íntimo y profundo, en donde nadie pueda acceder. Nadie, por estrecho que sea el vínculo que exista. Pensaba que estas vivencias son regalos de Allah para el deleite exclusivo de su beneficiario, y que en cuanto se revelan pierden su capacidad transformadora, constituyéndose en un quebranto de la intimidad en la relación de la persona con Allah. En esta categoría tenía Abdulhaqq el nexo con su padre. El cordón umbilical que les unía era el conducto de múltiples experiencias que lo enriquecían en lo personal, ya que el viejo Mohammed había encontrado un estado místico, donde no cabía el resentimiento ni la sensiblería, sino el fluir sin prisa viviendo cada minuto como si fuera el último, y a la vez el primero, y lo que transmitía su contacto era tranquilidad y sosiego.

Pero en esta ocasión, el clima de sinceridad que se respiraba en la mesa, la presencia tan desdichada del sultán Boabdil que le inspiraba una inmensa ternura y la atenta postura de don Gonzalo, que solía asentir con discreción pero sin intervenir en lo que consideraba una cuestión personal entre el anfitrión y su invitado Boabdil, hizo que Abdulhaqq se sincerara y se expresara con una transparencia que envolvía. El caballero cordobés había escuchado con mucha atención todo lo referido por Abdulhaqq sobre su padre, y le había fascinado la historia. Continuaron en la mesa un rato más reposando el abundante desayuno y después Abdulhaqq les mostró las estancias de la finca, conversando ya sobre asuntos más cotidianos. Abdulhaqq recordaría años más tarde el interés mostrado por don Gonzalo acerca del ritual del azalá, prestando mucha atención a los detalles referentes a las abluciones: quiso saber cuándo y cómo se lavan los musulmanes. Aquel le había explicado con detenimiento muchos pormenores sobre el aseo y purificación indispensable para las oraciones, convencido como estaba que esa manera de lavarse, por sí sola, era un gran pilar que sostenía la forma cotidiana de vivir de los musulmanes. Y, curiosamente, era una de las diferencias básicas que les separaban de los cristianos de la época, quienes consideraban que el aseo personal era cosa

de mujeres y afeminados.

Ignoramos la repercusión que esta conversación tuvo en el devenir de la historia de Granada —o siquiera si la tuvo—, pero sí marcó un hito en la vida de Abdulhaqq y Gonzalo — como hombres, como personas—. A partir de haberse conocido, la visión que cada cual tenía del conflicto intercultural varió sustancialmente. La vida los había colocado en bandos enfrentados, pero su esencia como individuos tenía pinceladas de idéntica factura, por lo que se reconocieron de inmediato.

Se visitaron en diversas ocasiones durante los años siguientes, tanto en La Loma como en la casa de don Gonzalo en Íllora y en Granada, yendo su amistad en aumento. La última vez que se vieron fue a finales de abril de 1495, cuando vino don Gonzalo a despedirse de Abdulhaqq antes de partir para Italia. Estaba exultante de alegría por haber recibido el encargo del rey Fernando de dirigir la campaña de pacificación del Reino de Nápoles.

Esa era ya una misión de enorme envergadura, y confirmaba la confianza que los reyes tenían en los servicios de Gonzalo Fernández de Córdoba. Fue una visita rápida a La Loma, pero don Gonzalo, a pesar del ajetreo de esos días por los pertrechos de la expedición, no quiso marchar para una campaña presumiblemente larga sin despedirse de Abdulhaqq. Fue un encuentro muy emotivo. Éste agradeció sinceramente el elegante gesto de don Gonzalo, y le deseó éxito en su misión —esta vez su enemigo no era el Islam, sino los franceses—. No podía imaginar entonces la gloria que le daría a Gonzalo Fernández de Córdoba aquella campaña de Italia que ahora le aguardaba.

Las Guerras de Italia empezaron, como tantas otras confrontaciones, con una conspiración. En este caso del usurpador Ludovico Sforza —todos le llamaban “El Moro”, por su piel oscura—, quien gobernaba en el Milanesado en nombre de su sobrino, el legítimo duque de Milán Gian Galeazzo Sforza. Éste recibió el ducado y el mando de Milán con 7 años. Durante su minoría de edad ejerció el gobierno su ambicioso tío Ludovico, quien le tomó gusto al poder y se apropió de Milán de forma descarada, tiranizando a los ciudadanos. Con la excusa de que temía acciones bélicas por parte del rey de Nápoles Fernando I —tío de Fernando el Católico— y de Pedro de Médicis regente de la república de Florencia, tendentes a otorgar el poder del ducado de Milán a su sobrino Gian Galeazzo, que era a quien legítimamente le correspondía, propuso al rey de Francia Carlos VIII la conquista del Reino de Nápoles.

Le vendió la idea como un paseo triunfal, como una pequeña excursión que le proporcionaría el control de todos los débiles reinos de Italia. Excitó al joven monarca francés para que reivindicara la Corona de Nápoles en nombre de la Casa de Anjou, que no había cejado en sus pretensiones del trono desde que en 1422 la Casa de Aragón tomara posesión del mismo

—legitimado después por siete pontífices—. El rey de Francia acogió la idea con un entusiasmo desmesurado, guiado más por su ímpetu juvenil y sus ensueños de gloria que por la prudencia necesaria antes de abordar un ataque bélico de esas características. Carlos VIII no era un ser agraciado por la Naturaleza: además de rudo, ignorante e imprudente, era de constitución enfermiza, de miembros asimétricos, bajísimo de estatura y de gran fealdad en su rostro. Pero dotado, eso sí, de una enorme ambición. Ya se veía no sólo como el rey de todos los territorios italianos, sino dueño y señor de Constantinopla y del imperio turco.

Antes de iniciar el ataque militar —previsto para el año siguiente— vio conveniente congraciarse con algunos monarcas europeos, al objeto de que no entorpecieran sus planes. Apalabró la paz con Inglaterra pagando a Enrique VII seiscientos veinte mil escudos de oro. Al emperador germánico Maximiliano I le devolvió el Franco-Condado y el Artois. A Fernando de Aragón le cedió los condados de Rosellón y Cerdeña —en litigio entre ambas dinastías desde los tiempos de su padre Juan II—, que eran objetivo preferente en la política del reino de Aragón. Este tratado fue firmado por ambos monarcas formalmente el 19 de enero de 1493.

Ocurrió que el 25 de enero de 1494 falleció de apoplejía el anciano rey Fernando I de Nápoles, para gozo de sus súbditos que le odiaban por su mal carácter y la tiranía a que les sometía, aunque le reconociesen sus capacidades para gobernar. Le sucedió su hijo primogénito, de su primera esposa, Alfonso de Aragón y Chiaromonte, más animoso que él pero menos capaz para la política, e igualmente odiado por su crueldad. Otra circunstancia que añadía inestabilidad al escenario político. Fernando de Aragón no podía mirar para otro lado tal como estaban las cosas, puesto que debía defender su amenazado trono de Sicilia y los intereses de su primo y cuñado Alfonso II. Envió a Roma a Garcilaso de la Vega como embajador ante el papa Alejandro VI —el controvertido valenciano Rodrigo Borgia—, para exhortarle a que siguiera apoyando al rey de Nápoles, ofreciéndole protección a su persona y a los Estados Pontificios —el Papa pidió tal ofrecimiento por escrito al Rey.

Por su parte, Carlos VIII envió un emisario al rey Fernando pidiéndole apoyo económico y soldados, así como el uso logístico de la isla de Sicilia, en base al Tratado de Barcelona. Disfrazó su proyecto arguyendo que su intención era atacar a los turcos, pero que de paso tenía que ocupar el Reino de Nápoles. Como respuesta, el rey aragonés le envió como embajador al experto negociador Alonso de Silva para decirle al rey francés que le apoyaría gustosamente en su campaña contra los turcos, pero que reprobaba su intención de ocupar Nápoles y que él defendería a Alfonso II para conservar el trono. Su mensaje no fue del agrado de Carlos VIII, quien trató con desdén a Alonso de Silva, como si se tratara del embajador de un reino enemigo. No hubo acuerdo como era de esperar. Este intento diplomático no pretendía evitar la guerra —que ya estaba decidida por parte de los franceses—, sino sacar ventajas en la

forma de abordarla y contar con el beneplácito del mayor número de aliados.

Como estaba previsto, en agosto de 1494, el gran ejército francés pasó a Italia cruzando Los Alpes. Formaban la escuadra doce mil soldados de infantería, once mil hombres a caballo y ocho mil mercenarios suizos contratados al efecto, bien pertrechados de picas, arcabuces y ballestas. Otros mil artilleros transportaban unas ciento cuarenta piezas de artillería de diverso calibre, entre bombardas, falconetes y culebrinas, anclados sobre afustes de madera muy artesanos pero resistentes para su traslado por tortuosos caminos.

Alfonso II, queriendo frenar el avance de los franceses, envió una armada a Génova al mando de su hermano el infante don Fadrique, y un ejército de tierra al curso inferior del río Po, capitaneado por su hijo primogénito el duque de Calabria. Pero ambos intentos fueron en vano, pues fueron arrollados por las huestes francesas, que siguieron su camino con facilidad. Con su rey Carlos VIII al frente, se pasearon victoriosos por Turín, Milán y Florencia donde la gente les aclamaba como libertadores dado su descontento con sus propios dirigentes. Muchos nobles se les unieron sometiéndose al vasallaje a la causa francesa. El papa Alejandro VI se asustó al sentir las tropas ya cerca de Roma, y empezó a reclamar a Fernando el Católico la protección que éste le había ofrecido. Para engrasar las relaciones le concedió generosas mercedes, como la autorización para conquistar África y la cesión de una parte de los diezmos de Castilla, León y Granada —lo que vendría a denominarse como tercias reales—, que en el futuro sería fundamental para las rentas de la Corona.

Sabedor de que era el único que podía socorrer al Reino de Nápoles y de la debilidad de su pariente Alfonso II, el rey Fernando le propuso unas condiciones demasiado duras por su ayuda. El rey de Nápoles no quiso aceptar esa humillación, y, sintiéndose desamparado por sus súbditos que le aborrecían, optó por abdicar y retirarse a la isla de Sicilia. Recogió el testigo del trono su primogénito Fernando duque de Calabria, quien gobernó bajo el nombre de Ferrante II. El trono de Nápoles ya había conocido a tres reyes en menos de un año.

Los reyes españoles, aun sin remuneraciones por parte de Nápoles, informaron a sus reinos de que se acercaba otra guerra, empezando a dar los primeros pasos para organizarla. No obstante quisieron hacer un último intento por la vía diplomática antes de llegar al rompimiento total con los franceses. Enviaron a los embajadores Antonio de Fonseca y Juan de Albión con misivas exhortando al rey Carlos VIII a desistir de su empeño en conquistar el reino de Nápoles. Éste, envenenado por la soberbia, contestó que ya estaba la empresa demasiado adelantada para retroceder, y que el antiguo litigio sobre la propiedad legal de Nápoles se vería después de haberla conquistada él. A lo que respondió el embajador Antonio de Fonseca: "Pues si así lo queréis, en manos de Dios ponemos



nuestra causa, y las armas lo decidirán". A continuación sacó el original del Tratado de Barcelona y lo hizo pedazos en presencia del rey y de su corte. Un gesto definitivo. La guerra estaba declarada.

El papa Alejandro VI estaba en una posición delicada. Las tropas francesas ya estaban a las puertas de Roma. Los súbditos de los Estados Pontificios aborrecían al Papa por su demostrada mala vida y costumbres viciosas. Rodrigo Lenziolo Borgia —nacido en España, titulado en Francia y educado en Italia— era un compendio de vicio y corrupción personal, religiosa y política. Había tenido cuatro hijos y una hija de su relación adúltera con Vanozzia —destacada cortesana y esposa de Domenico Arignani, noble de Roma—. Su carácter depravado le llevaba a dirigir sus estados como un príncipe cruel y déspota. No era querido ni por su propia gente ni por la mayoría de reyes y mandatarios de la época. Asustado como estaba por la invasión francesa, y receloso de la protección personal que le ofreciera el rey francés, optó por pactar con éste. Carlos VIII al frente de sus huestes entró en Roma el 31 de diciembre de 1494. El pueblo romano lo aclamaba como un libertador, harto ya de la tiranía del papa Borgia. Éste puso a su disposición el castillo de Civitavecchia y todas las fortalezas que necesitara durante la ocupación de Nápoles, excepto el castillo de Santángelo, en donde él se refugió.

El 28 de enero de 1495 el ejército invasor salió de Roma en dirección a Nápoles. En veinte días, sin apenas resistencia, recorrió todo el reino. Tras lograr la rendición de la fortaleza de Castelnuovo —defendida por Alfonso de Ávalos marqués de Pescara—, el 22 de febrero Carlos VIII entró triunfal en la ciudad de Nápoles, siendo recibido también con gran demostración de alborozo por el pueblo. El legítimo rey Ferrante II, con cientos de sus leales, ya había ido a refugiarse a la isla de Sicilia, donde estaba establecido su padre dedicado a la vida contemplativa desde su abdicación.

El equilibrio político que había conseguido Lorenzo de Médicis en Italia se había disipado a su muerte. Italia estaba dividida en reinos mal avenidos y con frecuentes disputas entre sí. Los cuatro rivales de Carlos VIII que le podrían dificultar su proyecto de conquistas —Ferrante II de Nápoles, su padre el rey dimitido Alfonso II, Pedro de Médicis de Florencia y Alejandro VI papa y príncipe de los Estados Pontificios— eran en mayor o menor medida odiados por sus ciudadanos, lo que originó que muchas ciudades napolitanas, florentinas o pontificias se entregaran gustosas a la causa francesa. Debido a los años de prosperidad que habían disfrutado, los italianos se habían alejado del hábito de luchar. Estaban desentrenados y, al mismo tiempo, impresionados por la ingente maquinaria de guerra que traían los franceses, que contaban con las mejores piezas de artillería de toda Europa. El pueblo italiano se lo puso muy fácil a Carlos VIII. Al final estaba resultando un paseo militar, tal como se lo había pintado Ludovico

Sforza al proponerle la idea.

Ensoberbecido por el éxito, el rey francés se dio a una vida disipada como era de esperar de su carácter licencioso, empleando los recursos estatales en frivolidades y caprichos, y tratando con desconsideración a sus nuevos súbditos napolitanos. Éstos comenzaron a tomarle el mismo odio que a los príncipes que antes habían soportado. Desengaño sobre desengaño. Hartos de tanto oprobio, pidieron al rey Fernando II de Aragón que viniera a socorrerlos. Pero éste ya había decidido resolver el asunto a lo grande. Había ideado establecer un gran pacto con la Iglesia y la mayoría de los estados soberanos europeos, al fin de hacer frente común al invasor francés. Era lo más sensato dada la ambigüedad del escenario y la debilidad de las alianzas logradas hasta el momento. Convenía presentar algo consistente que disipara las incertidumbres de todos los actores.

Hasta ahora Fernando el Católico había actuado más defendiendo los intereses de la Casa de Aragón, su propia dinastía, y como rey de Sicilia, que como rey consorte de otros reinos españoles, pero a medida que el conflicto se fue internacionalizando, fue entrando en escena España como un conjunto de reinos —las Españas—. A estas alturas tenía más sentido hablar de los reyes españoles, como reinado conjunto, que sólo de Fernando de Aragón, aunque disociar el gobierno de cada reino en virtud de qué cónyuge lo aportó al matrimonio tampoco era tarea fácil.

Y de nuevo se puso en movimiento el aparato diplomático español. Los reyes enviaron a Garcilaso de la Vega señor de Batres como embajador ante el papa Borgia. A Juan de Deza encomendaron las conversaciones con Ludovico Sforza duque de Milán, que ya estaba arrepentido de haber llamado al rey francés. Antonio de Fonseca y Juan de Albión arreglaron en Worms el doble matrimonio de los hijos del emperador germánico Maximiliano I y los de los propios monarcas españoles — la archiduquesa Margarita y el archiduque Felipe con el príncipe Juan y la infanta Juana—. Lorenzo Suárez Figueroa marchó a Venecia con la misión de coordinar las conferencias, que se celebraron en dicha ciudad en sesiones nocturnas, con tanto sigilo que ni el propio ministro de Carlos VIII Felipe de Comines —que vivía en la propia ciudad de Venecia— se percató de lo que estaba sucediendo.

Se alcanzó una firme alianza —que sería conocida como la Santa Liga— firmada el 31 de marzo de 1495, acordando, entre otras cosas, la defensa común de todos los estados confederados, aportar cada estado un contingente militar hasta conseguir treinta y cuatro mil jinetes y veintiocho mil soldados, y otros acuerdos con la estrategia a seguir para expulsar a Carlos VIII de Italia, y restituir a Ferrante II el trono del Reino de Nápoles.

En virtud de lo concertado por la Santa Liga, a España le correspondieron ocho mil efectivos entre soldados y peones. Se aparejó en Cartagena y

Alicante una armada de sesenta navíos, entre galeras, galeotas y leños, que habían sido movilizados desde los puertos del Cantábrico y Galicia. En esa época todavía no existían barcos sólo para la guerra, sino naves de carga y pasajeros que se adaptaban a tal fin cuando la ocasión lo requería. Las naves fueron dotadas de lombardas, falconetes y culebrinas con la disposición adecuada a cada tipo de nave. Entre el personal de navegación y el de guerra juntaron seis mil hombres de infantería y seiscientos de caballería, bien equipados de picas, artesanas, arcabuces, ballestas, rodelas y paveses.

En realidad eran dos armadas coordinadas en el mismo operativo. Una saldría desde Alicante al mando del almirante Galcerán de Recassens con destino a Sicilia, con la misión de reforzar las posiciones de la isla y establecer allí la base de las operaciones. Y la otra, más cuantiosa, dirigida por Gonzalo Fernández de Córdoba que, pasando por Sicilia, debía entrar por Calabria y encaminarse al reino de Nápoles para expulsar a las tropas francesas de suelo italiano.

Los convoyes padecieron una travesía muy dificultosa debido a la climatología adversa, por lo que tuvieron que anclar algunos días en Mallorca a la espera de vientos favorables. Finalmente, aunque con retraso, llegaron al puerto de Mesina el 24 de mayo de 1495. Allí fue informado don Gonzalo de que Carlos VIII había retornado a Francia con la mitad de su ejército el día 20 de mayo, es decir cuatro días antes de la llegada de la flota española.

Al rey francés le temblaron las carnes al tener noticia sobre los acuerdos concretos que había adoptado la Santa Liga. Sabía que sus días estaban contados en Nápoles. El ardor guerrero que traía se le había disipado con la vida regalada que había llevado en Nápoles, y pensó que lo más sensato era salvar el pellejo. Pero su inexperiencia en las lides de la guerra le llevaron a una fatal decisión: abandonar Italia con la mitad de su ejército, con lo que no aseguraba ni su propia retirada ni la guarnición y defensa de los territorios que había conquistado. Antes de iniciar la retirada se ocupó del saqueo de las mejores obras de arte en pintura y escultura, así como objetos decorativos de gran valor para llevárselos a su país. Mandó una misiva al Papa diciéndole que de camino pensaba pasar por Roma para conferenciar con él. Pero Alejandro VI le dio largas. A éste no le apetecía la entrevista porque pensó que lo que buscaba Carlos VIII era conseguir su investidura como Emperador, lo que el papa Borgia rehuía. De facto, para asegurarse de que no le encontrara, se marchó de Roma con sus cardenales a Orvieto, y de allí a Perugia. El rey Carlos sólo paró en Roma dos días. A su paso por Viterbo intentó entrevistarse con el Papa, pero éste no estaba por la labor. Prosiguió su retirada por Sena y Pisa. Al salir de los desfiladeros de Los Apeninos, cerca de Fornovo di Taro, a cinco millas de Parma, se encontró con un fornido contingente de tropas venecianas que le presentaron batalla. Pero el experto cuerpo de lanceros suizos que llevaba el rey francés los venció con rapidez. Pudieron

así proseguir su camino las huestes francesas, esta vez con destino a Turín donde Carlos VIII se entrevistó con el inconstante Ludovico Sforza duque de Milán, a quien convenció para que abandonara la Santa Liga. Finalmente, el rey y los suyos atravesaron de nuevo Los Alpes y entraron en Francia.

De vuelta a casa, Carlos VIII se entregó a una vida relajada, olvidándose de las tropas que habían quedado en Italia defendiendo su causa.

Como virrey de Nápoles había quedado Gilberto de Borbón duque de Montpensier, príncipe de la casa real de Francia y poco amigo de los fragores de la guerra. Más insigne por su linaje que por sus conquistas personales. Y en Calabria —como subordinado del duque de Montpensier— asumió el mando Everard Stuart conocido como el señor de Aubigny, caballero escocés de ilustre familia. Éste si era un general valeroso y hábil, al que llamaban sus contemporáneos “El caballero sin tacha”.

El convoy comandado por Galcerán de Recassens, formado por las naves más ligeras y sin artillería pesada, había llegado a Sicilia un día antes que el grueso de la flota dirigida por don Gonzalo. El rey Ferrante, ansioso y alentado por lo acordado en la Santa Liga, se adelantó con Recassens en la primera ofensiva aliada, apoderándose de la plaza de Reggio, en la costa meridional calabresa. Desde allí convocó a Gonzalo Fernández de Córdoba para diseñar la estrategia de la reconquista de Nápoles. Era el día 26 de mayo. Fadrique II, quizás por su juventud e inexperiencia, era partidario de ir a saco sobre Nápoles aprovechando la debilidad del duque de Montpensier. Y don Gonzalo sugería comenzar poquito a poco desde el sur de Calabria que contaba con plazas peor guarnecidas, e ir ocupando por asedio una tras otra.

A los soldados que traía don Gonzalo de la península ibérica —formados por los capitanes castellanos Alvarado, Pedro de Paz, Benavides, Peñalosa y Bernardo de Vilamarí, entre otros— se les unieron unos tres mil voluntarios napolitanos y calabreses reclutados por Hugo de Cardona, además de algunos mercenarios al mando del marqués de Pescara. Puesto en marcha el aparato militar, la primera operación fue exitosa, recuperando Santa Agatha. Continuando su avance llegaron a las proximidades de Seminara, donde encontraron a un contingente francés que Aubigny había reunido por la zona. Al mando puso al capitán Precy, uno de los mejores capitanes franceses, con la idea de frenar el avance hispano-napolitano. Don Gonzalo evaluó la situación y se inclinaba por rechazar ese enfrentamiento. Las tropas francesas eran numerosas y bien organizadas y, en cambio, los soldados y mercenarios reclutados en Sicilia no estaban pertrechados para batallas grandes. Estaban armados sólo con espadas cortas y adargas, más adecuados para la lucha cuerpo a cuerpo, que para las batallas en espacios abiertos donde son preferibles las picas, artesanas y alabardas con afiladas moharras que, por su mayor longitud,

permiten un tipo de pelea más desenvuelta.

Pero el joven Ferrante, ansioso por conseguir méritos que le acreditaran entre sus súbditos, optó por presentar batalla. Don Gonzalo intuía mal resultado pero, como obediente observador del respeto a las jerarquías, tragó su propio criterio y obedeció el del rey. Durante la guerra de Granada, Gonzalo Fernández de Córdoba se había distinguido por dotar a la caballería de una gran movilidad, efectuando ataques rápidos y retrocediendo para volver a la carga con más ímpetu, apoyada por la infantería. Siguió aquí este mismo enfoque. Pero en uno de esos retrocesos, los inexpertos soldados sicilianos lo interpretaron como una retirada, y huyeron en desbandada. El rey Ferrante nada pudo hacer para recomponer sus filas, aunque se expuso con gran riesgo a las investidas de los franceses. Un lancero atravesó el pescuezo de su caballo, quedando el rey en posición muy vulnerable ante el rebumbio del campo abierto, solo, con su espada enhiesta. Un soldado llamado Juan Andrés Altavilla, que se percató de la escena, cedió valerosamente su caballo al rey, trocando la vulnerabilidad de éste por la suya propia, lo que le costó la vida. Fue la primera derrota —y la única en toda su dilatada vida militar— de Gonzalo Fernández de Córdoba, y en realidad no era achacable a él mismo, sino a la voluptuosidad de un inmaduro monarca. Siempre recordaría aquel 21 de junio de 1495.

Don Gonzalo se retiró a Reggio, y el rey Ferrante embarcó en una nave rumbo a Sicilia. Desde allí decidió marchar directamente a Nápoles, donde le reclamaban los suyos con insistencia. Su idea era comparecer pronto, antes que la noticia de su derrota en Seminara desmoralizara a los napolitanos. Pidió a don Gonzalo que les acompañase, pero éste se negó con contundencia. En vista de lo sucedido en Seminara prefirió usar su propio criterio y seguir con su plan de afianzarse en Calabria. Fadrique II se embarcó con la flota de Recassens, compuesta de ochenta naves ligeras, entre leños y fustas, y tras vencer a las tropas del duque de Montpensier que salieron en defensa de la ciudad, entraron en Nápoles en medio de la efusiva aclamación de sus habitantes.

Por su parte, don Gonzalo y sus tropas proseguían con su cadena de conquistas. Muchas plazas se entregaban sin luchar siquiera, y otras ofrecieron resistencia, pero al final capitulaban también. La táctica más empleada fue la del asedio, rodeando la plaza con las piezas de artillería y esperar a que se rindieran. De este modo cayeron bajo su control Calana, Bagnara, Fiumar de Muro, Terranova, Tropea, Maida y todas las fortalezas de los condados de Melito y Nicastro. A medida que aquel ejército tan disciplinado iba sumando conquistas, el prestigio de Gonzalo Fernández de Córdoba iba creciendo, y eso hacía que la resistencia fuese aun menor. Se había extendido la noticia del buen trato que éste daba a los conquistados. A los civiles los trataba con sensibilidad —como es de justicia, ya que ellos no eran gente de guerra, sino que habían sido invadidos contra su voluntad—, y a los militares franceses los apresaba

como futura moneda de cambio, pero procediendo con humanidad. Los soldados a sus órdenes le apreciaban con respeto. Daba la cara por ellos, se afanaba para que percibieran sus sueldos con prontitud, procuraba que tuvieran buenas vituallas y les inculcaba altos valores. Esto complacía mucho al carácter romántico de los italianos, que sabían apreciar los valores de un auténtico caballero.

A estas alturas ya se les planteaba la dificultad de que no podían ocupar más plazas porque no contaba con suficientes hombres ni recursos para guarnecerlas. Existía el inconveniente añadido de que escaseaba el dinero para pagar las soldadas, y esto es lo peor para mantener alta la moral de los combatientes. De los soldados de refuerzo prometidos por los reyes, apenas llegaban a Italia unos cuantos, con cuentagotas. Y encima llegaban desarmados y harapientos, en un estado deplorable.

Las arcas reales estaban agotadas. La implantación del reciente aparato estatal en el reino de Granada había consumido gran cantidad de recursos. Por eso los reyes Isabel y Fernando habían decidido en 1495 recaudar en este reino un servicio extraordinario — eufemismo para no provocar malestar entre los granadinos, que ya estaban sobrecargados de impuestos normalizados—, con el que preveían obtener 16.000 doblas zeyenes, equivalentes a 7.200.000 maravedíes. Los reyes encargaron de organizar este servicio a su tríada granadina Fray Hernando de Talavera, el conde de Tendilla y el corregidor Andrés Calderón, y nombró recaudador oficial al comendador de Moratalla Diego de Soto. Aunque en realidad ellos ya lo tenían todo organizado, pues junto a la orden escrita enviaron un esquema de quiénes, cuánto y cuándo debían pagar. Este reparto pormenorizado lo elaboró Hernando de Zafra, gran conocedor de la realidad granadina, y que había sido llamado a la corte en la primavera de 1495, permaneciendo tres años.

Hubo reticencias por parte de los mudéjares granadinos porque consideraban que este nuevo gravamen iba contra lo pactado en la capitulación de Boabdil, que prometía que éstos “no pagarían más derechos de aquellos que acostumbraban a dar e pagar a los reyes moros”. Pero Isabel y Fernando se escudaron para persistir en su cobro en dos argumentos: el primero era que los propios musulmanes se habían ofrecido en el verano de 1495, a través de su representante Yahia el-Fisteli, al pago de ciertas cantidades para demostrar su buena disposición con el nuevo gobierno de los reyes. Y el segundo, que se trataba de algo extraordinario y puntual a lo que éstos tenían derecho y los mudéjares obligación, en tanto que ya eran “vasallos e súbditos naturales”, y que así lo habían hecho también los reyes moros en su tiempo cuando tenían una necesidad extraordinaria.

Este gravamen afectaba, en una medida u otra, a todos los moradores del Reino de Granada, desde la costa de Vera hasta Casares y Marbella,

pasando por las tierras interiores de Baza, Guadix, El Zenete, los Vélez, La Alpujarra y la serranía malagueña. Y los sujetos y bienes gravados eran: una sisa sobre la carne, pescado y aceite; heredades de huertas, viñas y tierras; artesanos —caldereros, herreros, zapateros, carpinteros, etc. —; el ganado mayor y menor, los mercaderes de las alcaicerías, los mudéjares recién emigrados a Granada... Es decir, todos tenían que apretarse y apechugar con lo ordenado, bajo penas severas para quien tratara de sustraerse.

El 26 de febrero de 1496 los reyes enviaron una circular a cada uno de los oligarcas musulmanes del reino de Granada avisando de la llegada del recaudador Diego de Soto. Por diversos motivos la recaudación fue muy lenta, y la necesidad del dinero por parte de los reyes era tan grande, que en varias ocasiones apremiaron a los responsables para agilizar la misma. El 18 de agosto el rey Fernando escribió una dura misiva a Diego de Soto, recriminándole por la tardanza y anunciándole el envío de un tal Cristóbal de Robles, a quien debería entregar todo el dinero que tuviera disponible, y conminándole a buscar más cantidades —vía empréstitos de banqueros y hombres de negocios— al objeto de que éste le trajera cuanto más dinero posible. Esto da idea de la gran necesidad que tenían los reyes de recursos económicos. Y lo más urgente era, sin duda, cubrir los gastos provocados por la guerra en Italia, cuyas escasas tropas llevaban ya demasiado tiempo sin cobrar su salario, por lo que Gonzalo Fernández de Córdoba, como responsable de aquella campaña, se quejaba continuamente a los reyes.

A pesar de lo cual, don Gonzalo hizo un ingente esfuerzo para contentar a sus soldados, desplegando sus dotes de convicción y continuaron su tarea, ocupando pueblos y ciudades del distrito de Cosenza, el condado de Montalvo, Lauria, Laino... Desde finales de la primavera de

Una de las más celebres hazañas de Gonzalo Fernández de Córdoba tuvo lugar durante la toma de Laino, pueblo situado al nordeste de la frontera de Calabria Superior, a orillas del río Lao. Allí había un contingente de señores angevinos con sus vasallos, apoyados por tropas francesas esperando a reunirse con Aubigny, gravemente enfermo. Don Gonzalo y los suyos anduvieron durante la noche por veredas tortuosas, atravesando los cañones que forman el río en el valle de Mucano, y al hacerse de día sorprendieron a los franceses que nada pudieron hacer para defenderse. Dieron muerte a su jefe Américo de San Severino —conde de Mélito e hijo del conde de Capaccio—, e hizo prisioneros al conde de Nicastro, a Honorato de San Severino y otros doce barones y más de cien caballeros. Esta victoria acrecentó en gran medida la fama que ya gozaba don Gonzalo por tierras italianas, y fue decisiva para la suerte de Calabria.

Disfrutaba don Gonzalo de un tiempo dorado por los éxitos cosechados. Tenía su almofalla acampada en Castrovillari, cuando fue llamado por Fadrique II para que se le uniera al norte de la región de Basilicata. El

duque de Montpensier con el grueso de su tropa había salido de Salerno y se había refugiado en la ciudad de Atella, muy cerca de Ripacandida que era una de las plazas fuertes todavía en poder de los franceses. El duque y su gente quedaron dentro de la fortaleza, sitiados por el ejército del Rey napolitano, quien no quiso llevar a cabo ninguna acción ofensiva sin contar con la presencia de don Gonzalo. Éste, para no contrariar al rey Ferrante, dejó el gobierno de Calabria en manos del cardenal Fernández de Heredia y se puso en camino con un selecto contingente —cuatrocientos jinetes, setenta hombres de armas y mil peones recién llegados de España— y llegó a Atella el 24 de junio. Fueron recibidos por el rey de Nápoles, Francisco Gonzaga marqués de Mantua y general de las tropas de Venecia y por César Borgia, legado de su padre el papa Alejandro VI.

Emprendió don Gonzalo sus tareas de acoso, destruyendo molinos y acequias. Seis de los nueve molinos existentes, custodiados por piqueros suizos, quedaron inutilizados, por lo que el suministro de pan se vio seriamente afectado. Interrumpieron el abastecimiento de agua potable y demás víveres, recrudesciendo el asedio y obligando a pelear a los franceses en escaramuzas de desgaste. Fueron apresados Virginio y Jordán Orsini, cuando pretendían escapar del cerco. Tomó al asalto la fortaleza de Ripacandida, el bastión más inexpugnable de su sistema defensivo, y, tras casi un mes de hostigamiento, forzó a capitular al duque de Montpensier que ya había visto que no tenía nada que hacer en su defensa. La rendición, firmada el 27 de julio de 1496, contemplaba la entrega no sólo de Atella, sino todas las plazas del Reino de Nápoles en su poder —excepto Gaeta, Venosa y Tarento— y la puesta a su disposición de navíos para el transporte de los soldados franceses a su país, así como el indulto para los napolitanos que habían luchado bajo la bandera francesa.

De tal magnitud era la cadena de victorias que acumulaba Gonzalo Fernández de Córdoba, que tras esta última, hubo consenso general entre el rey Ferrante II, el legado pontificio, los nobles y capitanes que se encontraban en el lugar, en denominarle el Gran Capitán. Y así quedó registrado formalmente, por primera vez, en el documento de capitulación de Atella. El cognombre le venía como anillo al dedo. Por ser el menor de los dos hermanos, había quedado sin títulos y honores heredados de su insigne estirpe, que le habían correspondido a su hermano Alonso. Don Gonzalo siempre había manifestado que a él le bastaba el honor de pertenecer a la familia de los Fernández de Córdoba. Desde joven, por sus caballerescas cualidades, había sentido el anhelo de alcanzar la gloria por el servicio a los príncipes. Con cuarenta y cuatro años ya la habría logrado. Y lo mejor aun estaba por llegar. Su reconocimiento era extraordinario: lo mismo entre príncipes, generales y nobles que entre soldados y el pueblo llano. Y a nivel internacional su nombradía se elevó por encima de cualquier personaje. Algo mágico había en su persona. Él sostenía que era Dios quien le guiaba, y que su único mérito era el



esfuerzo.

Entretanto, los soldados franceses y los mercenarios contratados por el duque de Montpensier habían roto filas desordenadamente. Mientras se organizaban los preparativos para su repatriación se tomaron un tiempo de desahogo, entregándose al vino y la lujuria, reacción típica del soldado tras la derrotas —y también tras las victorias—. Pero esta vez les salió cara la fiesta. Empezaron a morir como chinches. Les salían pústulas por el cuerpo y se les desgarraban las carnes. Sobrevino una epidemia que curiosamente afectó en mayor medida a las tropas francesas, motivo por el que fue llamada esta epidemia como “el mal francés” o “el mal napolitano”. Los médicos no acertaban a definir su naturaleza. Algunos síntomas se parecían a los de la sífilis, e incluso a la lepra. Se especulaba sobre el origen de este mal, siendo de general opinión entre la población que el germen que lo provocaba había sido traído de América tras el primer viaje de Colón —por eso algunos lo llamaron también “el mal de La Española”—. Lo cierto es que de los cinco mil franceses que salieron de Atella sólo quinientos llegaron a su país, lo que da una idea de la magnitud del contagio. El propio Gilberto de Borbón duque de Montpensier murió a consecuencia de esa deslucida enfermedad.

Durante la ausencia del Gran Capitán de Calabria, Aubigny había aprovechado para apoderarse de nuevo de muchas plazas que ya habían sido conquistadas por aquél. Pero en cuanto apareció don Gonzalo en el escenario la situación viró de forma radical. Las plazas se entregaban sin pelear. Los italianos se adherían a su bandera incluso sin sueldo. El poder aglutinador del Gran Capitán brilló como nunca a favor de los aliados. Aubigny, convencido de su incapacidad para contener aquel huracán bélico, salió de Italia, quedando el Gran Capitán como señor de Calabria, aunque todavía algunas plazas estaban en manos de franceses.

El 7 de octubre de 1496, el rey Ferrante II de Nápoles falleció con veintiocho años, en el segundo de su reinado y recién casado con su tía paterna Juana de Nápoles —hija del rey Fernando I y su segunda esposa Juana de Aragón— de casi su misma edad, y de quien estaba prendado desde pequeño. Era vox populi que la causa de su muerte también había sido el abuso de los placeres conyugales. Al no dejar descendencia, ese mismo día fue proclamado rey su tío Fadrique —hijo también de Fernando I y su primera esposa Isabel de Chiaromonte, y, por tanto, medio hermano de su esposa—. Parecía un buen rey para tiempos de paz dado su carácter apacible e ilustrado, aunque demasiado francófilo para las malas lenguas.

De inmediato el nuevo rey Fadrique, auxiliado por el almirante Recassens, se lanzó sobre Gaeta, todavía dominada por los franceses, a quienes desposeyó de la plaza un día después de la llegada del Gran Capitán en su ayuda. Este fue recibido por el rey con gran agasajo como libertador de Calabria, ofreciéndole gran cantidad de mercedes y estados, que

humildemente rechazó don Gonzalo, a quien le bastaba la gloria de sus hazañas.

El 19 de diciembre, Alejandro VI otorga a Isabel y Fernando el título de Reyes Católicos, mediante la bula papal "Si convenit". Este título ya había sido usado anteriormente por dos monarcas hispánicos: Alfonso I de Asturias en el siglo VIII y Pedro II de Aragón en el XIII, aunque sin concesión formal por la Santa Sede.

En los Estados Pontificios todavía quedaban plazas fuera de control. La familia Orsini seguía dando guerra. Ostia, el puerto natural de Roma por donde debían entrar gran parte de los suministros, estaba gobernada desde hacía dos años por Menaldo Aguirre, un vizcaíno con fama de aventurero, corsario y feroz guerrero, de arrogante trato, que tenía controlado todo el tráfico de personas y mercancías a través del puerto marítimo y el río Tiber. Era de vital importancia derrotarlo. El papa Alejandro VI hizo venir desde España a su hijo Juan Borgia duque de Gandía, y lo puso al frente de un ejército para recuperar la zona. Era enero de 1497. Juan Borgia era mediocre en el arte de la guerra —por no decir inexperto o inepto— y fue derrotado con facilidad en Bracciano, principal fortaleza de los Orsini, defendida por el excelente militar Bartolomeo D'Albiano.

El duque de Orleans envió un regimiento de apoyo a los Orsini, al mando del tirano Vitellozzo. El 25 de enero las tropas del Papa sufrieron una nueva derrota en Soriano. Éste, ante el cariz que tomaban las cosas, no tuvo más remedio que pactar con los Orsini, a quienes tuvo que devolver casi todos sus dominios que antes les habían sido arrebatados. El deseo de Alejandro VI era tener cuanto antes el control sobre todos sus estados, pero por sus propios medios lo tenía difícil. En esta tesitura de debilidad no le quedó otra opción que llamar en su auxilio al Gran Capitán, que siempre era una apuesta segura.

Don Gonzalo que se hallaba con sus tropas en Gaeta, no podía negarse al requerimiento del Pontífice. Se puso en camino arribando a Roma el 19 de febrero, dos semanas después de la firma del pacto con los Orsini. Aguirre, arrogante, rechazaba cualquier arreglo y mucho menos la rendición. La artillería del Gran Capitán se puso manos a la obra dirigida por el capitán Luis de Monteagudo. Hasta el mismo embajador ante el Papa Garcilaso de la Vega vino con su guarnición a echar una mano en el asedio. Tras dos semanas de bombardeos y refriegas —el 9 de marzo— los españoles tomaron al asalto el puerto de Ostia, haciendo prisionero a Aguirre. Don Gonzalo le prometió que le perdonaría la vida, y lo llevó encadenado a modo de trofeo ante Alejandro VI.

Gonzalo Fernández de Córdoba fue recibido por el papa Alejandro VI en el Vaticano sentado en su solio, rodeado por su nepotista familia, por su corte y los cardenales. Don Gonzalo hizo además de inclinarse ante el

Papa con la intención de besarle el pie, como era la norma del protocolo, pero éste rehusó y levantándose besó en la frente al Gran Capitán, como gesto de gratitud. Le concedió la Rosa de Oro, que era un galardón que cada año otorgaba el Pontífice a los beneméritos de la Santa Sede. A continuación Alejandro VI, apoltronado ante los suyos, probablemente queriendo mostrar a Don Gonzalo el favor de su complicidad, tuvo la indiscreción de hacerle un comentario un tanto ofensivo sobre los Reyes Católicos. La reacción del caballero cordobés fue tajante, tachando de desagradecido al Papa de Roma: ¿Cómo se atreve —le vino a decir— después del ingente servicio que le han prestado para recuperar sus posesiones? El papa Borgia no se esperaba lo que acababa de escuchar en boca de un subordinado. Pero ahí no terminó la cosa. Don Gonzalo, acalorado e indignado por la desfachatez de Rodrigo Borgia le dijo: “Que le valiera más no poner la Iglesia en peligro con sus escándalos, profanando las cosas sagradas, teniendo con tanta publicidad cerca de sí y en tanto favor de sus hijos, y que le requería reformase su persona, su casa y su corte, que bien lo necesitaba la cristiandad”. El Papa enmudeció avergonzado. No podía dar crédito a las palabras que estaba escuchando, en su propia casa y delante de los suyos. ¡Menudo rapapolvo! Así era Gonzalo Fernández de Córdoba.

Salió de Roma y se dirigió a Nápoles, donde el rey Fadrique lo recibió con grandes honores. o era para menos. Le concedió el título de conde de Santángelo, otorgándole dos ciudades en la comarca del Abruzzo, con siete lugares dependientes de ellas y tres mil vasallos, manifestándole agradecido: “Que era preciso dar una pequeña soberanía a quien era acreedor a una corona”.

Sólo pudo descansar algunos días en Nápoles, ya que enseguida recibió el encargado de trasladarse a la isla de Sicilia, donde el virrey Juan de Lanuza se estaba excediendo en el uso de su poder. Tenía a los sicilianos machacados a base de impuestos y arbitrariedades, lo que amenazaba en derivar en sublevación popular. La llegada del Gran Capitán incomodó, como es natural, al virrey, que se sintió inspeccionado y cuestionado en su gestión. La mera presencia de don Gonzalo imponía autoridad. Escuchaba las quejas de la población y les ponía remedio. Por su carácter noble siempre tendía a ayudar a los más desfavorecidos, que le admiraban. Los celos y la envidia que provocó en el tirano virrey se hicieron cada vez más patentes, y en cuanto tuvo ocasión trató de perjudicarlo con comentarios tendenciosos, del estilo de que lo que aquél buscaba era notoriedad para sí mismo: el típico argumento venenoso de los viles y mediocres ante una persona que brilla por su valía y esfuerzo.

Todavía tuvo que hacer otro servicio al rey de Nápoles. Es lo que tiene ser tan efectivo. El rey Fadrique le volvió a llamar para recuperar el único lugar en poder de los franceses: Diano, en el principado Citerior. Como tantas otras veces, su excelente arte en el manejo de estas situaciones dio el resultado esperado. Planificó el cerco de la plaza con tanta pericia,

con la coordinación experimentada de artillería, cuerpo de rodeleros y caballería, que de nada sirvió la valiente defensa de los sitiados. Una victoria más, la última en esta campaña italiana, para enaltecer su fulgurante carrera.

Ahora la pelota estaba en el tejado de los políticos. Era el momento de ajustar indemnizaciones, pagar favores, imponerse medallas, afianzar los tronos y alianzas... La Santa Liga no funcionaba según lo acordado. Cada reino tenía que ajustarse a su propia realidad en función de su poderío. Francia y los reinos españoles se cruzaban embajadores buscando una paz formal, pero en medio del proceso falleció Carlos VIII en un accidente fortuito y un tanto estúpido —el 7 de abril de 1498, con veintisiete años, se golpeó en la frente con el quicio de una puerta demasiado baja—. Su sucesor, el duque de Orleans con el nombre de Luis XII, heredó los asuntos de Francia desde otra perspectiva y, gracias a la eficiente labor del embajador español Alonso de Silva, clavero de la Orden de Calatrava, se firmó el Tratado de Marcoussis el 5 de agosto de 1498 entre el nuevo rey de Francia y los Reyes Católicos, que por el momento trajo la paz entre ambos vecinos.

Don Gonzalo, satisfecho por el éxito de su misión, se aprestaba para abandonar, tras una estancia de tres años y medio, las agradecidas tierras italianas para regresar a su añorada casa. En ese momento no imaginaba que no mucho después tendría que volver para guerrear en esos mismos escenarios.

Sahid empezaba a descubrir la medina de Granada. Hasta ahora solía venir acompañando a su padre. También se había escapado algunas veces con su amigo Ahmed, el encargado de las caballerizas de La Loma, que estaba prendado de una muchacha que vendía especias en el zoco grande. Y también había venido en unas cuantas ocasiones solo, casi siempre llevado por motivos relacionados con su afición a la imprenta.

Fue en una de estas escapadas en solitario cuando había visto a aquella niña de la mano de quien supuso su padre, por las intermediaciones de la alcaicería. Se enamoró de ella nada más verla. Los estuvo siguiendo con discreción casi toda la mañana. Le gustaba su gracia y su manera de caminar y de moverse. Tendría unos doce años. Sahid imaginó que sería como un año más pequeña que él. Quería saber quién era y dónde vivía. Entremezclado con el gentío de la medina no era difícil pasar inadvertido. Por la forma de vestir y relacionarse, su padre parecía alguien importante dentro de la comunidad cristiana. Finalmente los vio entrar en una gran casa de la calle del Darro, un poco antes de llegar al antiguo maristán y el hamman Al-Yawza. Esto sucedió el año anterior —en 1497—, y desde entonces ese paseo y esa casa quedarían grabados a fuego en la memoria

de Sahid al-Kurtubi.

A partir de ese encuentro, sus idas y venidas a la ciudad fueron cada vez más frecuentes. Encontrar de nuevo a aquella muchacha se había convertido en lo prioritario en la vida de Sahid, una especie de obsesión. Pasaba las horas muertas sentado en la puerta de la mezquita Al-Mansura, junto al puente del Cadí, lugar estratégico desde donde divisaba su casa y lugar por el que, tarde o temprano, tendría que pasar. Y la perseverancia, como casi siempre, dio sus frutos. Una luminosa mañana de agosto vio que salía de su casa para asomarse al río. A Sahid le tembló todo el cuerpo, apoderándose de él un sudor frío desconocido. Sintió un mariposeo en la boca del estómago que le nubló la vista. Esa era la ocasión. Pese al miedo de fallar el intento, se incorporó como pudo y se encaminó hacia ella. Los cuarenta pasos que los separaban fueron una eternidad. Pensaba en cómo iniciar la conversación, pero no se le ocurría nada. La tensión de sus músculos le impedía caminar con normalidad. Respiró hondo varias veces cuando ya se aproximaba. La niña lo vio acercarse e intuyó que algo pasaba, y miró para otro lado indiferente. Cuando quiso darse cuenta ya lo tenía a un metro apoyado junto a ella sobre el pretil que protegía el cauce del río. Ella se ruborizó e hizo ademán de escapar.

—No tengas miedo, por favor —le dijo Sahid con voz suave, llevándose la mano al corazón en señal de cortesía.

—Es que no me permiten hablar con desconocidos. ¿Deseas algo?  
—contestó la muchacha con pudor.

—Es que... perdóname... te vi hace unos días y quisiera, me gustaría...  
—Sahid no podía articular una frase completa.

—Pareces un buen muchacho, pero... —a la niña se le escapó una leve sonrisa que Sahid interpretó como la mayor conquista de su vida.

—Por favor, dime tu nombre, sólo eso, te lo suplico —acertó a solicitar el muchacho con un gesto muy respetuoso.

—Me llamo Beatriz, pero no debo... ¿Y el tuyo? —se atrevió a preguntar la muchacha, mirando para todos los lados, con miedo a que la viera alguien de su familia, y haciendo ademán de retirarse.

—¡Beatriz! Qué bien suena. Mi nombre es Sahid. Desde que te vi no he dejado de pensar en ti. No quiero molestarte, perdona, pero... necesitaba hablar contigo.

—Pero... ¿Cómo? ¿Has estado acechándome?

—He esperado muchos días —Sahid estaba hablando con el corazón en la mano. A pesar de los nervios, ella le transmitió una buena vibración que le

impulsó a sincerarse.

—Me tengo que ir, perdóname, es que no puedo... —Beatriz se mostró confiada. A ella también le había gustado el talante de Sahid, aunque por pudor no podía expresarlo, pero en su interior sabía que se había abierto una gran puerta y que había todo un mundo por delante.

—¿Podré verte de nuevo, Beatriz? Me gustaría...

—No lo sé, es difícil, mi familia... —Pero se le escapó otra sonrisa, esta vez más amplia, dándole a entender que no le cerraba la puerta en las narices—. Se despidió de Sahid moviendo sutilmente su mano y, cruzando la calle, entró en su casa sin mirar atrás.

Sahid se quedó parado unos segundos y echó a andar calle abajo. No le cabía la alegría en el pecho. Comenzó a ver todo con otra luminosidad. Se le quedó una inmensa sonrisa anclada en su rostro. Quería correr, saltar, gritar... El mundo se volvió maravilloso. Saludaba a todas las personas que encontraba en el camino, que le miraban extrañados. Antes de emprender la vuelta a La Loma entró en la mezquita Al-Mansura para agradecer a Allah su generosidad. No reparó en que había venido sin cabalgadura, por lo que le quedaba casi dos horas de camino para llegar a casa. Pero ¿qué importaba? Tenía todo el tiempo del mundo.

Todos empezaron a notar un cambio en el carácter de Sahid. Era normal. Había entrado de lleno en la etapa de la pubertad, en la que se experimenta grandes cambios físicos y emocionales. Pero los más allegados sabían que desde conoció a Beatriz el niño ya no era el mismo. Muchos días desaparecía de La Loma por la mañana y no regresaba hasta el anochecer. Sabían que asistía a diario a sus clases de Corán en la zagüía de Uxixar Bajo porque su padre había preguntado al sheikj Omar y éste le dijo que no faltaba ni un solo día, y que su progreso era encomiable: estaba memorizando el Corán y le faltaba muy poco para poder recitarlo de memoria en su totalidad, lo que le convertiría en un precoz hafiz. Además asistía a clases voluntarias de hadiz, que eran diarias y muy extensas. También sabían por el arzobispo Talavera que se las ingeniaba para estar presente en todos los trabajos de edición e impresión que se realizaban en Granada, con una elogiada aplicación para su edad. Eso sí, Talavera había observado que Sahid no se interesaba por el contenido didáctico de esas publicaciones —la última había sido “Breve doctrina y enseñanza que ha de saber y de poner en obra todo cristiano”, especie de catecismo escrito por el propio arzobispo para instruir a los musulmanes recién convertidos al cristianismo—, sino que se limitaba a ayudar y aprender sobre los aspectos técnicos de la composición. Lo que interesaba a Sahid, le vino a decir el arzobispo a Abdulhaqq, era la imprenta en sí, y no el tema evangelizador que llevaban a cabo los eclesiásticos. Pero que lo consentían por la enorme destreza que tenía para componer líneas, y por la esperanza de que aquel chaval tan

despierto se convirtiera en breve a la fe de Jesús.

La amistad entre Sahid y Beatriz se había estrechado mucho en un año. Ya concertaban citas concretas para perderse por las callejuelas de la Cauracha, o subían por el río Darro hasta el barrio cercano de los Ajsares, llegando hasta la puerta Albayda. A la vuelta solían sentarse en el puente de los Leñadores —Qantarat al-Harrattin le llamaban en árabe— y allí permanecían contándose sus cosas, al murmullo del río, con La Alhambra por sombrero. Se infundían un gran respeto mutuo. Beatriz tenía que mentir en su casa para poder ausentarse largos ratos, pero hasta ahora todavía no había infundido sospechas de su engaño. Sabían moverse con discreción para no despertar susceptibilidades en el ambiente tan asfixiante que se vivía en esos años. Era el encuentro entre dos mundos muy diferentes. Sin darse cuenta trabaron una relación muy bella y que podría ser un paradigma de entendimiento entre dos culturas que se repelían. Sólo es cuestión de conocer y de respetar y tolerar. Pero ellos eran niños todavía.

Granada sufría en esa época un trasiego fuera de lo común. Los nuevos dirigentes cristianos hacían un gran esfuerzo para cambiar el aspecto de la ciudad: había que cristianizarlo todo. Algunas mezquitas, las más pequeñas, habían quedado desiertas como consecuencia de la emigración de los últimos años, y las habían reconvertido en lugar de culto cristiano. Las autoridades municipales ya iniciaron tímidamente el proceso de ensanchar calles y remodelar su trazado. Pero el presupuesto para ello era escaso. Además había que ponerse a reparar y mantener las acequias, los aljibes y los pilares, que se encontraban bastante deteriorados desde los años del asedio. La acequia de Aynadamar y su entramado de azacayas y azarbes, de vital importancia para el abastecimiento de agua a la ciudad y numerosas huertas y alquerías, se había deteriorado seriamente en algunos tramos. Lo mismo ocurría con la acequia Gorda. Los zanaguides, encargados del mantenimiento de las acequias, eran funcionarios de gran importancia en esos tiempos, ya que de su labor dependía la economía de gran número de familias y negocios.

Acababan de promulgar una norma, basada en un acuerdo entre los notables musulmanes y las autoridades cristianas, por la que los mudéjares debían abandonar la medina e instalarse forzosamente en el Albayzín o en la Antequeruela —arrabal en la ladera sur de La Alhambra, habitado mayoritariamente por los judíos antes de su expulsión, y que recibe su nombre por haberse instalado allí gran parte de los expulsados cuando la toma de Antequera en 1410—. En el Albayzín habían quedado vacías unas cuatrocientas casas, por haber emigrado sus moradores, siendo ocupadas por los desplazados de la medina, quienes dejaron sus viviendas para que las ocupasen los repobladores cristianos que seguían llegando a diario, procedentes de otras partes de Andalucía, Murcia y

Castilla especialmente.

El arzobispo Hernando de Talavera continuaba con su labor pastoral, tratando de convencer a los musulmanes para que se convirtieran, y de instruir a los ya convertidos. También persistía en su estrategia de agasajar a los notables, como método para conseguir mayor número de conversiones con que avalar su gestión ante sus superiores, que le presionaban para ello. Pero lo cierto es que cada vez quedaban menos líderes musulmanes: muchos habían emigrado y algunos se habían cristianizado. En el último año había visitado en dos ocasiones a Abdulhaqq llevándole valiosos obsequios y prometiéndole jugosos privilegios económicos si accedía a bautizarse: exención de pechos y jugosos contratos para su negocio. Pero ambos intentos habían resultado infructuosos. Había topado con un hueso duro de roer. El arzobispo, como hombre de fe, en el fondo comprendía su pertinaz resistencia, que llegó a calificar como cabezonería, pero tenía que intentarlo.

Pero la tercera vez que se presentó en La Loma le dio un enfoque distinto a la cosa, aprovechando que también conocía a su hijo Sahid de los talleres de imprenta. Acompañado de un prelado y sin avisar apareció una plácida mañana por la finca.

—Señor Abdulhaqq, quisiera hablarle, si me lo permite, de ese hijo suyo, creo que es el mayor, ¿se llama Sahid? —arrancó a decir el arzobispo, que conocía perfectamente el nombre del muchacho.

—Sí, Sahid es el mayor de mis cinco hijos. Usted dirá arzobispo.

—Lo hemos visto ayudando en todos los trabajos de impresión que hemos hecho en Granada desde el principio. Hace gala de una educación excepcional y muestra mucho interés en el oficio de impresor a pesar de su juventud.

—Me complace su opinión, arzobispo, sobre la educación de Sahid. Se lo agradezco en la parte que me toca como padre. Realmente es un muchacho muy especial. Desde muy pequeño manifestó interés por las labores que requieren minuciosidad y paciencia.

—Todos los maestros impresores que han trabajado para nosotros hasta ahora han destacado sus magníficas dotes para este oficio. Sabe manejar con destreza los caracteres tipográficos. Su excelente dominio de la lengua castellana escrita y el tener como lengua materna el árabe le convierte en una joya para este oficio —añadió el arzobispo Talavera con una limpia sonrisa en el rostro.

—En nuestra casa hemos dado mucha importancia a conocer en profundidad las lenguas en que nos expresamos. El conocimiento de la lengua árabe es imprescindible para todo musulmán, ya que es el idioma original de nuestro sagrado libro el Corán al-karim. Y la lengua castellana



es la usada en nuestra tierra de nacimiento. Así que no sabría decirle cuál es en realidad nuestra lengua materna. Nos expresamos indistintamente en ambas lenguas. Quizás, si tuviéramos que distinguir, le diría que cuando hablamos de asuntos espirituales o de más trascendencia lo hacemos en árabe, por ser, en nuestra humilde opinión, más rica en matices y, por supuesto, más cercana a nuestra creencia. Y para las conversaciones de índole más cotidiana o doméstica solemos usar el castellano.

—Es gratificante contar entre nuestros conciudadanos personas con tal grado de aptitud, señor Abdulhaqq. Puedo asegurarle que no es lo común en estas tierras. A diario nos encontramos con gran cantidad de musulmanes que sólo conocen la lengua árabe, ignoramos en qué nivel. Este hecho nos extraña porque consideramos que revela una falta de integración en la realidad en que viven —añadió el arzobispo en un tono que perseguía halagar a la familia de Abdulhaqq.

—En cierto sentido tiene usted razón. Pero hay que comprender que hasta ahora los musulmanes nos desenvolvíamos en un ámbito islámico y la lengua árabe era la oficial, y, por tanto, suficiente. Pero es cierto que las personas debemos aspirar al conocimiento de la realidad que nos rodea, en nuestro propio beneficio, y con más motivo en una ciudad tan cosmopolita como Granada, en donde se combinan tanta variedad de culturas.

Discurría la conversación con placidez sentados alrededor de una gran tetera con té con hierbabuena y pasteles caseros. El arzobispo, que vestía sus hábitos eclesiásticos de un modo austero, estaba recostado en una esquina del diván. A su espalda había colocado Abdulhaqq un mullido cojín para que estuviera más confortable, dada la fragilidad que denotaba su físico. El prelado que le acompañaba, sentado a su derecha, relegado a un papel secundario en la conversación, se limitaba a mirar a todos lados, escudriñando todos los detalles de la estancia, y a asentir de vez en cuando. Al entrar Karima con una jarra de jugo de naranjas, no se privó de mirarla de arriba abajo, e incluso de seguirla con una mirada impúdica mientras se retiraba, lo que incomodó a Abdulhaqq, no acostumbrado en su entorno diario a las miradas lascivas de terceros, y menos las de un cura célibe a quien hay que suponerle la castidad.

Se acercaron los mellizos Ibrahim y Yusuf a la reunión, besando en primer lugar a su padre en la frente y saludando con un apretón de manos a los visitantes. El arzobispo se puso en pie para saludarlos, haciendo un comentario sobre su condición de mellizos, pero el otro cura regordete siguió mirando con atención la bandeja de los pasteles, tratando de decidir a cuál le hincaba el diente.

—Señor Abdulhaqq, con mis respetos, ya que usted y su familia se han mostrado firmes en su creencia, rehusando nuestras ofertas de bautismo

siempre que se las hemos propuesto, lo cual respetamos, al menos permita usted que su hijo Sahid colabore con la Iglesia en nuestra misión evangelizadora ante los granadinos. Necesitamos personas bilingües para acercarnos a los musulmanes. Y con la destreza de Sahid en el arte de componer textos para la imprenta, nos sería de una utilidad impagable.

—Bueno, estoy convencido de que seguirá colaborando con ustedes en lo que esté en su mano —respondió Abdulhaqq con la mosca detrás de la oreja, pues intuía que Talavera tenía algún plan.

—Sí, pero necesitaríamos de sus servicios de otro modo. Aparte de su ayuda en los talleres tipográficos, que estamos intensificando en gran medida, nos veríamos muy complacidos si nos acompañara en nuestras visitas pastorales. Los musulmanes, sabiendo que Sahid es hijo de una persona tan apreciada como usted, nos recibirían con mayor confianza —el arzobispo Talavera lo soltó a bocajarro, dejando al descubierto que ése era el motivo primordial de su visita aquella mañana.

—No puedo creer que me proponga usted esto, señor arzobispo. Debe saber que me niego en rotundo a que nadie de mi familia colabore en cristianizar a nuestra gente. Sería como una traición a nuestra creencia, que es lo más valioso que tenemos. Estamos educados en la tolerancia, por eso la exigimos también, y además nos asiste el derecho en virtud de la capitulación firmada. Quien quiera de los nuestros convertirse a su religión que lo haga por propia convicción, sin que medie un proselitismo organizado —replicó Abdulhaqq al-Kurtubi con firmeza, pero con una tranquilidad que descolocó al arzobispo Talavera.

—Pero si nadie les instruye, nunca podrán conocer las bases de nuestra doctrina. Si sólo conocen una opción, no podrán acceder a nuevas alternativas para mejorar sus condiciones de vida. De ahí surge la instrucción, más que proselitismo, a que usted se refiere. Además, apreciado Abdulhaqq, considero que mi anterior propuesta es beneficiosa para su familia porque afianzaría su posición ante las autoridades, que sabrían, no lo dude, encontrar modos de agradecerse. Por otra parte, ya conocemos su opinión al respecto, aunque no la compartamos. Pero, ¿no cree que el muchacho podría pensar de modo distinto, pensando en su propio futuro?

—El muchacho seguro que tiene su propia opinión, no lo duden. Para eso nos hemos esforzado precisamente en su educación, para que tenga su propia opinión. De hecho, se lo vamos a preguntar a él. Es más, antes de que él se pronuncie les garantizo que respetaré el criterio de Sahid y que podrá actuar en consecuencia, a pesar de que siendo menor de edad, me bastaría con oponerme como padre —Abdulhaqq se pronunció con contundencia, mientras indicaba a Karima que se mantenía al otro lado de

la cortina, que hiciera venir al muchacho.

Sahid estaba en la cocina con su madre, preparado para marchar a sus clases diarias en la zagüía, pero, al enterarse de la visita imprevista, estaba esperando el momento propicio para ir a saludar a los clérigos, aunque ajeno al contenido de la conversación que se estaba manteniendo.

—Buenos días arzobispo. Me alegra verle de nuevo en mi casa —Sahid se dirigió en primer lugar a Talavera, después saludó brevemente a su acompañante, y finalmente besó en la frente a su padre.

—Siéntate, hijo, por favor ¿Te sirvo una taza de té? El arzobispo ha sido muy amable elogiando tu capacidad y buena disposición en los trabajos de impresión en que has participado.

—Sí, abí, gracias. Bueno, no merezco ningún elogio. Traté de ayudar en lo que pude. Para mí fue un orgullo que me permitieran estar por allí durante los trabajos, pero agradezco mucho la consideración del arzobispo.

—Hijo, el arzobispo quiere preguntarte acerca de un asunto.

—Sahid, estamos muy complacidos por tu ayuda. Los maestros impresores nos han manifestado su satisfacción por la excelencia de tus cualidades. En especial don Meynardo se refiere siempre a ti con una simpatía considerable. Nos encantaría que participaras en todas las impresiones que vamos a abordar en el futuro, que serán muchas.

—De nuevo le agradezco su opinión, arzobispo. Con mucho gusto asistiré, si así lo desea, a echar una mano en lo que pueda. Para mí ese trabajo no supone un esfuerzo, al contrario, es un placer. Me encanta todo lo relacionado con la tipografía.

—Trato hecho, Sahid. Pero lo que te queríamos proponer es otra cosa. Verás, harías un gran servicio a nuestra Iglesia si nos acompañaras a visitar a algunos musulmanes para instruirlos en las cosas de los cristianos. Se trata de tender puentes. El prestigio de vuestra familia nos facilitaría mucho la labor. Las autoridades te lo agradecerían generosamente procurando a ti y a tu familia una posición cómoda entre nosotros.

—Yo en realidad soy un estudioso del Corán, por lo que, si acaso, veo mi utilidad instruyendo humildemente a los cristianos que lo desconocen y deseen conocer. ¿Cómo podría yo hablar a los musulmanes de una creencia que no es la mía? No sabría hacerlo y me verían como un traidor.

—Se trata de un servicio a nosotros. Nos bastaría con tu mera presencia para apoyar nuestras ideas —el arzobispo trató de quitar hierro a su

propuesta, apoyándose en su eterna sonrisa.

—Nos pide usted algo difícil, arzobispo. Comprenda que no pueda aceptar su proposición tan generosa. No me veo en ese papel. Para los musulmanes su creencia es lo más preciado de sus vidas y yo no les podría traicionar —respondió Sahid con un tono serio, con una sensatez inhabitual en un muchacho de catorce años.

—Es una pena, Sahid. Podríais salir muy beneficiados en unos tiempos tan difíciles como éstos. Nosotros queremos favoreceros en lo que podamos, y ésta es una ocasión, créeme, que no se presenta todos los días.

—Lo sé, arzobispo, y se lo agradezco de corazón. Pero debe comprenderme... Siento mucho no poder servirle en esta ocasión —contestó Sahid sinceramente, convencido de que su negativa sería comprendida por un hombre que conoce la espiritualidad, y que no les acarrearía represalias dado el talante bondadoso del arzobispo Hernando de Talavera.

El arzobispo bajaba pensativo por la loma montado sobre su asno. En su conciencia se admiraba de la profunda espiritualidad de los musulmanes, tan distinta del mundo cristiano. El aplomo que mostró ese muchacho, con esa firmeza en sus afirmaciones y la compostura mostrada en su intervención le maravillaba. Había observado que durante toda la entrevista no miró ni siquiera una vez a su padre en busca de aprobación. Ya quisiera él —pensaba— que su propia fe transmitiera esos valores a sus fieles en su comportamiento cotidiano. Anteponer lo espiritual, aunque te perjudique, a lo material es una señal inequívoca de que el conocimiento recibido a través de unas prácticas espirituales produce transformaciones que enriquecen la ética de las personas. Con razón estos moros insobornables eran tan difíciles de domar. Siguió pensando que algo debía haber en la forma como rezan. Esa combinación de recitación, a veces en voz alta y otras para sí, con esos movimientos físicos, y entre ellos el que les lleva a poner la frente en la tierra, tiene que ser beneficiosa. Recordó que un día le dijo un musulmán a quien quería evangelizar que las posturas del azalá tonifican todos los músculos y articulaciones del cuerpo, y que cuando se pone la frente en la tierra, por estar la cabeza en posición inferior al resto del cuerpo, el corazón bombea la sangre con fluidez, regando zonas del cerebro que no se consigue de otra forma. Algún secreto debía haber para que estos moros estuvieran tan implicados con su fe y hablaran con esa querencia de Allah. O quizás sea el agua. Esa relación que tienen con el agua es muy peculiar. Se le pasó por la cabeza preguntar la opinión de su ayudante, que iba a su vera apoltronado sobre un mulo percherón, e incluso lo miró, pero desistió al verlo con su figura rechoncha, tan complacido. ¿Para qué le iba a preguntar? Lo más probable es que pensara que es una estupidez de los moros. No veía el arzobispo a aquel cura sentado en el suelo, con las

piernas flexionadas, repitiendo varias veces aquellas genuflexiones.

En vista de cómo se había desarrollado la entrevista, el arzobispo no se atrevió a proponer lo que tenía pensado si hubiera visto un resquicio: pedir a Abdulhaqq que le permitiera tomar a Sahid bajo su manto eclesiástico, ocupándose la Iglesia de su educación y tutela para convertirlo en un distinguido cristiano. No se atrevió a proponerlo porque hubiera sido una auténtica desfachatez, y a la vista de la unión de aquella familia, lo más probable es que lo hubieran arrojado loma abajo junto al cura regordete.

En Granada, las autoridades civiles trataban de organizarse como mejor podían. La dualidad social y legal que existía, única en el mundo entero, hacía que la resolución de los asuntos cotidianos fuese bastante engorrosa, máxime si se pretendía, por lo menos en el aspecto oficial, no herir sensibilidades en un ambiente tan susceptible como el que se vivía. El corregidor Andrés de Calderón, nombrado a dedo por los Reyes Católicos, se reunía frecuentemente con los miembros del concejo, tratando de tomar el pulso a ese volcán a punto de explotar que era Granada. Unos cargos municipales eran cristianos, otros musulmanes —el alguacil Yusuf ibn Comixa y el alcaide de campo Yahia el-Fisteli— y otros mixtos como el alguacil mayor Pedro de Granada, nombre tomado por el valiente guerrero Yahia an-Nayyar, miembro de la familia real nazarí, al convertirse tempranamente en colaboracionista de las nuevas autoridades cristianas.

La administración de justicia también funcionaba en forma dual. Los conflictos entre ciudadanos cristianos se resolvían según las leyes castellanas. La justicia para los musulmanes continuaba como venía administrándose durante siglos por un sistema legal basado en las fuentes del derecho islámico —el Corán y la sunna—. Al frente estaba el cadí mayor Mohammed el-Pequeñí (en realidad su apellido era al-Baqqaní, pero para los andaluces era más fácil pronunciar Pequeñí, y así se referían a él siempre, incluso por escrito en documentos solemnes), hombre de gran conocimiento que contaba con la confianza de los anteriores sultanes nazaríes, y respetado igualmente por las nuevas autoridades castellanas, que le renovaron el cargo en mayo de 1492, al objeto de aprovechar su experiencia en los litigios entre la población mudéjar. Su jurisdicción era Granada y sus arrabales, sus tierras colindantes y La Alpujarra. En su extensa tarea le asistían los muftíes Farax el-Basti y Mohammed ibn Farid. Y para los conflictos entre un cristiano y un musulmán funcionaba un sistema basado en una comisión mixta formada por representantes de ambas comunidades, asistidas, en su caso, de intérpretes oficiales o trujamanes.

Mohammed el-Pequeñí perteneció a la tríada musulmana que negoció siete años atrás la capitulación de Granada, junto a Yusuf ibn Comixa y el visir Abu-l-Qásim el-Muleh. Así como éstos pidieron, y se les concedieron,

importantes cantidades de dinero y tierras como recompensa a su trabajo en la negociación, el-Pequeñí no pidió nada material a cambio, excepto la conservación de su puesto de cadí. No obstante, los Reyes Católicos le concedieron para el sostenimiento de su casa la alquería de Dílar, como premio a sus excelentes servicios como experto en leyes.

El entramado productivo y comercial había cambiado poco respecto a la etapa islámica anterior, porque, por un lado, funcionaba bien pero también porque no había existido tiempo para efectuar cambios profundos. El grueso de la estructura económica había estado en manos de los musulmanes, y no es fácil ni conveniente aventurarse a transformar las cosas de forma radical. El resultado podría ser calamitoso y lo que había en juego era lo más imprescindible para la vida cotidiana de la población.

Por eso, lo que hicieron nada más tomar el poder fue nombrar alamines y alarifes —mejor sería decir confirmar en el cargo a los que ya estaban ejerciéndolo, porque en la mayoría de los casos siguieron los mismos responsables—. Así, mediante carta real del 25 de mayo de 1492, cinco meses después del cambio de régimen, se había promulgado el nombramiento de alamín de la alcaicería a Abu-l-Qásim el-Guadixi, alamín de los curtidores a Ibrahim al-Abbas, al de los tinteros a Ismail Hatab, al de los carpinteros a Yusuf el Mudéjar, al de los carniceros a Ahmed ibn Riduán, y así hasta veinticinco alamines, responsable cada uno del buen hacer en su especialidad. Asimismo se nombraron cuatro alarifes: el de los albañiles continuó en su puesto Ahmed el-Lanjaroni, el de los acarreadores Yahia el-Gazzi, el alarife de los pregoneros era Mohammed el-Azraque y el de los horneros Hussein el del Horno.

Para el mercado de la seda, aparte de un alamín específico, existía la figura del jeliz, que era un supervisor nombrado por el ayuntamiento que se encargaba de la gestión logística, económica y fiscal del negocio de la seda a través de las alhóndigas o subastas públicas de las tres alcaicerías de Granada. El control que se ejercía sobre estas actividades era exhaustivo. Se cuidaba mucho que los precios se ajustaran a los estipulados, y que no hubiera competencia desleal. El almotacén —muhtasib en la época islámica, figura que tenía como precursor al wilayat al-suhq, “señor del zoco”— era el encargado de contrastar los pesos y medidas, fijar los precios para los productos de primera necesidad y comprobar que se cumplen, asignar la ubicación de los vendedores y controlar la calidad de los productos que se comercian en los mercados. También intervenía el fiel, que era una especie de observador de los procedimientos, con unas funciones a veces como notario y a veces como testigo oficial en transacciones concretas.

Todas las ordenanzas y normativas se elevaban a públicas mediante la plasmación por escrito de un escribano oficial, y su posterior anotación en el registro del ayuntamiento. Pero claro, las leyes hay que publicarlas para

que la población las conozca. Para eso estaban los pregoneros: había varios, musulmanes y cristianos para poder divulgar las normativas en castellano y en árabe, quienes debían anotar para cada ley dónde, cuando, y ante qué testigos la había pregonado.

Un hermano de Riduán, Abdullatif, que residía en la calle Axibin, era uno de los pregoneros oficiales en árabe de Granada, aunque también lo podía hacer en castellano por su perfecto conocimiento de ambas lenguas. Ya llevaba años ejerciendo el oficio, pero hacía algo más de dos meses que le habían revisado el contrato. Era un hombre feliz cuando se subía al murete y comenzaba a pregonar a modo de recitación. Aquello lo vivía como algo excitante, como quien comparte una información que él ya conocía y a partir de ese momento pasaba a ser de dominio público, comenzaba a existir. Además sus palabras, en cuanto salían de su boca, se convertían en vinculantes para todos. Abdullatif encontraba algo solemne en esa divulgación. Le habían asignado una retribución de 10.000 maravedíes anuales —“y en caso de hacerlo bien, algo más”, según recogía la ordenanza del ayuntamiento de 30 de junio de 1498— que, aunque algo escasa, él consideraba razonable por su servicio.

El mes anterior había ocurrido otra desgracia en la familia real española, que conmocionó de nuevo los reinos españoles y portugués: la infanta Isabel, reina de Portugal, hija mayor de los Reyes Católicos acababa de fallecer en Zaragoza durante el parto de su primer hijo, el príncipe Miguel. Llevaba once meses casada con el rey portugués Manuel I de Avis, conocido después por el cognombre de El Afortunado. Un nuevo mazazo para los reyes Isabel y Fernando que también once meses antes habían enterrado a su hijo heredero el príncipe Juan. Para fatalidad del evento habían coincidido los esponsales de la infanta Isabel con el fallecimiento de su hermano Juan. Contaron los más cercanos a ella, que la reina Isabel está destrozada de dolor. Perder en menos de un año a su único hijo y a la mayor de sus hijas, ambos recién casados, la sumió en una enfermedad depresiva que minó su salud de forma considerable. La vitalidad de la que siempre había hecho gala se le fue apagando. Sólo encontraba consuelo en la oración.

Desde la muerte del príncipe Juan, el asunto de la sucesión de los reinos españoles pasaba por dificultades serias. Isabel y Fernando supieron que su yerno Felipe el Hermoso tenía intención de reclamar para su esposa Juana la Corona de Castilla, León y Granada. Como rey consorte de estos reinos españoles, el príncipe Felipe fortalecía el poder de su línea dinástica de los Habsburgo, con lo que se hermanaría los destinos de España y el imperio germánico, a través de los posibles pactos con su padre el emperador Maximiliano. Eso creó una gran tensión familiar, que se acentuaría en los próximos años.

Los Reyes Católicos reaccionaron pronto convocando las Cortes en Toledo para abril, al objeto de jurar como herederos de la Corona de Castilla,

León y Granada a su hija mayor Isabel, reina de Portugal y a su esposo el rey Manuel. Tras el debate de las Cortes no hubo dificultad y el 29 de abril de 1498 fueron jurados como herederos en la gran basílica de Toledo. Decidieron hacer lo mismo con el reino de Aragón. Convocaron las Cortes en Zaragoza para el 2 de junio. Pero el proceso fue muy diferente. En los estatutos de Aragón sí tenía mucha importancia la varonía en la sucesión de sus reyes. Debatieron las Cortes durante muchos días y no se encontraba solución al asunto. Los aragoneses se empeñaron en su tradición y no quisieron aceptar a una mujer como reina, a pesar de elogiar las cualidades de la propuesta reina Isabel.

Echaron mano de una cláusula del último rey de Aragón don Juan II, por la que a falta de hijos varones, se reconocía el derecho a la sucesión al primer varón de las hijas, es decir, a los nietos. Y como Isabel estaba encinta, en los últimos meses de gestación, las Cortes decidieron esperar a que diera a la luz, a ver si con suerte nacía un varón. Con gran alegría para todos, el 23 de agosto nació un niño a quien pusieron de nombre Miguel. Sería un gran príncipe porque reuniría en su persona los reinos de Castilla, León, Granada, Aragón y Portugal. Pero para nueva desgracia de la familia, una hora después del parto la madre falleció.

Supo Abdulhaqq que la semana pasada, en Zaragoza, había sido jurado el príncipe Miguel, con un mes de edad, como heredero de la Corona de Aragón. Como cuidadores del niño nombraron a Isabel y Fernando, quienes se comprometieron solemnemente a que cuando el príncipe alcanzara la mayoría de edad —nunca antes de los catorce años, según las leyes de Aragón— juraría por sí mismo respetar los fueros y libertades que venían disfrutando en este reino.

También conoció Abdulhaqq la noticia del regreso de Italia de Gonzalo Fernández de Córdoba. Fue espectacular el recibimiento que tuvo por parte del pueblo, que lo aclamaba como un héroe. También en la corte se elogió su tremendo éxito en tierras italianas. Los Reyes Católicos aprovechaban todos los actos oficiales para ensalzar la gloria conquistada por el Gran Capitán. Los reyes lo habían recibido en varias ocasiones y lo agasajaron con mucha consideración. La reina más que el rey. Isabel, que atravesaba esa época de dolor y depresión por la muerte de sus hijos, encontraba alivio en las palabras de don Gonzalo.

Éste tenía una especial virtud por la que transmitía un fuerte sentido de protección a las mujeres, jóvenes y mayores. La reina lo llamaba con frecuencia, pues su mera presencia la consolaba. Esto daría lugar al rey Fernando a reavivar y aumentar sus antiguos celos hacia don Gonzalo. Abdulhaqq tenía deseo de saludarle y de contarse noticias y vivencias después de más tres de años de ausencia. Pero en estos meses don Gonzalo andaba atareado con su regreso. No quería molestarle y ya



habría tiempo de verse.

El invierno de 1498 se presentó muy crudo. Las montañas vestidas con su espectacular manto blanco engalanaban el horizonte granadino. El frío era tan intenso que entumecía los músculos. Los granadinos se arremolinaban alrededor de hogueras y chimeneas.

En sus exploraciones por la ciudad Sahid había conocido a Ibrahim, que tenía un taller de alfarería en la calle Real de Bib Al-Fajjarin, a unos setenta pasos de la puerta del arrabal de los Alfareros, y colindante con la mezquita Ibn Gimara. Le gustaba contemplar su maestría torneando vasijas y cuencos partiendo de una pella de barro. Ahora con este frío pasaban horas conversando al calor de los hornos de leña. Algunas veces había llevado también a Beatriz al taller.

Tendría Ibrahim treinta y muchos años. Era pequeño de estatura, de cuerpo muy ancho, algo rechonchuelo. Su complexión fuerte y dura como el mármol. De tanto amasar el barro, las manos y los dedos se le habían ido ensanchado más aún, tomando un aspecto desproporcionado. Pero a pesar de la gran fuerza que podían desplegar aquellas manos, conservaban la sensibilidad imprescindible para dar forma a las piezas, y luego refinarlas con la arcilla blanda como un flan. Se movía por su taller con agilidad, llevando las tablas de un lado para otro cargadas de piezas, unas recién torneadas que hay que mantener en un sitio fresco, otras ya un poco más duras del día anterior, a las que hay que dar el último retoque en la base para que asienten bien y retirar con delicadeza cualquier rebaba que tuviera.

Su especialidad eran los cuencos, de varias medidas. Era una pieza que le gustaba manejar en todo su largo proceso, desde que es un trozo de barro sin valor aparente hasta convertirse en un bello objeto, de utilidad diaria. La única decoración que hacía en los cuencos eran unas pequeñas incisiones con formas variadas, y una línea grabada en todo el perímetro cuando el barro estaba aún fresco. En una segunda cocción las bañaba en barniz de colores para eliminar la porosidad del barro. Ibrahim el alfarero pasaba cada día no menos de siete horas sentado en el torno, accionado a pedal. Cuando aparecía por el taller algún pintor experimentado, Ibrahim hacía una serie de piezas más sofisticadas que se decoraban con elaborados diseños geométricos, a base de óxidos minerales y finos pinceles. Eran objetos más exclusivos destinados a decorar las salas de los granadinos más pudientes. Pero eran los cuencos los que mantenían el negocio.

Trabajaban en el taller dos aprendices jóvenes. Uno de ellos, Taleb, contará apenas dieciséis años. Ambos ayudaban a Ibrahim en el trasiego del barro en basto, antes de llegar a la fase de torneado —mezclas, control de la decantación, amasado...—. Para el año que viene estaba previsto que Taleb empezara ya a tornear. Ayudaban también en la carga

y descarga de los hornos y en el trasiego de la leña. Ambos habían adquirido gran pericia en el barnizado de los cuencos. Con una tenaza especial, diseñada por Ibrahim y construida por un vecino herrero, sumergían la pieza en la cuba de barniz y cronometraban mentalmente los segundos escasos que debía estar inmersa, y la secuencia de las últimas gotas que se van deslizando al sacarla y escurrirla, con su matemático ritmo. El sonido de la última gota al caer marcaba el fin del proceso. De ahí al horno.

Sahid pasaba las horas embobado observando todos aquellos pasos de los artesanos. Pero esa mañana había ido al taller porque tenía que recoger una cajita que él mismo había hecho con barro para regalar a su hermana Yasmina, que ese día cumplía siete años. Era una especie de joyero redondo, de unos diez centímetros de diámetro, con su tapa. Lo había bañado de color blanco y decorado con óxidos azules y amarillos, formando olas y estrellas. En la base, con óxido de cobre, había escrito con un pincel de cinco pelos: "Para Yasminita, mi preciosa hermana. 29 enero 1499".

En las cortes de Ocaña, en los primeros días de enero había sido jurado el príncipe Miguel de la Paz, con menos de cinco meses de edad, como heredero de Castilla, León y Granada. Su padre, el rey portugués, había dimitido del juramento a la sucesión que hiciera junto a su esposa el año pasado, como consecuencia de la muerte de ésta. El 16 de marzo de 1499, en Lisboa, el príncipe bebé juró como heredero de la Corona de Portugal.

El obispo Diego de Deza, quien fuera tutor del joven príncipe Juan, fallecido dos años atrás en Salamanca, fue nombrado Inquisidor General de Castilla y Aragón, sucediendo a Torquemada que había fallecido el 16 de septiembre de 1498.

El tesoro real necesitaba dinero. Desde la primavera, ya se estaba organizando otro servicio extraordinario para los musulmanes del Reino de Granada, similar al exigido en 1495 y que tanto tardó en recaudarse. Los Reyes Católicos ya habían cursado instrucciones a los mandatarios granadinos —el arzobispo Talavera, Hernando de Zafra, el conde de Tendilla y el corregidor Calderón— para recaudar 9.000 ducados. Pero curiosamente al arzobispo Talavera le pareció excesivo y a los dirigentes musulmanes escaso. Mohammed el Pequeñí y Yahia anNayyar consideraron que los mudéjares podían pagar más, elevando la cifra al doble, es decir, 18.000 ducados, más otros 1.200 ducados para los gastos de la cobranza. Estaba claro que querían contentar a los reyes. Desde la reforma monetaria de 1497, un ducado equivalía a 375 maravedíes, por lo que este servicio extraordinario aportaría a las arcas reales 7.200.000 maravedíes, exactamente la misma cantidad que en el de 1495. En esta ocasión, los encargados de la recaudación fueron dos criados de Hernando

de Zafra: Juan de Bozmediano y Alonso Núñez de Madrid. De nuevo la población mudéjar del reino de Granada tenía que apretarse el cinturón.

Hubo un gran revuelo en Granada al conocer la noticia de que los Reyes Católicos habían decidido pasar una temporada en la ciudad. Por la gran cantidad de cortesanos que les acompañaban y los numerosos carros de carga que traían, los granadinos intuían que pasarían meses con ellos —como así fue—. En pleno rigor de julio llegó la comitiva regia para instalarse en La Alhambra. Isabel y Fernando estaban ansiosos de disfrutar de nuevo de aquellos palacios moros, que tanto trabajo les costó conquistar. Durante su primera estancia en la fortaleza en 1492, recién firmada la capitulación con Boabdil, los reyes habían realizado unas obras de urgencia para acomodar los recintos a las nuevas necesidades. Reforzaron las murallas y algunas estancias valiéndose de albañiles musulmanes de Zaragoza, a quienes hizo traer expresamente. En aquella ocasión habían ordenado a mosén Domingo Agustín, su lugarteniente en Aragón, que hiciese venir a Granada a los dos hijos del maestro Mofferiz, a Arami y al hijo mayor de Ibrahim Palaro, trayendo consigo cada uno a dos de sus mejores oficiales albañiles. Le ordenaron que les diera dinero para el viaje y que dejaran todo y no se detuvieran en el camino.

En esta nueva visita querían seguir con las obras en La Alhambra. Una vez instalados, ordenaron que viniesen desde Córdoba doce maestros carpinteros y otros tantos “de asentar ladrillos”. Los reyes prefirieron otra vez a los artesanos foráneos para ejecutar las obras, lo que molestó a los granadinos que contaban con excelentes maestros en todas las especialidades.

Desde los palacios de La Alhambra, seguramente inspirados por la belleza que allí respiraban, desplegaron los reyes una ingente actividad diplomática y dispositiva. Para todos los lugares de de sus reinos salían a diario provisiones y cédulas reales, cartas misivas, ordenanzas, ejecutorias y de todo tipo de documentos legales, al objeto de administrar sus territorios a la manera moderna que se habían propuesto.

El 26 de septiembre firmaron una carta de merced otorgando a Gonzalo Fernández de Córdoba la villa de Órgiva y otros lugares de La Alpujarra —así como los vasallos que los habitaban—, como gratitud por los servicios prestados por éste a la Corona. Transcribimos aquí el texto íntegro del documento original, al objeto de que el lector pueda saborear el ceremonial tono regio, así como su riqueza descriptiva en los detalles de lo dispuesto:

Don Fernando e Doña Ysabel, por la graçia de Dios Rey e Reyna de Castilla, de León, de Aragón, de Seçilia, de Granada, de Toledo, de Valençia, de

Galizia, de Mallorcas, de Sevilla, de Çerdeña, de Córdoba, de Córçega, de Murçia, de Jahen, de Los Algarves, de Aljezira, de Gibraltar, de las yslas de Canaria, Conde y Condesa de Barçelona, e Señores de Vizcaya e de Molina, Duques de Athenas e de Neopatria, Condes del Rosellón e de Çerdania, Marqueses de Oristán e de Goçeano.

Por quanto de los reyes e príncipes es propia cosa honrar e sublimar e fazer gracias e mercedes a los sus súbditos e naturales, especialmente a aquellos que bien e lealmente los syrven, lo qual por nos acatado e acatando los muchos e buenos e leales e señalados servicios que vos, Gonçalo Fernández de Córdoba, nuestro capitán e del nuestro Consejo nos avedes fecho e fazedes de cada día, asy en la guerra de los moros enemigos de nuestra santa fe católica e conquista de este Reyno de Granada, como en las partes de Ytalia, donde aviéndonos tomado las armas por la denfensyón de la Yglesia Romana, como somos obligados e aviendo vos enviado nos para ello a aquellas partes por nuestro capitán e con alguna gente de pie e de caballo, vos en la defensyón e recobramiento del feudo e de las tierras de la dicha Yglesia Romana que entonçes avían seydo ocupadas, nos fezistes muy grandes e señalados servicios, e en alguna henmienda e remuneración de ellos vos fazemos graçia y merced y donación pura, perfecta y acavada, que es dicha entre bivos e non revocable, para agora e para siempre jamás, para vos y para vuestros herederos e subçesores, e para aquel o aquellos que de vos o de ellos ovieren cabsa e razón en qualquier manera, de esa villa de Órgiba el Baçet, con las caserías de Ahelanejos e de los logares e alcarías de Bayacas e Cartunas, e Xabotoya, e Barjal, e Quier Ebesenied, e pago Ebenialzalt e Soretir, que es en la Ataha de Órgiba e del Jubeyel, e del logar de Boquistar que es en la Ataha de Ferreyra e Poqueyra, con todos sus términos e tierras e destritos e territorios, e con todos los vasallos que en la dicha villa e lugares y en sus términos agora ay e ovierede aquí adelante, con la justiçia e jurisdición çivil e criminal, alta e baxa mero e mixto inperio, e con las casas, huertas, corrales, viñas, e tierras labradas e non labradas, que son nuestras e nos pertenesçen en la dicha villa e logares e en sus términos e tierras, e con los prados e pastos e abrevaderos, e exidos e sotos e árboles frutales e ynfrutuosos, e montes e dehesas, ríos, molinos e fuentes, aguas corrientes, estantes e manantes, e con las escrivanías, alguaziladgos, servicios e fueros e derechos, maravedís para pechos e derechos, e otros qualesquier rentas e penas e calupnia que a nos pertenesçe o pertenesçer puede e debe, en qualquier manera en la dicha villa y logares y en sus términos e vasallos por razón del señorío de ellas, e con todos los diezmos de los moros que agora bienen e de aquí adelante binieren en la dicha villa y logares y sus términos, los quales a nos pertenesçe por bulla e provisión apostólica que de ello tenemos, e con todas las otras cosas, quantas la dicha villa e logares han e aver pueden e deven de derecho, uso e costumbre.

E retenemos en nos e para nos e para nuestros subçesores en los dichos nuestros reynos la soberanía de nuestra justiçia real, e que las

apelaciones de vos o de vuestro alcalde mayor sy lo oviere vaya ante nos e ante nuestros oydores de la nuestra audiencia e chançillería, e que nos fagamos e mandemos fazer justiçia en la dicha villa e logares e en sus términos cada que nos fuere pedida e nos viéremos que cunple a nuestro servicio de la mandar fazer. E que no podays vos ni vuestros herederos labrar ni edeficar de nuevo fortalezas algunas en la dicha villa e logares más de las que agora ay syn nuestra liçençia e mandado, e que sy oviere de aver escrivano o escrivanos públicos cristianos en la dicha villa e logares que tengan aquellos tales títulos nuestros e de los reyes que después de nos vinieren e que en otra manera no puedan usar de las dichas escrivanías. E otrosy quedando para nos los mineros de oro e plata e otros metales sy los oviere, e todas las otras cosas que pertenesçen a nuestra preheminençia e soberanía. E asy mismo sacando alcavalas e terçias sy las oviere en la dicha villa e logares quando fueren poblados de cristianos, porque en tanto que fueren poblados de moros no ha de aver en ellos alcavalas ni terçias algunas, porque segund lo que con la dicha villa e logares tenemos asentado e mandado capitular al tiempo que la dicha tierra ganamos de los moros, no nos han de dar e pagar otros derechos algunos de más de los que pagavan al rey moro de Granada. E asy mismo sacando pedidos e monedas e moneda forera quando nos lo mandáremos repartyr en nuestros reynos de la dicha villa e logares e rentas e pechos, e derechos e diezmos, e otras qualesquier cosas que de suso van declaradas e espaçificadas cobro lo que de suso va aceptado.

Vos fazemos merced, gracia e donación para que todas las tales rentas e pechos e derechos e todas las otras cosas e cada una de ellas de suso declaradas e espaçificadas sean vuestras e de vuestros herederos e subçesores por juro de heredad para siempre jamás, e para que sy quisieredes todo o en parte, lo podades dar e donar e enpeñar e vender e trocar e cambiar e enajenar e renunciar e traspasar en parte o en todo, quier por contrato o donación o por parentesco o por otra qualquier dispusición con qualesquier o en qualesquier presonas, e fazer dello e en ello como de cosa vuestra propia avida e adquirida por justo título e buena fe, por esto que lo non podades fazer ni fagades con persona de horden ni de reliçión ni de fuera de nuestros reynos e señoríos syn nuestra liçençia e mandado. E que a los que les vendiéredes e donáredes e trocáredes, pasen con las axebçiones e limitaçiones de suso dichas, e por la presente de oy, día de la fecha desta carta en adelante para syempre jamas vos apoderamos de la dicha villa e logares e vasallos, e juridiçión, rentas e términos, e todas las otras cosas e cada una de ellas contraídas en esta dicha nuestra carta, segund e en la manera que dicha es. E damos vos la posesiòn de todo ello e del señorío e propiedad de ello a vos, el dicho Gonçalo Fernández de Córdoba, nuestro capitán e del nuestro Consejo, para vos e para vuestros herederos e subçesores como cosa vuestra, con las limitaçiones e exebçiones que de suso se contyene segund dicho es, e vos constituymos por verdadero poseedor de todo ello para que lo ayades e poseades e sea vuestro como dicho es. E por esta nuestra carta damos e otorgamos libre e llenero e conplido e bastante poder a vos el dicho

Gonçalo Fernández de Córdoba, nuestro capitán e del nuestro Consejo, para que por vos mismo o quien vos quisiéredes e vuestro poder para ello oviere por vuestra propia abtoridad con esta nuestra carta, syn otra nuestra carta ni provisión e syn abtoridad de alcaldes ni de juez ni de otra persona alguna e syn pena e syn calupnia alguna como quisiéredes e por bien toviéredes, podades entrar e tomar, e entredes e tomedes la tenençia e posesyón vel casy de la dicha villa e logares e vasallos e jurisdicçión, rentas e términos e todas las otras cosas de suso contenidas e espaçificadas e declaradas de que vos asy fazemos la dicha merced e donaçión segund dicho es.

E por esta nuestra carta o por su traslado signado de escrivano público, mandamos a las aljamas, conçejos, alcaldes, alguaziles, e viejos, e onbres buenos de la dicha villa de Órgiba e de los suso dichos logares que luego vista esta nuestra carta e el dicho su traslado sygnado de escrivano público, syn otra luenga ni tardanza ni dilacçión ni escusa alguna, e syn sobre ello nos requerir ni esperar otra nuestra carta, ni segunda ni terçera justo, vos ayan e reçiban e tengan por señor de la dicha villa e logares e términos e de todas las otras cosas e de cada una de las suso declaradas e espeçificadas, e vos den e apoderen todo ello e vos den e exhiban en ellas la reverençia e obidiençia que como a señor de todo ello vos es devida, e vos den e entreguen las varas de la justiçya e usen con vos, e con los que vuestro poder ovieren, en los dichos ofiçios e justiçia e jurisdicçión alcaldías e alguaziladgos de la dicha villa e de los dichos logares, e que dende en adelante no se entremeta de usar en cosa alguna de los dichos ofiçios syn nuestra liçençia e espreso consentymiento, so las penas en que caen los que usan de los ofiçios para que no tyenen facultad poder ni juridicçión alguna. E vos den e entreguen la posesyón vel casi de todo ello e de todo lo suso dicho, e asy puesto vos defiendan e anparen en ello, e que cunplan vuestras cartas e mandamientos en lo que segund las leyes de nuestros reynos los deven conplir, e conforme con ellas vayan a vuestros llamamientos e enplazamientos, e de la persona que para ello vuestro poder oviere, e los plazos e so las penas que les vos pusiéredes o mandáredes poner, las quales no les ponemos e avemos por puestas e vos damos poder para las executar en ellos e en sus bienes. Otrosy que vos acudan e fagan acudir con todas las dichas rentas e pechos e derechos, diezmos, yantares ynfrayçiones, derechos, e proventos e emolumentos e con todas las otras cosas e rentas de suso declaradas e espaçificadas, de que nos vos fazemos la dicha merced e donaçión desde el día de la fecha de esta nuestra carta, e dende que adelante es cada un año para syenpre jamás, segund e por la forma e manera que fasta aquí los davan e pagava e acudían con ellos a los reyes moros que fueron del dicho Reyno de Granada, e segund que a nos e a las personas que en nuestro nombre tenían cargo de lo resçebir e cobrar, e lo ovieron e devieron e devieran pagar de aquí adelante en que en ello ni en cosa alguna ni parte dello vos non pongan enbargo en contrario alguno. E por esta dicha nuestra carta e por el dicho su traslado sygnado como dicho es, mandamos al ylustrísimo príncipe Don Miguel, nuestro muy caro e muy

amado nieto, e a los ynfantes, prelados, duques, marqueses, condes, ricos omes, priores, comendadores e subcomendadores, alcaydes de los castillos e casas fuertes e llanas, e a los del nuestro Consejo e oydores de la nuestra audiencia e chancillerías, alcaldes e otras justicias qualesquier de la nuestra casa e corte e chancillería e a todos los conçejos, alcaldes, alguaziles, regidores, cavalleros, escuderos, oficiales e omes buenos de todas las çibdades e villas e logares de los nuestros reynos e señoríos e a otras qualesquier personas de qualquier ley, estado, condiçión, preheminiencia o dignidad que sea, que agora so o será de aquí adelante, e a cada uno e qualesquier de ellos que vos guarden e fagan guardar esta merced e donaçión que vos fazemos en todo e por todo, segund e por la forma e manera que en esta nuestra carta se contiene e declara, e para entrar e tomar e tener e continuar e defender la posesyón de todo lo suso dicho, e coger e reçeibir e llenar los frutos e rentas de ello, vos den todo el favor e ayuda que pidiéredes e menester oviéredes fasta tanto que realmente e con efecto seays entregado e apoderado de todo ello, e que en ello ni en cosa alguna ni parte dello embargo ni contrario alguno vos non pogan ni consyentan poner. Lo qual todo queremos e mandamos que asy vos sea conplido e guardado, no enbargante qualesquier leyes e ordenamientos e premátycas, sentencias que en contrario de esto sean o ser puedan, con las quales de nuestro propio motu e a çierta çiencia e poderío real absoluto de que esta parte usamos aviéndolas aquí por ynsertas e incorporadas en quanto atañen a la validaçión de esta dicha merced e donaçión que vos fazemos e de las otras cosas en esta nuestra carta contenidas, dispensamos con ellas e con cada una de ellas quedando en su fuerça e vigor para adelante. E por esta dicha nuestra carta mandamos a los nuestros contadores mayores e a sus logarestenientes, que asynten en los nuestros libros e nóminas del o salvando el traslado de esta nuestra carta, e vos la sobre escriban e den e tornen este original para que por virtud del tengades e poseades e gozedes de la dicha villa e logares e jurisdiciones e rentas e de todas las otras cosas en ella contenidas, e que sy menester fuere e vos quisyéredes nuestra carta de previllejo, mandamos al nuestro chanciller e notarios e escrivanos mayores de los nuestros previllejos e confirmaçiones, e a los otros nuestros oficiales que están a la tabla de los nuestros sellos, que vos la den e libren e pasen e sellen, e los unos ni los otros non fagades ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced e de diez mil maravedís para la nuestra cámara a cada uno que lo contrario fizieren. E demás mandamos al ome que vos esta nuestra carta mostrare, que vos enplaze, que parescades ante nos en la nuestra corte doquier que nos seamos, del día que vos enplazare fasta quinze días primeros siguientes so la dicha pena, so la qual mandamos a qualquier escrivano público que para esto fuere llamado, que dé ende al que vos la mostrare testimonio sygnado con su sygno, porque nos sepamos cómo se cumple nuestro mandado.

Dada en la muy honrada e grand çibdad de Granada, a veynte e seys días del mes de setiembre, año del nascimiento de nuestro señor Ihesucristo

de mil e quatroçientos e noventa e nueve años. Yo el Rey, yo la Reyna, yo Miguel Péres de Almança, secretario del Rey e de la Reyna nuestros señores, la fize escrevir por su mandado, en forma. Martín, doctor; liçenciado Çapata. Bartolomé de Herrera.

Aprovechando que la corte estaba instalada en La Alhambra, don Gonzalo decidió pasar una temporada en su casa de Granada. Había transcurrido un año desde que regresó de Italia. Este tiempo lo empleó en descansar en Íllora, tan añorada durante su estancia en Italia, y en organizar su hacienda. Digamos que fue un año dulce en la vida de don Gonzalo que le reportó sosiego a su ajetreada vida de soldado. Fue una época de intensa actividad social que tanto le satisfacía. Asistió a numerosos recibimientos de los reyes, que no perdían ocasión para requerirle por el gran aprecio que tenían a su presencia.

Corriendo el mes de octubre, cuando ya habían caído las primeras nieves en las sierras granadinas, fue llamado de nuevo a presencia de los reyes para entregarle en persona la carta de merced que hemos transcrito antes. Se sorprendió mucho al llegar a La Alhambra. Había cambiado todo el escenario. El cambio que sintió no era en el aspecto físico o arquitectónico, que no había variado sustancialmente, sino en el ambiente que se respiraba. En su imaginario, La Alhambra de su amigo Boabdil, era la belleza de sus palacios llenos de vida, el rumor del agua corriendo por todas partes y el colorido que inundaba todo, con una estética exótica que transportaba de forma inconsciente a unos mundos sutiles que eclipsaban cualquier desazón humana. En tiempos de los moros aquello era un espacio de vida, de placer para los sentidos.

Ahora era diferente. Los rosales y arrayanes habían sido descuidados. Aquello se había convertido en una fortaleza militar, llena de caballos y rudos soldados con un rictus frío y monótono. Hemos de tener en cuenta que las referencias de los reyes en el arte de la arquitectura eran los ásperos castillos castellanos, y, aunque admiraban las bellas propuestas islámicas, tenían que rechazarlas por ser paradigmáticas de la manera de vivir de sus enemigos viscerales, lo que les incapacitaba emocionalmente para su disfrute.

Don Gonzalo se sintió decepcionado en lo más hondo de su ser. Se quedó triste y su estado anímico sufrió un bajón considerable. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para soportar el histriónico protocolo de la recepción. Lo único que le enterneció fue la imagen de tristeza de la reina Isabel. Trató en lo que estaba en su mano de abreviar al máximo el evento. Por allí estaban arrojando a los monarcas Iñigo López de Mendoza conde de Tendilla, Hernando de Zafra y numerosos caballeros de la corte. Agradeció de corazón a los reyes su deferencia al otorgarle tantas tierras y vasallos, y les reiteró su lealtad como correspondía a un caballero de su enjundia. Pero pidió permiso para retirarse por encontrarse indispuerto. La reina Isabel, quizás por su intuición natural o por la sensibilidad que le había



aportado el tiempo de sufrimiento que cargaba sobre sí, advirtió que algo sucedía a don Gonzalo. Pero su discreción la llevó a concederle el permiso solicitado, con una amable sonrisa, sin hurgar en la llaga con preguntas innecesarias.

Subió reflexivo a su caballo, de una forma distraída. Ordenó a sus ayudantes que se retiraran a sus casas, y siguiendo su impulso tomó el camino hacia La Loma. Era el momento de dar un abrazo a su amigo Abdulhaqq al-Kurtubi y disfrutar por un rato de la transparencia vital de aquella familia. Aunque no era costumbre plantarse en la casa de alguien sin previo aviso, consideró que esta ocasión trascendería cualquier limitación de las normas establecidas.

Cuando Abdulhaqq vio llegar a don Gonzalo, solo, con esa aureola que desprendía, se le inundó el corazón de alegría. Se fundieron en un abrazo y Abdulhaqq no pudo contener unas lágrimas por la emoción que experimentó. La escena fue sublime, propia del encuentro de dos personas desprendidas. Quien también celebró mucho la visita fue Sahid, que se había creado una imagen idealizada de don Gonzalo por las referencias de su padre y por las noticias que él mismo había escuchado por la ciudad acerca del caballero cordobés.

Por no reparar en protocolos, ni siquiera pensó don Gonzalo que había llegado justo a la hora de comer, aún más desaconsejada para las visitas espontáneas. Era un día luminoso, aunque algo frío. El sol brillaba majestuoso en todo lo alto. Las primeras nieves del año regalaban su frescor a toda la comarca, a modo de preludio de la época de recogimiento que se avecinaba. Aquello era otra cosa. Don Gonzalo llenó su pecho de aquel aire tan limpio y la sonrisa volvió a adornar su rostro.

Comieron, bebieron y disfrutaron de amenas conversaciones. Don Gonzalo les relató numerosas anécdotas de su estancia en tierras italianas. Se les notaba a todos jubilosos. Sahid había guardado celosamente un ejemplar de aquella serie de estampaciones que hiciera dos años atrás con el sura Al-Fátiha. Había reservado una de entre las que mejor resultaron impresas para regalar a don Gonzalo, porque sabía que él apreciaría no sólo la belleza estética de aquellos caracteres árabes, sino también, aun siendo cristiano, lo que éstos evocaban. Se lo entregó enrollado a modo de pergamino dentro de una funda de cuero de cabritilla que él mismo había fabricado al efecto. Éste acogió el regalo con enorme cariño, elogiando su primorosa técnica. Le pidió que le explicara algunos pormenores sobre esa manera de imprimir, lo que Sahid hizo complacido sin eludir detalles aparentemente sin importancia, dado su amor por estas labores. Al Gran Capitán le sorprendió los modales y la elegancia que engalanaban a aquel muchacho.

—La delicadeza que muestra este trabajo te abrirá un gran porvenir, Sahid —le dijo don Gonzalo mirándolo a los ojos, manteniendo el folio

desenrollado con ambas manos.

—Celebro que le guste mi trabajo, don Gonzalo. Hasta ahora lo hacía por afición, para entretenerme, pero tiene usted razón en que quizás le podría sacar algún provecho económico más adelante —respondió el muchacho.

—Me han informado que has participado con enorme éxito en varios trabajos de impresión de textos. El arzobispo Talavera te tiene en alta estima. Estoy seguro que aportarás una gran labor en el desarrollo de la imprenta. Ya habrás visto el impulso que puede suponer esta técnica en los tiempos venideros. Es una revolución para la difusión de las leyes, de las ciencias y el pensamiento que, afortunadamente, nos ha tocado vivir a nosotros —dijo don Gonzalo con entusiasmo.

—Es maravilloso, don Gonzalo. Es un salto espectacular en el mundo que a mí me apasiona. Trataré de aprender todo lo que esté a mi alcance.

—Debes estar contento, Sahid, igual que tu familia por haberte apoyado en esto. Te prometo que, en lo que esté en mis manos, trataré de procurarte los medios para que puedas desarrollar tu gran talento. En cuanto pasen dos o tres años te requerirán en Venecia, en Lyon, en Barcelona... en donde funcionan excelentes talleres de imprenta. Estarás entre los mejores enseñando y aprendiendo —don Gonzalo le hablaba al muchacho convencido de que sería así, no era venderle humo para halagarlo gratuitamente, y así lo percibió Sahid maravillado y sanamente halagado.

—Ojalá el destino me otorgara una parte de cien del éxito que usted ha conseguido en lo suyo, por su propio mérito, don Gonzalo. Lo firmaré ahora mismo —afirmó Sahid con humildad, llevándose la mano a su pecho.

Estaban sentados los tres en la sala más amplia de la casa, sobre sillones muy cómodos frente a la chimenea que hoy habían prendido por primera vez en la temporada para ir calentando la casa. Sahid estaba radiante, invitado expresamente a una conversación de adultos. Y nada menos que con su padre y con don Gonzalo, el famoso personaje que tenía encandilados a todos por su fama, en España y en Europa. Fueron momentos mágicos para el muchacho. Karima, especialmente atractiva ese día, acababa de servirles café con cardamomo y exquisitos pasteles melcochados que ella misma había elaborado. Zainab entró brevemente a la estancia para saludar a don Gonzalo, lo que complació a su esposo a pesar de la costumbre musulmana de separar las reuniones por sexos. La ocasión era muy especial y la compostura e integridad de aquella señora estaban fuera de cualquier convencionalismo. Para toda norma o precepto debe haber interpretaciones. La intención es lo que cuenta.

Fueron a dar un paseo por el campo, ahora sólo los dos hombres. Había cosas que don Gonzalo quería contar a Abdulhaqq. Pasearon tranquilamente entre los frutales que ya empezaban a ceder sus hojas amarillas. Abdulhaqq tenía predilección por un almendro grande, que llevaría allí siglos a la orilla del arroyuelo que nacía en la finca, cuyo venero se encontraba pocos metros de aquel espectacular enclave, desde el que se divisaba toda la vega granadina y las montañas recién emblanquecidas por la nieve. Habían colocado bajo el árbol hacía mucho tiempo dos grandes piedras lisas que servían de asiento. Allí se iba en muchas ocasiones Abdulhaqq a recitar el Corán y a reflexionar. A lo lejos se veía a Ahmed afanado en el riego de las huertas, y a Riduán paseando a las vacas en busca de las pocas hierbas verdes que quedaban todavía.

—Abdulhaqq, no quiero alarmarte pero sospecho que van a cambiar las cosas para vosotros los musulmanes —le soltó don Gonzalo a Abdulhaqq con delicadeza, pero a bocajarro.

—Algo presiento yo también al respecto. Nos ha visitado en varias ocasiones el arzobispo Talavera, y sus palabras y ciertas cosas que he escuchado en Granada me han escamado.

—La visita de sus altezas a Granada tiene por objeto observar de cerca el proceso de cristianización de los vuestros. Aprueban con firmeza la labor de Talavera, pero la consideran lenta y poco resolutive. Aprecian un ambiente demasiado islámico todavía en el reino de Granada, a pesar de los casi ocho años transcurridos desde su conquista. Y sé que están barajando otras opciones.

—¿Es que pensaban que sería una cuestión de días? Talavera es un hombre bueno. Los musulmanes lo apreciamos por su talante y respetamos su trabajo. Piensa que muchos le llaman "Santo alfaquí". Él practica el respeto y la tolerancia porque es de esa naturaleza, y porque además es lo pactado en un solemne documento. Y creo que los musulmanes estamos haciendo un gran esfuerzo para asimilar la nueva realidad. Mohammed el-Pequeñí y los demás dirigentes están llevando el asunto con corrección, a pesar de la gran codicia demostrada por algunos castellanos notables, y hasta con cargos públicos.

—Lo sé, Abdulhaqq. Pero hay demasiados intereses en juego. Te voy a hacer una confidencia: me han dicho que el-Pequeñí está pensando en convertirse en breve, eso arrastraría a mucha gente.

—Eso sería pernicioso para nosotros. Pero en cualquier caso está en su derecho, es una decisión personal suya, que no comparto pero respeto. Son tiempos muy difíciles en los que todo puede suceder. No debemos descartar nada por descabellado que nos pueda parecer.

—¿Habéis constatado abusos por parte de dirigentes castellanos?  
—preguntó don Gonzalo con la intención de intentar remediarla si éste fuera el caso.

—De abusos graves no tengo conocimiento. Sobornos y malas artes sí me constan, pero se nota que quieren hacer parecer que todo es legal. Pero la codicia sí se aprecia a la legua. Francisco de Bobadilla y otros poderosos están acaparando numerosas propiedades: casas, hornos, tierras, molinos..., incluso en contra de lo dispuesto por los reyes, que no permiten el acaparamiento de propiedades compradas a los que emigran, pero presionan y asustan a los propietarios, que se ven indefensos ante la incertidumbre del futuro. Y así se están enriqueciendo, comprando a precios irrisorios a base de tretas y sobornos. El propio Hernando de Zafra no es trigo limpio. Especula con todo lo que puede, escriturando propiedades dudosas a nombre de su hermano u otros familiares. Se comportan como los buitres, esperan a que terminen de agonizar para lanzarse sin escrúpulos. ¿Es que no tiene suficiente con la cantidad de cargos y prebendas que ha acumulado, por merced directa de los reyes? Pues no, si se empeña en hacerse con alguna propiedad que le guste, no cesa hasta conseguirla. De la forma que sea, incluso manipulando documentos oficiales. Se ha convertido en propietario de medio reino, aprovechándose de la incertidumbre que ellos mismos provocan y de la información privilegiada que maneja. No tienen escrúpulos. ¡Que Allah castigue su codicia!

—Tienes razón, la codicia es mala consejera. Respecto a los cargos de Zafra, opino que es lo normal. Es uno de los métodos para recompensar servicios prestados que usan todos los dirigentes, imagino que los sultanes moros lo hacían igual o parecido. Es una manera de favorecerlos y mantenerlos leales a la causa, ya que por el bolsillo se gana a la mayoría de las personas. Don Hernando fue secretario real, que es un cargo de mucha responsabilidad, durante los años más cruciales del conflicto. Yo veo correcto que sus altezas decidieran favorecerle. Pero de ahí al abuso descarado media un gran abismo, y eso es lo que hay que perseguir y castigar, porque si no corrompería toda la estructura de gobierno —dijo don Gonzalo dando a entender que algo sabía sobre los abusos.

—No entiendo tanto empeño en cristianizar a la gente, teniendo ya el poder en sus manos. Como ya hemos hablado en otras ocasiones, opino que se pueden conciliar ambas creencias bajo el vasallaje a los Reyes Católicos. Eso sí sería un gesto de modernidad que tanto preconizan.

—Los reyes y la Santa Sede pretenden homogeneizar todos los reinos españoles. Lo toman como una cuestión de prestigio internacional. Piensan que el hecho de que en España existan comunidades, y bastante amplias por cierto, viviendo a la manera islámica menosprecia su imagen ante Europa. Y por otro lado, temen que esa permisividad aliente de

nuevo a los africanos y a los turcos de la Sublime Puerta. Sería como volver a empezar.

—Eso no es probable, Gonzalo. ¿Es que vinieron a ayudarnos cuando fueron llamados en plena masacre de los nuestros? No apareció nadie, ni los turcos ni los vecinos africanos. Nos abandonaron a nuestra suerte en aquellas circunstancias tan crueles para nosotros. Así es la política, Gonzalo. A la hora de la verdad, la mayoría mira para otro lado.

—Lo que nos deparará el futuro sólo Dios conoce, Abdulhaqq. Sólo te puedo decir por el momento que los reyes están decididos a traer a Granada a algún notable eclesiástico para colaborar con el arzobispo Talavera en su misión, para impulsar al máximo la conversión de los musulmanes. Ya están en ello, y no creo que tarde mucho tiempo en llegar —el Gran Capitán habló en tono serio que dio a entender a Abdulhaqq que algo inquietante se avecinaba.

Y acertó don Gonzalo en que no tardaría en llegar. Al mes siguiente ya se le vio por Granada ataviado con el tosco sayal franciscano. Fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, tenía un aspecto desabrido. Estaría rozando los sesenta años. Su ajada vestimenta y la adustez de su rostro blanquecino le conferían una expresión de hombre de pocos amigos, de esos que por instinto todos tratan de rehuir. Pero a él parecía que eso le importaba poco, acostumbrado en estos últimos años a despertar desconfianza y hasta temor entre la clase eclesiástica cuando quiso abordar su reforma.

Los granadinos, intrigados, comenzaron a indagar sobre la personalidad de este fraile tan peculiar que les habían traído para evangelizarlos. Pronto se supo de su gusto por la vida de asceta. Pasar tres años en el convento El Castañar, en pleno bosque, durmiendo poquísimo y alimentándose sólo de hierbas y agua, no se le ocurría a cualquiera. Era hombre de retiros y meditación, que siempre viajaba a pie sobre sus llanas sandalias franciscanas y agarrado a su bastón de peregrino.

Hijo de un hidalgo empobrecido de Torrelaguna, comenzó sus estudios de Derecho Civil y Canónico en Alcalá de Henares, continuándolos en la universidad de Salamanca. Para ampliar su instrucción había marchado a Roma. Cuando llevaba estudiando allí seis años tuvo que regresar a su pueblo por el fallecimiento súbito de su padre, dejando su hacienda en la ruina económica. Por este motivo la Iglesia le había favorecido con su primera congrua, que le llevó a Toledo y después a tomar posesión del arciprestazgo de Uceda, donde tuvo su primer altercado conocido.

Alfonso Carrillo arzobispo de Toledo tenía reservada ese cargo para un familiar suyo, por lo que intentó por diversos métodos convencer a Jiménez de Cisneros de que le cediese el derecho. A lo que el fraile se negó en rotundo. El arzobispo usó todas sus armas de convicción, desde

los halagos a las amenazas, pero no había manera. El franciscano se empeñó en que aquel era su derecho, y que no lo cedería. El arzobispo Carrillo montó en cólera y lo encerró en el castillo de Uceda, de donde le trasladó después a las mazmorras del convento de Santorcaz, lugar reservado para los eclesiásticos rebeldes y díscolos. Sufrió seis meses de encierro con entereza espartana, y viendo el arzobispo que nadie iba a hacer cambiar de idea al cura testarudo, lo liberó, tomando posesión de su arciprestazgo.

Pero al poco tiempo le ofrecieron la capellanía mayor de la catedral de Sigüenza, puesto que aceptó sin vacilar un momento, aunque sólo fuera por apartarse del rencor del arzobispo Carrillo. Y fue en Sigüenza donde le cambió la vida, para bien o para mal, porque allí conoció a quien le abriría las puertas a las grandes misiones que en los próximos años le encomendarían las más altas instituciones del momento.

La sede episcopal de Sigüenza la ocupaba el prestigioso Pedro González de Mendoza, religioso íntegro y de gran valía, quien enseguida congenió con Jiménez de Cisneros. El obispo reconoció pronto las cualidades de austeridad y tenacidad del franciscano, que se había aplicado al estudio de los textos sagrados y las lenguas hebrea y caldea. Al poco tiempo le nombró Vicario General de la diócesis, cuyo desempeño requería desplegar sus habilidades como dirigente. Pero a él lo que le gustaba era el retiro. Odiaba el mundanal ruido. Su anhelo íntimo era la vida monástica de soledad y silencio que preconizaba su orden. Muy pronto decidió abandonar su ocupación y, contra el consejo de quienes intentaban disuadirle, tomó los hábitos franciscanos en el convento San Juan de los Reyes en Toledo, donde se distinguió por el rigor de su observancia, ganando fama de integridad en la doctrina.

Fue entonces, cuando pareciéndole poco el retiro conventual, pidió ser destinado en El Castañar, un convento solitario al sur de Toledo rodeado por un gran bosque de castaños, para realizar el noviciado. Era un paraje inhóspito a varias leguas de Mazarambroz, el lugar poblado más cercano. Allí construyó con sus propias manos una cabaña adosada a la casa, donde pasaba días y noches en oración y sometiéndose a toda clase de privaciones, templando su temperamento a base de ayunos.

De allí pasó al convento de La Salceda, en tierras de La Alcarria —situado en lo más alto del Valle del Infierno, entre Tendilla y Peñalver—. Era éste un conjunto de quince ermitas independientes, cada una con el nombre de un santo, en donde vivían un grupo de curas ermitaños dedicados a la oración y a la meditación, realizando pequeños trabajos de agricultura para su supervivencia. En la ermita llamada de San Juan Bautista pasaba los días Jiménez de Cisneros dedicado al estudio y al temple de su espíritu. En este ámbito es donde se encontraba a gusto. Algunos monjes de La Salceda sugirieron en su día que habían observado en el de Torrelaguna excesiva tendencia a mortificarse, en lo que parecía que

encontraba placer. Pronto sería el superior del convento —guardián le llamaban al grado.

Hasta aquí, la idea que nos hemos podido hacer de este extraño personaje es el de un religioso íntegro, austero, estoico, disciplinado —aunque con un carácter demasiado rígido—, en definitiva, un modelo de religiosidad cristiana. Pero en los próximos años, cuando tuvo que aplicar esa espiritualidad en el mundo real de la política social, demostró que el recogimiento y todas esas privaciones que él se había impuesto a sí mismo no se tradujeron en indulgencia y ecuanimidad, sino en una rigidez mental que le llevó a ser uno de los más crueles perseguidores de una minoría de creyentes, los musulmanes españoles, a los que ordenó humillar, encarcelar, arruinar o asesinar.

Fray Francisco Jiménez de Cisneros, el cura de Torrelaguna, el franciscano del retiro y la oración, con la connivencia de los reyes Isabel y Fernando y del papa corrupto Alejandro VI, sería el artífice del genocidio más prolongado que la Historia reciente ha registrado y documentado. Los musulmanes españoles del último año del siglo XV, de todo el XVI y la primera década del XVII hubieran preferido con los ojos cerrados, de haber podido elegir, que el fraile asceta se hubiera quedado en su ermita de La Salceda comiendo hierbas y orando todo el día y la noche, que además era, según decía, la vida que él anhelaba. Hubiera ahorrado ciento nueve años de sufrimiento a miles de familias, cuyo único crimen había sido tener una creencia diferente a la suya, después de haber sido obligados a convertirse al cristianismo por decreto, violando así el pacto solemne que habían alcanzado entre dos reyes y una reina ocho años antes.

En 1492, el año de la conquista cristiana de Granada, la reina Isabel de Castilla buscaba un nuevo confesor particular. Se le ocurrió consultarle al Gran Cardenal Pedro González de Mendoza, que ya era arzobispo de Toledo —el mayor cargo eclesiástico de España y uno de los más poderosos en el ámbito político—, quien se acordó de aquel franciscano tan piadoso que conociera siendo obispo de Sigüenza. La reina convirtió a Cisneros en su confesor real, y a partir de ahí, abandonando la retirada vida monástica, comenzó una fulgurante carrera de poder que le catapultó a lo más alto de las instituciones políticas y religiosas de la época.

Cuando ya veía cercana su muerte, el arzobispo de Toledo González de Mendoza, propuso a la reina a Jiménez de Cisneros como su sucesor. Isabel, que estaba satisfecha de éste en el confesionario, aceptó, por lo que en 1495, a la muerte de Mendoza, el papa Alejandro VI le nombró arzobispo de Toledo, con todo lo que eso conllevaba. Muchos coinciden en que él se negó a aceptar el cargo en primera instancia, por ser de mucha responsabilidad, y que seis meses después accedió, con ciertas

condiciones, a base de presiones de los Reyes Católicos y el Papa Borgia.

Al año siguiente, la Santa Sede le nombró "Reformador de los Conventos de Castilla y de las Órdenes Mendicantes", cargo que ejerció hasta 1499, cuando apareció por Granada para encargarse de los musulmanes. Estos años los pasó visitando todos los conventos, uno por uno, montado en un pollino, instando a los religiosos a observar una vida piadosa propia de la gente de la Iglesia. En su opinión la mayoría eran unos bigardos y unos vagos, envenenados por los vicios y goces terrenales. Según Cisneros, sus correligionarios comían, dormían y bebían en exceso para su gusto. Su visita a los conventos la temían sus moradores como a la peste. Éstos, al verse cuestionados y amenazados por cambios que no les apetecían, se quejaron ante el general de la orden franciscana que residía en Roma, quien vino ex profeso a entrevistarse con la reina. Le dijo, con tono áspero, que no entendía cómo habían elegido como reformador "a un hombre sin cuna, sin ciencia y sin virtudes para el cargo", a lo que la reina Isabel contestó: "¿Habéis pensado bien, padre mío, lo que decís, y sabéis con quién habláis?, respondiéndole altivo el general: "Sí, señora, lo he pensado bien, y sé que hablo con la reina doña Isabel de Castilla, que es polvo y ceniza como yo".

El entusiasta reformador de las órdenes eclesiásticas tuvo también muchos problemas en su propia diócesis. En cuanto se puso manos a la obra con su severa disciplina, los capitulares organizaron su oposición y eligieron a Alfonso de Albornoz como su negociador para ir a quejarse ante el Papa. Cisneros, que ya controlaba los entresijos de la información, se enteró de inmediato de los planes sediciosos de los eclesiásticos. Mandó a dos oficiales de justicia con la orden de apresar a Albornoz, y si ya había embarcado, debían de tomar el navío más rápido y detenerlo antes de que llegara a ver al Papa Borgia. Y eso sucedió. Nada más desembarcar en el puerto de Ostia, fue detenido por soldados a las órdenes del embajador Garcilaso de la Vega, y trasladado de regreso a España en calidad de preso. Dieciocho meses pasó encarcelado en Alcalá de Henares.

Esta muestra de energía por parte de Cisneros, ablandó mucho los ánimos del resto de curas y frailes. Prosiguió con su labor de visitas a los conventos instando a éstos a observar sus prácticas religiosas de una manera más acorde al evangelio. Los dominicos, carmelitas, agustinos y otras órdenes se avinieron poco a poco a las pautas estrictas de Jiménez de Cisneros. Curiosamente tuvo más oposición entre sus mismos compañeros franciscanos.

A la vuelta del general franciscano a Roma fue diciendo al papa Alejandro VI que Cisneros, con su excesivo rigor, estaba trayendo muchas dificultades a las órdenes religiosas, creando disensiones muy importantes que amenazaban con destruirlas en lugar de reformarlas. Pidió permiso al Pontífice para enviar a dos comisarios desde Roma, que, junto a otros dos



designados por las Cortes de Castilla, colaboraran con Cisneros en la reforma. Fueron enviados los comisarios, pero en vano, pues éste seguía haciendo las cosas según su estricto criterio, sin hacer caso de las directivas de los comisarios romanos. Ante la nueva queja enérgica del general de la orden, el Papa emitió un breve el 9 de noviembre de 1496 mandando a los Reyes Católicos que se suspendiese la reforma hasta que se aclararan las cosas.

Tan entusiasmada estaba la reina Isabel con el proyecto de reforma, que no estaba conforme con este frenazo impuesto por Roma. Envió negociadores para convencer al Papa de que la obra que trataba de llevar a cabo Cisneros era la apropiada para el estado general de relajación entre los religiosos, y de que no era tan opresora como sus oponentes la habían presentado maliciosamente. Hicieron un buen trabajo los enviados por la reina, en virtud del cual Alejandro VI accedió a reanudar el proyecto, nombrando a Jiménez de Cisneros comisario apostólico, junto con el nuncio de la Santa Sede el arzobispo de Catania.

En eso estaba Fray Francisco Jiménez de Cisneros cuando en noviembre de 1499 fue llamado a Granada por los Reyes Católicos.

Los monarcas y su corte se habían instalado en julio en los bellos palacios nazaríes de La Alhambra. El clima seco del paraje había aliviado algo la deteriorada salud de Isabel I, por lo que pudo dedicar cierto esfuerzo al gobierno de su reino. Les acababan de traer las sacas con los siete millones de maravedíes del servicio extraordinario que habían impuesto a los musulmanes granadinos a final de la primavera. Se sorprendieron de que esta vez la recaudación hubiera sido rapidísima, pues en pocos meses reunieron la totalidad de lo exigido. Para el 25 de octubre ya se habían recaudado seis millones setecientos mil maravedíes, prácticamente todo el montante previsto. Ahora los Reyes Católicos, con dinero fresco y aprovechando una breve tregua del dolor que habían soportado en estos últimos dos años, se vieron en condiciones de abordar el asunto de los moros que les trajo a Granada.











































































































